



# Narraciones Extraordinarias

Edgar Allan Poe

Cuentos terroríficos y bien hechos por el gran autor Edgar Allan Poe, remasterizados listos para la prueba por 8JOKER.

Capítulos seleccionados por tío paga  
**01/09/2009**

# Indice

---

Prologo.....	Página 3
I. El gato negro.....	Página 4
II. Los anteojos.....	Página 11
III. Los asesinatos de la rue Morgue.....	Página 27
IV. El corazón delator.....	Página 49
V. El barril del amontillado.....	Página 53
VI. Berenice.....	Página 59
VII. La carta robada.....	Página 64

# Prologo

---

Edgar Allan Poe nació en Boston, el 19 de enero de 1809. Sus padres eran actores de teatro pobres y no le sobrevivieron mucho tiempo. El padre, David Poe, murió poco después, y la madre, Elizabeth Arnold, en 1811.

Como no tenían como sostenerse, los tres hijos de la pareja se vieron obligados a separarse. Edgar tuvo la suerte de ser adoptado por John Allan, un rico comerciante, del que tomó su apellido para hacerlo su segundo nombre.

También en Boston se había fundado, en 1836, el "Trascendental Club". En él se radicaba el núcleo del movimiento llamado "trascendentalismo". Encabezado por Emerson, participaban en él Channing, Parker y Thoreau.

El principio más importante de este movimiento cultural consistía "en la búsqueda de la realidad a través de la intuición espiritual." La Biblia protestante, por lo tanto, ya no era el único pozo donde había que buscar y beber los valores que informarían la vida.

Poe se entrega al juego y al alcohol, el que ya no podrá abandonar. Por un lado por necesidad —ya que está en apuros económicos—, y por otro, por un último intento de autodisciplina, el joven deja la universidad y se enrola, en 1829, en la Academia Militar de West Point.

Luego de esta etapa de creación poética, Poe publica en 1832 su primer cuento, "Metzengerstein", en el que ya se advierten las características de su genio: la sensibilidad y la lucidez para expresar los pensamientos y las emociones más ocultas del hombre.

Pero dos años después se halla sumido nuevamente en la neurosis, en las drogas y en el alcohol, descendiendo a veces al infierno del delirium tremens. Trabaja en Richmond, como redactor, donde en 1836 se casa con su prima Virginia Clemm, de apenas trece años de edad, y quien no le sobreviviría pues murió dos años antes que el escritor.

Hacia 1839 Poe ya había logrado darse a conocer y empezaba a ser famoso. Había publicado una novela, "Las aventuras de Arthur Gordon Pym (1838) y "El derrumbe de la casa Usher (1839), relato al que seguirían —en 1840— los "Cuentos de lo grotesco y lo arabesco".

A partir de este momento, y dentro de los poquísimos años de vida que le restaban, publicaría cada año una obra notable: "La filosofía de la composición" (1846); "Narraciones extraordinarias" (1847), obra en que recopila sus mejores relatos; y "Eureka" (1848), un magnífico ensayo que pretendía "abarcar y desentrañar todos los misterios y designios del universo".

La muerte de su esposa en 1847, consumida por la tuberculosis, hundió a Poe en una serie de terribles pesadillas, aún peores de las que ya sufría a causa de las drogas y el alcohol.

Pero lo que hizo famoso a Poe fueron sus relatos. En ellos se combinan los más extraños razonamientos y situaciones con lo fantasmagórico, lo misterioso, el horror y el crimen. En cierto

modo, "El escarabajo de oro", "La carta robada" y, sobre todo, "Los asesinatos de la calle Morgue", son precursores de la novela policial

## I. El gato negro

---

No espero ni me interesa que se dé crédito a la extraordinaria historia que voy a narrar. Sin embargo, pienso que mañana puedo morir, y quisiera aliviar hoy mi acongojado espíritu. Por eso deseo mostrar al mundo lo que en apariencia no son más que una serie de acontecimientos domésticos, y que, no obstante, por sus consecuencias me han aterrorizado y torturado. A pesar de todo, no trataré de esclarecerlos. Confieso que no me han producido otro sentimiento que el de horror, pero quizás a muchas personas les parecerán menos terribles. Tal vez más tarde haya una inteligencia que reduzca mi fantasía al estado de lugar común. Y posiblemente esa inteligencia, más serena, más lógica, y menos excitable que la mía, encontrará en las circunstancias que relato, con terror, una serie normal de causas y de efectos naturales.

La docilidad y humildad de mi carácter sorprendieron desde mi infancia. Tan notable era la ternura de mi corazón, que había hecho de mí el juguete de mis amigos. Sentía una auténtica pasión por los animales, y mis padres me permitieron poseer una gran variedad de ellos.

Casi todo el tiempo lo pasaba con mis animalitos, y nunca me consideraba tan feliz como cuando les daba de comer o los acariciaba. Con los años aumentó esta particularidad de mi carácter, y cuando fui hombre hice de ella una de mis principales fuentes de alegría. Aquellos que han profesado afecto a un perro fiel, no necesitarán explicaciones de la naturaleza o intensidad del bienestar que eso puede producir. En el amor desinteresado de un animal, en el sacrificio de sí mismo, hay algo que llega directamente al corazón del que frecuentemente ha comprobado la amistad mezquina, y la frágil fidelidad del hombre.

Me casé joven, y tuve la suerte de hallar en mi esposa una disposición semejante a la mía. Habiéndose dado cuenta de mi afecto por esas criaturas, no perdió ocasión para regalarme ejemplares de diversas especies, y tuvimos pájaros, un pez de color de oro, un magnífico perro, conejos, un mono pequeño, y... un gato.

Este último animal era muy fuerte y hermoso, completamente negro, y de una sagacidad maravillosa. Mi mujer, que en el fondo era algo supersticiosa, comentando su inteligencia aludía a la antigua creencia popular que consideraba a los gatos negros como brujas disimuladas. Esto no significa que hablara totalmente en serio sobre este particular, y lo consigno sólo por que lo recuerdo.

Plutón, así se llamaba el gato, era mi amigo predilecto. Únicamente yo le daba de comer, y siempre me seguía por la casa, e incluso me costaba trabajo impedirle que me siguiera por las calles.

Nuestra amistad subsistió algunos años. Años durante los cuales, mi carácter y mi temperamento, debo confesarlo, sufrieron una alteración funesta y radical. La causa fue el demonio de la intemperancia. De día en día me volví más taciturno, más irritable, más indiferente a los sentimientos ajenos. Llegué a emplear, con mi mujer, un lenguaje brutal, y, corriendo el tiempo, la afligí incluso con violencias personales. Por cierto, los pobres animales notaron el cambio que se había producido en mí. No solamente no les hacía el menor caso, sino que los maltrataba. Plutón era el único que me despertaba aún suficiente consideración como para no golpearlo. Por el contrario, no sentía ningún escrúpulo en castigar a los conejos y al mono, y hasta al perro, cuando, por casualidad o afecto, se cruzaban en mi camino.

La maldad iba apoderándose de mí cada vez más, como consecuencia de mis excesos alcohólicos. Y, andando el tiempo, el propio Plutón, que envejecía y, naturalmente, se ponía un tanto huraño, principió a conocer los efectos de mi perversidad.

Una noche, al regresar a casa, completamente ebrio, de vuelta de uno de mis frecuentes escondrijos del barrio, me pareció que el gato evitaba mi presencia. Lo cogí violentamente, y él, asustado, me mordió la mano, ocasionándome una leve herida. Recuerdo que entonces se apoderó repentinamente de mí un furor demoníaco. En aquel instante dejé de conocerme. Podría decirse que, de pronto, mi alma había abandonado mi cuerpo, y una ruindad superdemoníaca se filtró en cada una de las fibras de mi ser. Del bolsillo de mi chaleco saqué un cortaplumas, lo abrí, atrapé al pobre animal por la garganta y, deliberadamente, le vacié un ojo. Me estremezco de vergüenza al evocar esta abominable atrocidad.

Cuando, al amanecer, recuperé la razón, y se me disiparon los vapores alcohólicos, me sentí abrumado por una sensación mitad de horror y mitad de remordimiento por el crimen que había cometido. Pero no fue más que un sentimiento confuso, y volví a sumirme en los excesos, ahogando en la ginebra todos los recuerdos de mi siniestra acción.

El gato mejoró, entre tanto, lentamente. La órbita del ojo perdido presentaba, por cierto, un aspecto espantoso. Sin embargo, él no parecía darse cuenta de ello. Según su costumbre, iba y venía por la casa. Y, como debí suponerlo, en cuanto yo me aproximaba, huía aterrorizado. Me quedaba aún algo de mi antiguo corazón, y me afligía esta antipatía manifiesta en un ser que tanto me había amado anteriormente. Pero esta aflicción no tardó en ser desalojada por la ira, y para mi caída final e irrevocable, brotó entonces el espíritu de la perversidad.

Creo que la perversidad es uno de los impulsos primitivos del ser humano, una de esas indivisibles facultades que rigen inicialmente el carácter del hombre. ¿Quién no se ha sorprendido cometiendo una acción necia o vil, por la única razón de que sabía que no debía cometerla? ¿No tenemos una constante inclinación, pese a lo excelente de nuestro juicio, a violar la ley, simplemente porque comprendemos que es la LEY?

Sí, este espíritu de perversidad produjo mi ruina completa. El vivo e insondable deseo del alma de atormentarse a sí misma, de violentar su propia naturaleza, de hacer el mal por el amor al mal, me impelía a prolongar el suplicio que había infligido al inofensivo animal.

Una mañana, a sangre fría, ceñí un nudo corredizo en torno a su cuello y lo ahorqué colgándolo de la rama de un árbol. Lo ahorqué con mis ojos llenos de lágrimas, con el corazón desbordante del más amargo remordimiento. Lo ahorqué porque sabía que me había amado, y reconocía que jamás tuve motivo alguno para encolerizarme con él. Lo ahorqué porque comprendía que al hacerlo cometía un pecado, un pecado mortal que comprometía mi alma, hasta el punto de colocarla lejos incluso de la misericordia infinita de Dios.

En la noche siguiente al día en que realicé tan cruel acción, me despertó del sueño el grito de "¡ Fuego!" Ardían las cortinas de mi lecho, y la casa era una gran hoguera. Mi mujer, mi criado y yo logramos escapar venciendo grandes dificultades. La destrucción fue total. Quedé arruinado, y me entregué desde entonces a la desesperación.

No pretendo establecer relación alguna entre causa y efecto con respecto a mi crueldad y el desastre, estoy por encima de tal debilidad. No obstante, me limito a dar cuenta de una cadena de hechos y no quiero omitir el menor eslabón.

Visité las ruinas un día después del incendio. Excepto una, todas las paredes se habían derrumbado. Esta excepción la constituía un delgado tabique interior, contra el cual se apoyaba la cabecera de mi lecho. Allí, la construcción había resistido en gran parte a la acción del fuego, hecho que atribuí a que había sido reparada hacía poco. En torno a aquella pared se congregaba la multitud, y numerosas personas la examinaban con gran atención.

Excitaron mi curiosidad las palabras "extraño", "singular" y otras expresiones parecidas. Entonces me acerqué, y vi, semejante a un bajo relieve esculpido sobre la blanca superficie, la figura de un gigantesco gato. La imagen estaba copiada con exactitud prodigiosa. Rodeaba el cuello del animal una cuerda.

Apenas observé la aparición, porque no podía considerar aquello más que como una aparición, me sobrecogió una terrible mezcla de asombro y pánico. Por fin vino en mi ayuda la reflexión, y recordé que el gato había sido ahorcado en un jardín contiguo a la casa. A los gritos de alarma, este jardín fue invadido de inmediato por la muchedumbre, y el animal debió ser descolgado por alguien y arrojado a mi cuarto por la ventana, sin duda con el propósito de despertarme. El derrumbe de las restantes paredes había comprimido a la víctima de mi crueldad en el yeso todavía fresco de la pared recién restaurada, y la cal, en combinación con las llamas y el amoníaco del cadáver, plasmaron esa imagen tal como yo la veía.

Intenté satisfacer así mi razón, aunque no mi conciencia, en la que quedó una huella profunda del sorprendente caso. Durante varios meses no pude liberarme del fantasma del gato, y nació en mi alma una especie de remedo de remordimiento. Llegué incluso a lamentar la pérdida del animal, y a buscar en torno a mí, en los miserables tugurios que frecuentaba, otro felino parecido que pudiera sustituirle.

Una noche, hallándome medio aturdido en un bodegón, llamó mi atención un objeto negro en lo alto de uno de los grandes barriles de ginebra y ron que componían el mobiliario más importante del lugar. Desde hacía algunos momentos observaba este tonel, y me sorprendió

no haber advertido lo que estaba colocado encima. Me acerqué y lo toqué. Era un gato negro, enorme, tan corpulento como Plutón, al que se asemejaba en todo, salvo en un detalle: Plutón no tenía un solo pelo blanco en todo el cuerpo, y éste poseía, aunque en forma indefinida, una señal de pelos albos, como un collar sobre el pecho.

Apenas lo toqué, se levantó repentinamente, ronroneando con fuerza, se restregó contra mi mano y pareció contento. Era el animal que buscaba. Me apresuré a hablar con el dueño y le propuse que me lo vendiera. Pero él no manifestó interés alguno por el animal. No lo conocía, no lo había visto nunca.

Seguí acariciándolo, y cuando me disponía a regresar a mi hogar, el gato se mostró dispuesto a ir conmigo. Se lo permití y caminamos hacia mi casa. Cuando llegamos se encontró como si fuera en la suya, y se convirtió rápidamente en el mejor amigo de mi mujer.

Sin embargo, muy pronto surgió en mí una inexplicable antipatía hacia él. Sucedió, precisamente, lo contrario de lo que yo había esperado. No sé cómo ni por qué ocurrió esto, pero su evidente ternura me enojaba, y casi me fatigaba. Poco a poco, estos sentimientos de disgusto y fastidio fueron aumentando, hasta convertirse en la amargura del odio. Principié a evitar su presencia. Una especie de vergüenza, mezclada al recuerdo de mi crueldad, me impedían maltratarlo, y durante algunas semanas me abstuve de golpearlo o tratarlo con violencia. Pero, gradual e insensiblemente, llegué a sentir por él un horror indecible. En silencio, lo eludía, como si huyera de la peste.

Lo que me despertó abiertamente el odio por el animal fue el descubrimiento que hice a la mañana siguiente de haberlo llevado conmigo: como Plutón, también este gato había sido privado de uno de sus ojos. Esta circunstancia, en cambio, contribuyó a hacerlo más grato a mi esposa, quién, como ya he dicho, poseía esa ternura que en otro tiempo fue mi rasgo característico y el manantial de agrados sencillos y puros.

Pero el cariño que el gato me demostraba, parecía crecer en razón directa a mi odio hacia él. Con tenacidad increíble seguía constantemente mis pasos, se ovillaba bajo mi sillón, o saltando sobre mis rodillas, me cubría con sus caricias espantosas. Si me levantaba, se metía entre mis piernas y casi me derribaba, o bien trepaba por mis ropas, clavando sus largas y agudas garras en mi pecho. En esos instantes hubiera querido matarlo de un golpe, y me lo impedía el recuerdo de mi primer crimen. No, lo que me detenía, me apresuro a confesarlo, era un verdadero terror al animal.

Este miedo no era, positivamente, a un daño físico, sin embargo es difícil definirlo de otro modo, y casi me ruboriza aceptarlo. Aún en esta celda de malhechor, me avergüenza declarar que el pánico que me inspiraba ese gato se había acrecentado a causa de una de las fantasías más perfectas que es posible imaginar.

No pocas veces, mi mujer llamó mi atención con respecto al carácter de la raya blanca en torno al cuello, que constituía la única diferencia perceptible entre este animal y aquel que yo había matado. Aunque grande, tuvo primitivamente, como ya lo he dicho, una forma

indefinida. Pero, gradualmente, pasando por diversas faces había adquirido una rigurosa nitidez de contornos.

En ese momento era la imagen de un objeto que me hace temblar, y me obliga a mirarlo como a un monstruo de horror y repugnancia. ¡Era la imagen de una cosa abominable y siniestra: la horca. ¡Máquina de espanto y crimen, de muerte y agonía!

Yo era, entonces, verdaderamente, un miserable, una bestia brutal. ¡Ay, ni de día ni de noche conocía ya la paz ni el descanso! Ni un solo instante, durante cada jornada, se alejaba de mí ese animal. A la hora de dormir, cuando salía de mis sueños llenos de inenarrable angustia, era tan sólo para sentir el aliento tibio del gato en mi rostro y su enorme peso que parecía gravitar eternamente sobre mi corazón.

Bajo tales tormentos sucumbió lo poco de bueno que quedaba en mí. Infames pensamientos se me hicieron íntimos. Las más sombrías, las más repugnantes ideas eran acariciadas por mi mente. La tristeza de mi humor se acrecentó hasta hacerme aborrecer todas las cosas y a la Humanidad entera. Mi mujer, sin embargo, no se quejaba nunca. Era siempre mi paño de lágrimas. La más paciente víctima de las repentinas, frecuentes e indomables furias, a las que ciegamente me abandoné.

Un día, por un quehacer doméstico, me acompañó al sótano del viejo edificio donde nuestra pobreza nos obligaba a vivir. Por los delgados peldaños de la escalera me seguía el gato, y cuando me hizo tropezar, me exasperó hasta la locura. Apoderándome de un hacha, y olvidando el espanto que había detenido hasta entonces mi mano, dirigí un golpe al animal. Habría sido mortal si le hubiese alcanzado como quería. Pero mi mujer me detuvo. Esta intervención me provocó una rabia endemoniada. Liberé mi brazo, y sin pensarlo ni un segundo, le hundí el hacha en el cráneo. Mi esposa cayó muerta instantáneamente, sin exhalar ni un gemido.

Realizado el horrible asesinato, inmediata y resueltamente, procuré esconder el cuerpo. Me di cuenta de que, ni de día ni de noche, lograría hacerlo desaparecer de la casa, sin que se enteraran los vecinos, y asaltaron mi mente varios proyectos. Por un instante pensé trozar el cadáver y enterrar los pedazos en el suelo. Después resolví cavar una fosa en el piso del sótano. Luego decidí arrojarlo al pozo del jardín. Cambié de idea y decreté embalarlo en un cajón, como una mercancía, y encargar a un mandadero que se lo llevase de casa, facturándolo a cualquier destino. Finalmente, me detuve ante un plan que consideré el más factible: determiné emparedarlo, como dicen que hacían, en la Edad Media, los monjes con sus víctimas.

El sótano parecía estar construido a propósito para este proyecto. Los muros no estaban levantados con el cuidado habitual, y no hacía mucho tiempo habían sido cubiertos, en toda su extensión, por una capa de yeso que la humedad no dejó endurecerse. Existía, por otra parte, una saliente en uno de estos muros, producida por una chimenea artificial que quedó tapada. No dudé que me sería fácil quitar los ladrillos de aquel sitio, colocar allí el cadáver, y emparedarlo, de manera que ninguna mirada pudiera descubrir nada sospechoso.



No me engañé en mis cálculos y, ayudado por una palanca, separé sin mayor dificultad los ladrillos. Luego coloqué el cuerpo contra la pared interior, y lo sostuve en esa postura, hasta restablecer, sin gran esfuerzo, toda la estructura a su estado primitivo. Tomando cuanta precaución es imaginable, me procuré una argamasa de cal y arena. Preparé una mezcla que no podía distinguirse de la primitiva, y cubrí cuidadosamente con ella el nuevo tabique.

Cuando terminé, acepté que todo había resultado perfecto. La pared no presentaba la más leve señal de arreglo. Con sumo cuidado barrí el piso y recogí los escombros. Miré, triunfalmente a mi alrededor, y me dije: "Por lo menos aquí, mi trabajo no ha sido infructuoso.

En seguida, la primera idea fue buscar al felino causante de tan tremenda desgracia, porque, al fin, había resuelto matarlo. Si en aquel momento lo hubiera encontrado, nada habría evitado su destino. Pero parecía que el animal, ante la violencia de mi cólera, se había alarmado y procuraba no presentarse, desafiando, desde su refugio, mi furia.

Es imposible describir o imaginar la intensa, la apacible, sensación de alivio que trajo a mi corazón la ausencia de la detestada criatura. No se presentó en toda la noche, y ésta fue la primera que gocé desde su llegada a la casa. Dormí tranquila y profundamente. Sí, dormí con el peso de aquel asesinato en mi alma.

Transcurrieron el segundo y el tercer día. Mi verdugo no vino, y respiré una vez más como un hombre libre. En su terror, el monstruo se había alejado para siempre de aquellos lugares. Ya no volvería a verlo jamás, y mi dicha era infinita. Me inquietaba muy poco la criminalidad de mi tenebrosa acción, aunque se abrió una especie de sumario que intentó ciertas averiguaciones. También se dispuso un reconocimiento, pero, naturalmente, nada podía descubrirse. Yo daba por asegurada mi felicidad futura.

Al cuarto día de haber cometido el asesinato, se presentó inopinadamente en mi casa un grupo de agentes de policía, y procedió de nuevo a una rigurosa inspección. Confiando en lo impenetrable de aquel escondite, no experimenté turbación alguna.

Los agentes quisieron que los acompañara en su revisión, y fue examinado hasta el último rincón de la casa. Por tercera o cuarta vez bajaron al sótano, lo cual no me alteró en lo más mínimo. Como el de un hombre que reposa en la inocencia, mi corazón latía pacíficamente. Recorrí el sombrío lugar de punta a punta, crucé los brazos sobre el pecho y me pasee indiferente de un lado a otro. Plenamente satisfecha, la policía se disponía a abandonar la casa, pero era demasiado intenso el júbilo que yo experimentaba para que pudiera reprimirlo. Sentía la viva necesidad de decir una palabra, una palabra tan sólo, a modo de triunfo, y hacer doblemente evidente la convicción de mi inocencia.

—Señores —dije, cuando los agentes subían la escalera—, es para mí una gran satisfacción haber desvanecido sus sospechas. Les deseo a todos ustedes buena salud... Vuelvan a verme. Tienen ustedes aquí una casa muy bien construida... —Apenas sabía lo que hablaba en mi desatinado afán de decir algo—. Puedo asegurarles que ésta es una edificación excelente. Estos muros... ¿Cómo? ¿Se van ustedes, señores? Estos muros están edificados con una gran solidez...

Entonces, en una fanfarronada imbécil, golpeé con fuerza con mi bastón, precisamente sobre la pared tras la cual yacía mi esposa.

¡Ah, que Dios me proteja y me libre de las garras del demonio! Apenas se hundió en el silencio el eco de mis golpes, una voz respondió desde el fondo de la tumba. Era primero una queja velada, entrecortada como el sollozo de un niño. Después se convirtió en un gemido prolongado, sonoro y continuo, infrahumano; un alarido mitad de horror y mitad de triunfo, como solamente podría brotar del infierno. Me sentí desfallecer y, tambaleándome, caí contra la pared opuesta. Los agentes se detuvieron un instante en los escalones. La sorpresa y el pavor los habían dejado atónitos. Un momento después, doce brazos robustos derribaron la pared, que cayó a tierra de un golpe. El cadáver, muy desfigurado ya, y cubierto de sangre coagulada, apareció rígido ante todos los presentes.

Sobre su cabeza, con las rojas fauces dilatadas, y llameando el único ojo, se posaba el terrible animal cuya astucia me llevó al asesinato, y cuyo aullido revelador me entregaba al verdugo. ¡Había emparedado al monstruo en la tumba!

## II. Los anteojos

---

Hace algunos años estuvo de moda ridiculizar lo que llamamos el flechazo en el terreno del amor; pero los que saben pensar, así como los que sienten profundamente, siempre han abogado por su existencia. En efecto, los modernos descubrimientos, en lo que puede llamarse magnetismo, o estática magnética, nos ofrecen la comprobación de que los más naturales y, en consecuencia, más verdaderos e intensos afectos humanos, son los que brotan del corazón como por simpatía eléctrica. En otras palabras, que las más alegres y llevaderas cadenas sentimentales son las que se remachan con una mirada. La confesión que me dispongo a hacer, añadiré uno más a los innumerables ejemplos de esta verdad.

El carácter de mi relato me obliga a ser bastante minucioso. Soy todavía muy joven; aún no he cumplido los veintidós años. Mi apellido, hoy día, es corriente, casi plebeyo: Simpson. Y digo "hoy día", porque sólo últimamente he comenzado a llamarme así. El motivo fue heredar un importante legado que me dejó un pariente lejano llamado Adolphus Simpson. La condición para recibir dicha herencia fue que adoptara legalmente el nombre del testador; el nombre de familia, no el de pila. Mi nombre de pila es Napoleón Bonaparte. Más exactamente, estos son mis nombres de pila primero y segundo.

Acepté el apellido Simpson con cierta repugnancia, porque el mío, el verdadero, Froissart, tiene razones para un perdonable orgullo, pensando en fundar mi descendencia desde el inmortal autor de las "Crónicas". Además, y dicho sea de paso, a propósito de apellidos puedo mencionar coincidencias muy singulares en los nombres de mis predecesores inmediatos.

Mi padre era monsieur Froissart, de París. Su esposa, mi madre, con quien se casó cuando ella tenía quince años, era una señorita Croissart, hija mayor del banquero Croissart, cuya mujer, que sólo contaba con dieciséis años al casarse, era hija de Víctor Moissart. Monsieur Moissart, casualidad rara, contrajo matrimonio con una señorita del mismo apellido, mademoiselle Moissart. Ella, también era una chiquilla cuando se casó y asimismo su madre, madame Moissart, que no tenía más de catorce años cuando fue conducida al altar.

Estos matrimonios tempranos son corrientes en Francia. Tenemos, por lo tanto, en línea de descendencia directa: Moissart, Voissart, Croissart y Froissart. El último, mi propio apellido, aunque como ya he explicado, por disposición legal, se ha convertido en Simpson.

En cuanto a mis atributos personales, no me faltan. Al contrario, pienso que tengo buena figura, y poseo lo que el noventa por ciento de la gente llama un rostro atractivo. Soy alto, mi cabello es negro y rizado, y mi nariz es regular. Mis ojos son grandes y pardos y, aunque

en realidad mi vista es débil, nadie sospecharía el menor defecto en mi mirada. Esta debilidad, sin embargo, siempre me ha molestado mucho, y he acudido a todos los remedios posibles para suprimirla, salvo usar lentes. Por ser un joven de agradable presencia, naturalmente me desagradan, y me he negado siempre a usarlos.

No conozco nada que desfigure tanto un semblante, e imprima en todas las facciones un aspecto de gazmoñería, o de santurronería y envejecimiento, como el que dan las gafas. También otorgan un aire de exagerada suficiencia y afectación, de modo que he procurado la forma de arreglármelas siempre sin ellas. Quizás sean excesivos estos caprichos, puramente personales, sin mayor importancia. Bastará con añadir que mi temperamento es arrebatado, ardiente, entusiasta, y que toda mi vida he sido un devoto admirador de las mujeres.

Una noche del pasado invierno, entré en un palco del teatro, acompañado de un amigo, el señor Talbot. Era noche de ópera, y se anunciaba una atracción muy notable, así es que el teatro estaba muy concurrido. Llegamos a tiempo para ocupar los asientos de primera fila que nos habían reservado, aunque para sentarnos en ellos tuvimos que abrirnos paso a codazos.

Durante un par de horas, mi amigo, que era un auténtico melómano, fijó toda su atención exclusivamente en el escenario, en tanto que yo me distraje observando al auditorio, compuesto por la flor y nata de la ciudad.

Tras satisfacerme en este punto, iba a volver mis ojos hacia la prima donna, cuando vi una figura que había escapado a mi atención.

Aunque viva mil años, jamás podré olvidar la intensa emoción con que miré a esa persona. Era la mujer más exquisita que había contemplado. Tenía vuelto el rostro hacia el escenario, en tal forma que durante unos minutos no pude ver nada de él; pero toda su estampa era divina; no hay palabras para expresar sus magníficas proporciones, y aun este vocablo me parece ridículamente débil cuando lo escribo.

La magia de las bellas formas en las mujeres, el embrujo del encanto femenino, ha sido siempre para mí una fuerza a la que no he podido resistir. Pero en aquella mujer se encarnaba la gracia más pura. Era el bello ideal de mis delirantes fantasías.

Aquella silueta, que en su mayor parte podía ver gracias a la construcción del palco, era de estatura algo superior a la común, y casi llegaba a lo majestuoso. La cabeza, de la cual sólo era visible la parte posterior, rivalizaba en contorno con la de la griega Psiquis, y estaba casi al descubierto, aun cuando llevaba un elegante sombrero liviano, que me hizo evocar la tela etérea de Apuleyo.

El brazo derecho se apoyaba en la balaustrada del palco y hacía estremecer todos los nervios de mi cuerpo con su exquisita simetría. Su parte superior estaba cubierta con una de esas mangas abiertas y sueltas, hoy tan en boga, que apenas le llegaba al codo. Debajo llevaba otra tela sutil, muy ceñida, terminada en un puño de rico encaje que le caía graciosamente sobre la mano; esa mano de la que quedaban al descubierto únicamente los

delicados dedos, en uno de los cuales brillaba una sortija de diamantes de extraordinario valor. La admirable redondez de su muñeca quedaba realizada por un brazalete también adornado y cerrado por un magnífico broche de piedras preciosas, que me hablaban, a la vez, de la riqueza y el buen gusto de quien las llevaba.

Media hora por lo menos estuve contemplando aquella regia aparición y durante aquel tiempo sentí toda la fuerza de lo que se ha contado con respecto al flechazo en el terreno del amor.

Mis sentimientos eran enteramente diferentes a todo cuanto había experimentado hasta entonces. Era algo inexplicable, que me veo obligado a considerar como magnética simpatía de alma a alma; algo que parecía encadenar no sólo mi vista, sino también mis facultades de pensar y sentir.

Advertí, sentí, y supe, que estaba profundamente enamorado, irrevocablemente enamorado, y ello, aún antes de ver el rostro de la mujer amada. Tan intensa era, en efecto, la pasión que ya me consumía, que tuve la certeza de que mermaría muy poco, si esto era posible, si las facciones de su rostro no me mostraran más que unos rasgos vulgares. De tal modo es anómala esta naturaleza del amor por flechazo, y tan poco depende de las condiciones exteriores que parecen gobernarlo y crearlo.

Mientras me hallaba absorto en la contemplación de esa visión hechicera, cierto alboroto entre el público la hizo volver levemente la cabeza, de modo que pude ver todo el perfil. Su belleza excedía a todo cuanto yo había supuesto, pero algo me desconcertó, sin que pudiera explicarme exactamente qué era.

Mis sentimientos mostraron menos arrobamiento, pero más profundo entusiasmo. Aquel estado de ánimo lo originaba, quizás, el aire de madonna del rostro. Sin embargo, al pensarlo más, comprendí que no era sólo este detalle. Existía algo más; un misterio que yo no podía descubrir, y que aumentaba mi interés. En realidad me hallaba en ese estado del alma que predispone a un hombre joven y enamorado a cometer cualquier extravagancia. Si esa dama hubiera estado sola, yo habría entrado en su palco, y le hubiese declarado mi amor, arriesgándome a cuanto pudiera suceder. Afortunadamente la acompañaban un caballero y una mujer de notable hermosura, quien, según parecía, era unos años más joven que ella.

Hilvanaba mil planes para ser presentado a la mayor de las dos damas, y, por el momento, ver su belleza con más claridad. Hubiera querido cambiar mi localidad por otra más cercana a ella, pero esto era imposible porque el teatro estaba abarrotado. Además, las severas exigencias de la moda habían prohibido el uso de gemelos en el teatro; lo prohibían terminantemente. Por fin, se me ocurrió hablarle a mi amigo.

—Talbot, usted tiene gemelos de teatro —le dije—. Préstemelos.

—¿Gemelos de teatro? ¡No! —exclamó, alarmado—. ¿Qué supone que pueda hacer yo con unos gemelos de teatro?

Y acto seguido se volvió impaciente para mirar hacia el escenario.

—Talbot —insistí yo, apoyando una mano en su hombro—. ¿Quiere escucharme? ¿Ve

usted ese palco de proscenio'? ¡No, el de la derecha! ¿Ha visto en su vida una mujer más hermosa?

—Efectivamente, es muy hermosa —contestó él.

— ¿Quién será'?

—¡En el nombre del cielo! ¿Es que no sabe quién es? No conocerla demuestra que tampoco usted es persona conocida. Se trata de la célebre madame Lalande, la belleza del día por excelencia, y tema principal de todas las conversaciones en la ciudad. Es viuda, e inmensamente rica... Un buen partido. Acaba de llegar de París.

— ¿Usted la conoce?

—Sí, me cabe ese honor.

—¿Puede presentármela?

—Desde luego. Para mí será un placer. ¿Cuándo quiere que se la presente'?

—Mañana a la una me reuniré con usted en la calle B...

—Muy bien. Y ahora hágame el favor de callarse, si es posible.

Me vi obligado a obedecer a Talbot, porque él se mostró totalmente sordo a una nueva pregunta, y durante el resto de la velada atendió exclusivamente a lo que estaba sucediendo en el escenario.

Mientras tanto, yo tenía mis ojos clavados en madame Lalande, y al fin tuve la suerte de verla de frente. Su rostro era exquisitamente bello; esto ya me lo había dictado mi corazón. No obstante, una vez más experimenté esa sensación que me desconcertaba. Finalmente deduje que todos mis sentidos estaban impresionados por un aire de gravedad, tristeza, o más bien de lasitud, que empañaban la frescura de su semblante, aunque sólo para dotarlo de seráfica ternura y majestad. Esto, naturalmente, se duplicaba por mi temperamento romántico.

Mientras así recreaba mi vista, noté con gran emoción, y por imperceptible gesto de la dama, que de pronto había advertido la intensidad de mis miradas. Una vez más, quedé totalmente fascinado, y no pude apartar de ella los ojos ni un instante. Se volvió levemente, y de nuevo no vi más que el cincelado contorno de la parte posterior de su cabeza. Pasados unos minutos, como si se sintiera impulsada por la curiosidad de comprobar si yo todavía la estaba observando, lentamente fue girando el rostro, y otra vez se tropezó con mi ardiente mirada. Bajó instantáneamente sus grandes ojos negros, y un intenso rubor cubrió sus mejillas. Pero lo que me llenó de asombro y perplejidad fue ver que no volvió únicamente la cabeza, sino que tomó de su cintura unos pequeños gemelos, los alzó, ajustó... y luego me observó con ellos, atenta y deliberadamente, por espacio de unos minutos.

Si un rayo hubiera caído a mis pies, no me habría quedado tan aturdido; sólo aturdido, no ofendido ni disgustado, en absoluto, por más que acción tan atrevida, en otra mujer, probablemente me habría molestado. Pero ella lo hizo todo con tanta calma, con tanta naturalidad, con tan evidente gesto de perfecta educación, que no se la podía acusar de ningún descaro, y mis únicos sentimientos fueron de admiración.

Apenas comenzó a mirarme con los gemelos, pareció satisfecha con su examen de mi persona, y ya los retiraba de sus ojos, cuando, como si lo hubiese pensado dos veces, volvió a enfocarme, observándome con más atención, quizás por espacio de cinco minutos.

Aquella acción tan extraordinaria, ejecutada en un teatro americano, llamó la atención de todo el mundo, y se produjo cierto revuelo y cuchicheos entre el público, que durante unos instantes me llenaron de confusión. En cambio no produjeron ningún efecto visible en el semblante de madame Lalande.

Tras satisfacer su curiosidad, bajó los gemelos y miró tranquilamente hacia el escenario. Ya no veía más que su perfil, igual que antes. Seguí contemplándola ininterrumpidamente, aun cuando me daba perfecta cuenta de mi falta de cortesía. Entonces noté que su cabeza, muy lentamente, cambiaba de posición, y pronto llegué a convencerme de que la dama, que fingía mirar hacia el escenario, continuaba escrutándome atentamente. Supongo que no necesito explicar el efecto que aquel proceder causó en mi exaltado ánimo.

Después de haberme examinado de aquel modo, quizás durante un cuarto de hora, el bello objeto de mi pasión se dirigió al caballero que se hallaba a su lado, y mientras hablaba con él, me percaté claramente, por las miradas de ambos, de que se referían a mí. Al término de la breve conversación, madame Lalande giró nuevamente hacia el escenario, y pasaron unos minutos en que pareció muy interesada en la representación. Sin embargo, luego de unos momentos, mi emoción aumentó terriblemente, al verla ajustar una vez más los anteojos que pendían de su cintura, mirarme cara a cara, como había hecho antes, y sin hacer caso de los murmullos de la gente, inspeccionarme de arriba a abajo, con la maravillosa compostura que ya había deleitado y turbado mi alma.

Aquella actitud me sumió en un intenso delirio de amor, y sirvió más para enardecerme que para desconcertarme. En la loca intensidad de mi pasión, lo olvidé todo, menos la presencia de la majestuosa belleza que tenía ante mí. Esperé la oportunidad, y cuando me pareció que el público estaba completamente distraído por la representación, atraje la mirada de madame Lalande, y le dirigí un ligero pero inequívoco saludo.

Ella se ruborizó, miró hacia otro lado, y después, lenta y cautelosamente, observó en torno a sí, para comprobar si mi temerario gesto había sido notado, y a continuación se inclinó hacia el caballero que estaba junto ella.

Entonces me di perfecta cuenta de la incorrección que acababa de cometer, y no esperé nada menos que pidiera una inmediata explicación, a la vez que, por mi cerebro, pasaba rápidamente la visión de unas pistolas a la mañana siguiente.

Sin embargo, a continuación me sentí muy aliviado, al ver que la dama le entregaba al caballero el programa de la función, sin decirle una sola palabra. Y ahora, procure el lector formarse una idea de mi asombro, de mi fantástico asombro, de mi delirante arrebatado del alma, cuando luego de mirar furtivamente en rededor, dejó ella que sus ojos resplandecientes se posaran en los míos, y con una sonrisa que descubría las blancas perlas de sus dientes, hizo dos claros aunque leves movimientos afirmativos con la cabeza.



No vale la pena que insista acerca de mi dicha, de mi arrobamiento. Si alguna vez enloqueció un hombre por exceso de felicidad, ese hombre fui yo en aquellos momentos. Amaba. Era mi "primer amor"... un amor supremo, indescriptible. Era un amor por flechazo, y por flechazo también era apreciado y correspondido.

¡Sí, correspondido! ¿Cómo iba a dudarle ni un solo instante? ¿Qué otra interpretación podía dar a aquel proceder por parte de una mujer tan bella, rica, refinada, con educación superior, con tan elevada posición social, tan respetable en todo sentido, como era madame Lalande? Sí, ella me amaba, correspondía al impulso de mi amor con otro impulso tan ciego, tan firme, tan desinteresado, y tan incondicional como el mío. Estas deliciosas fantasías quedaron interrumpidas por la caída del telón. El público se puso de pie y acto seguido se produjo el habitual bullicio.

Dejé precipitadamente a Talbot, y empleé todos mis esfuerzos para abrirme paso y colocarme lo más cerca posible de madame Lalande. No habiendo podido lograrlo a causa de la muchedumbre, tuve que renunciar a mi persecución, y dirigí los pasos hacia mi casa. Consolé mi decisión, con el pensamiento de que a la mañana siguiente sería presentado a ella en debida forma, gracias a los buenos oficios de mi amigo Talbot.

Finalmente amaneció, tras una larga noche de impaciencia. Y entonces las horas, hasta la una, fueron pasando con lentitud desesperante. Cuando no se extinguía el eco del reloj anunciando la una, corrí hacia la calle B... y pregunté por Talbot.

—No está —me respondió el lacayo a su servicio.

—¿Cómo que no está? —interrogué sorprendido—. Permítame que le diga, amigo mío, que eso es completamente imposible y absurdo. El señor Talbot no puede haber salido. ¿Por qué dice usted eso?

—Sólo porque no está en casa. Inmediatamente después de almorzar, tomó el coche para ir a S... Avisó que no regresaría hasta dentro de una semana.

Me quedé petrificado por el estupor y la ira. Finalmente di media vuelta, lívido de cólera, e interiormente mandando al infierno a toda la estirpe de los Talbot. Era evidente que mi amigo había olvidado nuestra cita apenas la habíamos concertado. Nunca cumplía con su palabra muy escrupulosamente, y no existía forma para corregirlo. Reconociendo esto, calmé mi indignación tanto como me fue posible, y vagué por las calles, malhumorado, haciendo preguntas inútiles sobre madame Lalande, a los conocidos que encontraba.

Comprobé que todos la conocían de oídas, muchos de vista, pero como hacia escasas semanas que se hallaba en la ciudad, eran pocos los que afirmaban tratarla personalmente. Éstos, eran aún relativamente extraños para ella, y no podían, o no querían, tomarse la libertad de presentarme con las formalidades que requería semejante visita. Mientras yo me desesperaba conversando con un trío de amigos sobre la causa de mi tormento, ocurrió que la persona de quién hablábamos pasó muy cerca de nosotros.

—¡Por mi vida, ésa es! —exclamó uno de mis amigos.

—¡Maravillosamente bella! —expresó otro.

—¡Como un ángel! —afirmó el tercero.



—Miré y en el carruaje que avanzaba hacia nosotros lentamente, calle abajo iba sentada la deslumbrante dama de la ópera, acompañada por la señorita que estaba con ella en el palco.  
—La que va a su lado también es elegantísima — comentó el primero de mis amigos.  
—Es asombrosa. Su aspecto aún es magnífico, pero no olvidemos que el arte obra maravillas. Parece más atractiva que hace cinco años, cuando la vi en París. ¿No le parece a usted, Simpson?  
—¿Todavía? —pregunté asombrado—. ¿Y por qué no habría de serlo? Comparada con su amiga, parece una lámpara de aceite junto a una estrella de la tarde, una mariposa de luz comparada con Antares.

Uno de ellos rió a carcajadas, y luego dijo:

—Simpson, tiene usted el maravilloso don de hacer descubrimientos... y, por cierto, muy originales.

A continuación nos separamos, en tanto que otro principió a canturrear una alegre canción de vodevil, de la cual sólo capté estos versos:

¡Ninon, Ninon, Ninon, á bas!  
¡À bas Ninon de L'Enclos!

Durante aquella escena, hubo algo que me reconfortó, aunque avivó aún más la pasión que me consumía. Al pasar el coche de madame Lalande junto a nuestro grupo, noté que ella me había reconocido, no sólo esto, sino que me favoreció con la más exquisita de todas las sonrisas imaginables.

En cuanto a ser presentado a ella, tuve que abandonar toda esperanza; al menos durante el tiempo en que a Talbot se le ocurriera permanecer en el campo.

Comencé a frecuentar asiduamente los lugares famosos de diversión pública, y, por fin, en el teatro donde la había visto por primera vez, tuve la suerte de hallarla, e intercambiar nuevamente mis miradas con las suyas. Pero esto ocurrió al cabo de dos semanas. Entre tanto, diariamente preguntaba por Talbot, en su hotel, y recibía el eterno "todavía no ha regresado" de su lacayo; sentía que volvía a invadirme la indignación.

En aquella velada, por lo tanto, me encontraba próximo a la locura. Me habían dicho que madame Lalande era parisiense, y había llegado recientemente de París. ¿Regresaría a Francia antes que Talbot volviera del campo? ¿No la perdería entonces para siempre? Esa idea, que no podía soportar, fue la que me impulsó a actuar con viril decisión. Apenas terminó la representación teatral, seguí a la dama hasta su casa, anoté la dirección, y, a la mañana siguiente, le envié una larga y meditada carta, en la que volqué todo mi corazón.

Me expresaba de ella audazmente, con pasión y libertad. No le oculté nada, ninguna de mis flaquezas; aludí a las románticas circunstancias de nuestro primer encuentro, y hasta a las miradas que se cruzaron entre nosotros. Me atrevía a decirle que estaba seguro de su amor, y al mismo tiempo le ofrecía esa seguridad, y la intensidad de mi afecto, como disculpa a mi imperdonable proceder. Como tercera excusa, le hablé de mi temor a que pudiera abandonar la ciudad antes de que yo consiguiera la oportunidad para una presentación

formal. Y concluí la más vehemente epístola de amor jamás escrita, con una franca descripción de mi posición social, de mis bienes, y mi proposición matrimonial.

Con angustiosa espera aguardé la respuesta. Y después de lo que me pareció el transcurso de un siglo, llegó por fin.

Sí, "realmente" llegó. Recibí, en efecto, una carta de madame Lalande; la hermosa, la idolatrada madame Lalande. Como buena francesa, había obedecido a los sinceros dictados de su razón, a los generosos impulsos de su naturaleza, despreciando las afectadas gazmoñerías del mundo. No había desdeñado mis proposiciones; no se había encerrado en el silencio; no me había devuelto mi carta sin abrirla. Por el contrario, me enviaba una respuesta escrita con sus propias manos, en la que decía lo siguiente:

"El señor Simpson me perdonará que no escriba correctamente la hermosa lengua de su país, o al menos que no lo haga tan bien como en la mía. Hace muy poco tiempo que vine aquí, y no he tenido oportunidad de estudiarla. Sea ésta mi excusa a la forma en que le digo esto, caballero: ¡Ay de mí! El señor Simpson ha adivinado sobradamente toda la verdad. ¿Cabe agregar algo? ¿No he dicho ya más de lo que debiera decir?

Eugenia Lalande."

Besé un millón de veces aquella nota, y cometí por su causa otras mil extravagancias que ya han huido de mi memoria. ¡Pero Talbot no regresaba! Si hubiera podido formarse la más vaga idea del padecimiento que su ausencia me producía ¿no habría corrido de inmediato a mi lado para consolarme? Le escribí y me contestó. Le retenían urgentes negocios, y estaría pronto de vuelta. Me rogaba que no fuera impaciente y que moderase mis impulsos, que leyera libros de tema calmante, que no abusara de las bebidas alcohólicas... ¡y que llamara en mi ayuda al consejo de la filosofía! ¡Necio! Ya que él no podía venir ¿por qué no me enviaba una carta de presentación? Volví a escribirle, implorándole que me la mandara cuanto antes. Esta última misiva me la devolvió el lacayo, con las siguientes palabras escritas al dorso del sobre: el muy bribón se había ido al campo con su amo.

"Salió de S... ayer; con dirección desconocida. No dijo a dónde iba ni cuando volvería. He reconocido su letra, y como usted siempre tiene prisa, me ha parecido mejor devolverle su carta. Sinceramente suyo, Stubbs."

Después de esto, no será necesario decir que deseé los peores castigos para amo y criado, aunque de poco me servía la indignación, y quejarme no era un consuelo. No obstante me quedaba un recurso: mi natural audacia. Hasta entonces me había servido mucho, y decidí ponerla en juego. Además, después de la correspondencia intercambiada entre madame Lalande y yo ¿qué falta de corrección podía cometer, dentro de ciertos límites, que ella pudiera juzgar improcedente?

Desde que recibí su carta, había adquirido el hábito de rondar su vecindad, y así descubrí que a la hora del crepúsculo solía dar un paseo, acompañada únicamente por un negro de librea, por una plaza pública. Allí, entre las frondosas y casi oscuras alamedas, bajo la pálida luz de un suave atardecer de verano, me acerqué a ellos.

Para desorientar al sirviente, lo hice con toda la naturalidad de un antiguo conocido. Ella, con la presencia de ánimo de una auténtica parisiense, comprendió de inmediato mi treta, y para saludarme me ofreció la mano más adorablemente pequeña que sea posible imaginar. El criado quedó atrás en seguida, y entonces, con el corazón rebosante de alegría, pudimos conversar extensamente y sin reservas sobre nuestro amor.

Debido a que madame Lalande hablaba inglés con menor facilidad que como lo escribía, preferimos hablar en francés. En aquella dulce lengua, tan adecuada para expresar la pasión amorosa, di rienda suelta al impetuoso entusiasmo de mi naturaleza, y, con toda la elocuencia de que pude disponer, le rogué que consintiera en nuestro inmediato matrimonio.

Al darse cuenta de mi impaciencia, ella sonrió. Puso como pretexto el decoro social. Yo había cometido la gran imprudencia de haber hecho público, entre mis amigos, el deseo de relacionarme con ella, lo cual significaba que aún no la conocía, y no habría manera de ocultar la fecha en que se iniciaban nuestras relaciones. Luego, me hizo notar, sonrojándose, lo demasiado reciente de esa fecha. Casarnos en seguida sería impropio, sería "outré" (ultrajante). Todo esto lo explicaba con un aire de "naiveté" (ingenuidad) que me arrebató, y al mismo tiempo me apenaba y me convencía.

Llegó a acusarme, riendo, de precipitación y de imprudencia. También me hizo notar que, en realidad, yo no sabía quién era ella, ni su familia, ni su posición en la sociedad. Me rogó que lo meditara, y calificó mi amor de apasionamiento, de fuego fatuo, de obra inestable más de la fantasía que del corazón, de capricho momentáneo. Todo aquello lo decía mientras las sombras del atardecer caían más y más a nuestro alrededor, y luego, con un suave apretón de su mano, derribaba en un dulce instante el edificio de argumentos que ella misma había levantado.

Le respondí insistiendo en la adoración profunda y la admiración que me inspiraba. Para terminar, me extendí con enérgica convicción en los peligros que acechaban el cauce del amor verdadero, que se desliza sin dificultades, y de aquí deduje el manifiesto riesgo de prolongar innecesariamente la situación en que nos encontrábamos.

Este último argumento pareció, al fin, suavizar el rigor de su determinación. Pero todavía quedaba un obstáculo, que estaba segura de que yo no había tomado debidamente en cuenta.

Se trataba de un punto delicado, y al mencionarlo tenía que sacrificar sus sentimientos, aunque por mí, ella no repararía en ninguna clase de sacrificios. Aludía a la cuestión de la edad. ¿Yo me daba cuenta? ¿Había advertido claramente la diferencia que existía entre nosotros? El hecho de que la edad del marido excediera en varios años a la edad de la mujer, era considerado por todo el mundo como admisible, e incluso conveniente. Pero ella siempre había mantenido la creencia de que los años de la esposa nunca deben exceder a los del marido. ¡Una diferencia de esa clase, frecuentemente, por desdicha, originaba una vida de infelicidad. Eugenia entendía que mi edad no pasaba de los veintidós años, en cambio yo, por el contrario, parecía ignorar que los años de ella sobrepasaban muchísimo ese número!

En todo aquello, mi amada mostraba una nobleza de alma, una digna sinceridad que me deleitaba, y me encadenaba a ella para siempre.

—Mi amadísima Eugenia —dije— ¿qué importancia tiene lo que estás diciendo? Tus años son algo más que los míos. ¿Pero qué importa esto? Las costumbres del mundo no son sino necedades convenidas. Para los que se aman como nosotros ¿en qué puede diferenciarse una hora de un año? Yo tengo veintidós, de acuerdo; en realidad, ya casi tengo veintitrés. En cuanto a ti, no tendrás más de... de...

Al llegar a aquel punto me detuve, esperando que Eugenia me interrumpiera, comunicándome su edad. Pero una francesa raramente habla en forma inequívoca en tales ocasiones, y siempre dispone de alguna hábil escapatoria verbal. En nuestro caso, durante unos momentos pareció buscar algo que decir, y finalmente dejó caer sobre la hierba una miniatura que yo recogí.

—Guárdala —ordenó ella, con una de sus más fascinantes sonrisas—. Guárdala como recuerdo mío de este momento, como recuerdo de la que está ahí retratada y demasiado favorecida. En el dorso podrás descubrir la información de lo que parece interesarte. Ahora se está haciendo de noche, pero mañana podrás examinarla con calma. Mis amigos preparan a estas horas una reunión musical, y también te prometo la asistencia de un buen cantante. Nosotros los franceses no somos tan remilgados como los norteamericanos para estas cosas, y por lo tanto no tendré dificultad en presentarte, en esta reunión, como un antiguo conocido.

Diciendo esto, se cogió de mi brazo, y la acompañé hasta su casa. La residencia era hermosísima, amueblada con muy buen gusto. Sin embargo, no me siento autorizado para juzgar a fondo, ya que cuando llegamos era de noche, y en las casas norteamericanas, aun en las más elegantes, no se encienden las luces mientras dura el calor del verano, pasado el anochecer. Hasta cerca de una hora después de mi llegada, hubo sólo un quinqué con pantalla en el salón principal, y, según logré apreciar con esta iluminación, ostentaba un gran refinamiento y esplendor. Las salas contiguas, donde la concurrencia se reunía preferentemente, permanecieron toda la velada en agradable penumbra.

Madame Lalande no había exagerado el talento musical de su amigos, y el canto que allí pude escuchar fue superior a cuanto se oía fuera de Viena. Los intérpretes de las partituras con instrumentos eran varios, de gran talento. Las cantantes, exclusivamente mujeres, resultaron excelentes.

Finalmente, al cabo de pedírsele encarecidamente, madame Lalande se puso de pie. Decidida, sin afectación, abandonó la "chaise longue" (el sillón) donde se hallaba sentada a mi lado, y acompañada por dos caballeros y su amiga de la ópera se dirigió al salón donde se ubicaba el piano. Yo quería acompañarla, pero comprendí que, debido a las circunstancias, lo mejor era quedarme inadvertido donde me hallaba. Así, me vi privado del placer de verla, ya que no de oírla cantar.

La impresión que causó en la concurrencia tuvo algo mágico. Pero el efecto que a mí me produjo fue aún más intenso. Sin duda dependía, en parte, del sentimiento de amor que me

invadía, y de mi convicción sobre la extremada sensibilidad de la cantante, porque no es posible que arte alguno pueda comunicar a un aria o a un recitado expresividad más apasionada que la de ella. Sus notas bajas eran maravillosas. Su voz abarcaba tres octavas que se extendían desde el "re" contralto hasta el "re" sobreagudo, subiendo y bajando en escalas, cadencias y "fioritures". En el final de "La Sonámbula" produjo un efecto notable al cantar: "¡Ah, non giunge uman pensiero, al contento ond 'io son pena."

Al levantarse del piano, después de aquellos milagros de ejecución vocal, ocupó nuevamente su lugar a mi lado. Le expresé el más hondo deleite que había experimentado ante su ejecución. Pero de mi asombro nada dije, aun cuando estaba atónito; lo estaba, porque cierta nota de debilidad o, más bien, una trémula inflexión que surgía en su voz al conversar, jamás me habrían autorizado a sospechar que podría atacar con éxito esas partituras.

Nuestra conversación fue larga vehemente, interrumpida, y sincera. Me pidió que le relatara algunos episodios tempranos de mi vida, y escuchó atenta, casi conteniendo la respiración, todas las palabras de lo que le narré. No oculté nada, porque entendía que no tenía derecho a ocultar nada a su confiado afecto.

Alentado por su franqueza en el delicado asunto de la edad, me extendí en los pormenores de mis defectos, e hice plena confesión de mis flaquezas morales y físicas. Hablé de mis imprudencias en los días de colegio, mis extravagancias, mis juergas, mis deudas, y mis amoríos. Tampoco dejé de mencionar la tos que en cierta época me había molestado, el reumatismo crónico hereditario, y, para concluir, la desagradable y odiosa, aunque cuidadosamente ocultada, flaqueza de mi vista.

—Sobre este último punto —sostuvo Eugenia, sonriendo—, has cometido una verdadera indiscreción al confesarlo. Habría jurado que nadie podía acusarte de ese defecto.

Se detuvo, y, a pesar de las penumbras, creí que sus mejillas subían de color. Luego añadió:

—¿No recuerdas, "mon cher ami", estos pequeños anteojos auxiliares que ahora cuelgan de mi cuello?

Al decir esto, jugueteaba con los gemelos que me habían producido tanta confusión en la ópera.

—Naturalmente que me acuerdo... — exclamé, oprimiendo la delicada mano que ofrecía aquellos anteojos para mi examen.

Eran una complicada joya, afiligranada y cuajada de piedras preciosas, que, aún bajo la escasa luz de la estancia, noté que debía ser de mucho valor.

—"¡Eh, bien, mon ami!" —continuó diciendo, con cierto apresuramiento que no dejó de sorprenderme—. "¡Eh, bien, mon ami!" Me has pedido un favor que has calificado de

inapreciable; me has pedido mi mano, para mañana, sin más tardanza. ¿Podría yo pedirte un favor a cambio? ¿Un favor muy pequeño?

—¡Dímelo! —exclamé con vehemencia—. ¡Dímelo, amada mía, Eugenia mía! ¡Dímelo! Pero... ¿para qué? ¡Ya está concedido, antes de que lo expreses!

—Entonces, "mon ami", tienes que vencer, por amor a tu Eugenia, ese ligero defecto que acabas de confesar, esa debilidad más moral que física, que no calza con la nobleza de tu espíritu, que es incompatible con la sinceridad de tu carácter, y que si alcanzara mayor incremento, tarde o temprano podría causarte un serio disgusto. Por amor a mí, debes vencer esa afectación que te inclina a ocultar el defecto de tu vista. ¡Niegas virtualmente ese defecto al rechazar el empleo de los medios para corregirlo! Comprenderás que lo que te pido es que uses anteojos. ¡Y no me digas que no, porque ya has consentido en hacerlo, por mi amor! Acepta estos gemelos, aunque no tienen un valor extraordinario como joya, son un auxiliar admirable para la vista. Por medio de una ligera modificación, así..., o así, se pueden adaptar a los ojos, o llevarlos en el bolsillo del chaleco...

Debo confesar que aquella petición me turbó un poco. Pero la condición que se le unía hizo imposible toda vacilación.

—¡Concedido! —exclamé, con el mayor entusiasmo que pude reunir en aquel instante—. Concedido. Sacrificaré por ti todas mis objeciones. Ahora guardaré estos anteojos aquí, sobre mi corazón y con las primeras luces de la mañana, esa mañana que me dará el derecho a llamarte mi esposa, me los pondré sobre la nariz, y así los usaré, en la forma menos romántica, menos elegante, pero sin duda más útil, como tú lo deseas.

La conversación giró luego sobre nuestras disposiciones para el día siguiente. Supe, por mi amada, que Talbot acababa de regresar a la ciudad. Debía ir a visitarlo en seguida, y procurarme un carruaje. La "soirée" no terminaría antes de las dos de la mañana, y en aquella hora el vehículo tendría que hallarse ya en la puerta de la casa. Entonces, aprovechando el bullicio de la partida de los invitados, Eugenia podría entrar fácilmente en el coche sin que nadie lo notara. Inmediatamente nos iríamos a casa de un sacerdote que nos estaría esperando; allí nos casaríamos, nos despediríamos de Talbot, y acto seguido emprenderíamos un viaje al Este, dejando que el mundo elegante hiciera los comentarios que le viniera en gana.

Luego de planificar esto, me despedí, y fui en busca de Talbot. Pero en el camino no resistí a la tentación de examinar la miniatura, lo que hice con ayuda de los lentes. ¡El rostro era de una belleza extraordinaria! ¡Qué ojos tan radiantes..., qué altiva nariz griega..., qué abundantes y negros cabellos! ¡Ah!, dije para mí, lleno de pasión, ésta es en efecto la viva imagen de mi amada! Miré el reverso, y descubrí las palabras: "Eugenia Lalande, a la edad de veintisiete años y siete meses."

Encontré a Talbot en su domicilio, y rápidamente lo puse al tanto de mi buena suerte. Como era natural, Talbot manifestó asombro extraordinario, y me felicitó cordialmente, ofreciéndome toda la ayuda que pudiera prestarme. En una palabra: cumplimos todos nuestros preparativos al pie de la letra, y a las dos de la madrugada, diez minutos después

de la ceremonia, me encontré en un coche cerrado con madame Lalande, valga decir, con la señora Simpson, dirigiéndonos velozmente hacia las afueras de la ciudad.

Habíamos decidido que efectuaríamos nuestra primera parada en C..., aldea que se hallaba a unas veinte millas de la ciudad. A las cuatro en punto, el coche se detuvo ante la puerta de la hospedería principal del pueblo, y ordené que nos sirvieran de inmediato un desayuno. Entre tanto, nos hicieron pasar a una salita privada.

Era ya casi de día, y al mirar, lleno de arrobamiento, al ángel que tenía a mi lado, se me ocurrió repentinamente la idea de que era aquella la primera ocasión, desde que conocía a Eugenia, en que podría disfrutar de una inspección a su belleza a plena luz.

—Y ahora, "mon ami" —dijo ella, tomándome una mano e interrumpiendo mis pensamientos—, ahora, puesto que he accedido a tus apasionadas súplicas, y cumplí mi parte en nuestro acuerdo, supongo que no habrás olvidado que tú también me debes una pequeña promesa. Recuerdo perfectamente las palabras que pronunciaste anoche: "Sacrifico por ti todas mis objeciones. Ahora guardaré estos anteojos aquí, sobre mi corazón, y con las primeras luces de la mañana, esa mañana que me dará el derecho a llamarte mi esposa, me los pondré sobre la nariz, y así los usaré, en la forma menos romántica, menos elegante, pero sin duda más útil, como tú lo deseas."

—Ésas fueron exactamente mis palabras —repliqué—. Tienes una excelente memoria, Eugenia mía, y te aseguro que no tengo la menor intención de faltar a la insignificante promesa que encierran.

Y tras disponer los cristales en forma de anteojos, los coloqué adecuadamente en su posición. Por su parte, la señora Simpson, se ajustó el sombrero, cruzó los brazos, y permaneció sentada en su sillón, adoptando una postura envarada y relamida.

—¡Cielo santo! —exclamé, en cuanto los lentes cabalgaron sobre mi nariz—. ¿Qué ocurre con estos anteojos...?

Quitándomelos rápidamente, los limpié afanosamente con un pañuelo de seda, y volví a ajustármelos. Pero si en el primer momento había ocurrido algo que me había llenado de sorpresa, en seguida esta sorpresa se convirtió en asombro; un asombro extremado, inmenso, escalofriante. En nombre de todas las cosas horribles de este mundo... ¿qué era aquello? ¿Podía dar crédito a lo que estaba viendo? ¿Era... "eso... colorete"? ¿Y ésas... "eran arrugas"? ¿Arrugas en el rostro de Eugenia Lalande? ¡Oh, por Júpiter! ¿Qué..., qué había pasado con sus dientes? Arrojé los anteojos al suelo, mudo de terror, mirando cara a cara a la señora Simpson con los brazos puestos en jarra riendo sarcásticamente.

—Bien, señor —dijo, después de observarme de pies a cabeza durante unos momentos—. ¿Qué le ocurre? ¿Le ha atacado el baile de San Vito? ¿O es que no le gusto?

—¡Miserable! —exclamé, conteniendo la respiración—. ¡Tú..., usted..., usted no es más que una vieja bruja!



—¿Vieja? ¿Bruja? No soy tan vieja al fin y al cabo, puesto que no he pasado un día de los ochenta y dos.

—¡Ochenta y dos años! —grité, tambaleándome y retrocediendo hasta la pared—. ¡Ochenta mil demonios! ¡La miniatura decía veintisiete años y siete meses!

—Sin duda alguna, eso es verdad. Pero ese retrato fue pintado hace más de cincuenta años. Cuando me casé con mi segundo esposo, monsieur Lalande, me hizo ese retrato la hija de mi primer marido monsieur Moissart.

— ¿Moissart?

—Sí, Moissart. —Se burló ella, imitando mi pronunciación francesa, que no era muy buena—. ¿Qué sabe usted sobre Moissart?

—¡Nada! No sé nada de él, pero yo tuve un antepasado que se apellidaba así...

—¿Y tiene algo que decir de ese apellido? ¡Es muy respetable! Como también lo es Voissart. ¡Sí, ése es otro apellido importante! Mi hija, mademoiselle Moissart, se casó con monsieur Voissart, y ambos apellidos son respetabilísimos.

—¿Moissart y Voissart? —interrogué, atónito—. ¿Qué está diciendo?

— ¡Estoy diciendo Moissart y Voissart, y además quiero decir Croissart y Froissart. La hija de mi hija, mademoiselle Voissart, se casó con monsieur Croissart, y luego la nieta de mi hija, mademosille Croissart, se casó con monsieur Froissart. Y supongo que no objetará usted que éste es igualmente un apellido distinguido.

—¡Froissart! —musité, sintiendo que comenzaba a desmayarme—. ¿En verdad usted ha dicho Moissart, Voissart, Croissart, y Froissart?

—Exactamente —asintió, tendiéndose en el sofá—. Moissart y Voissart, Croissart y Froissart. Desgraciadamente, Froissart era lo que se llama un estúpido, un auténtico estúpido que abandonó la "belle France" para venir a esta insulsa América. Aquí, según he oído decir, tuvo un hijo tan estúpido como él, llamado Napoleón Bonaparte Froissart, pero usted reconocerá que este nombre es también muy honorable.

Ya sea por su extensión o por su naturaleza, este pequeño discurso produjo una gran pasión en la señora Simpson, y cuando terminó de hablar, saltó de su sillón como una persona embrujada, esparciendo por el suelo una enorme cantidad de rellenos que se desprendieron de sus ropas. Ya en pie, mostró sus desnudas encías, y concluyó la función quitándose el sombrero y con él una valiosa peluca de rizos negros, y, allí mismo, sobre postizos y rellenos, en una especie de arrebato de cólera, bailó un fandango.

Yo me había hundido en el sillón que ella acababa de abandonar, repitiendo alelado:



—Moissart y Voissart, Croissart y Moissart...

De pronto, no pude contener un grito:

—Napoleón Bonaparte Froissart! ¡Ése soy yo! ¡Escúcheme bien, vieja serpiente, ése soy yo! ¿Lo oye? ¡Yo soy Napoleón Bonaparte Froissart! ¡Y que el infierno me condene eternamente! ¡Acabo de casarme con mi tatarabuela!

Madame Eugenia Lalande, quasi Simpson antes Moissart, era ni más ni menos que mi tatarabuela. Había sido muy hermosa, y aún a los ochenta y dos años, conservaba la talla majestuosa, el escultórico perfil, y los bellos ojos de su juventud. Con estas cualidades, el blanco de perla, el cabello y los dientes postizos, y con la ayuda de las más hábiles modistas de París, se las había arreglado para cumplir un digno papel entre las bellezas algo pasadas de moda de la metrópoli francesa. En este aspecto, podía considerársela como el doble de la famosa Ninon de L'Enclos.

Era inmensamente rica, y al quedar viuda por segunda vez, y sin hijos, se acordó de mi existencia en América. Con el propósito de hacerme su heredero, decidió visitar los Estados Unidos, en compañía de una sobrina lejana de su segundo marido, incomparablemente bella, la admirable madame Stephanie Lalande.

En el teatro, mi presencia llamó fuertemente la atención a mi tatarabuela, y después de examinarme con los anteojos, quedó impresionada al notar que guardábamos cierto parecido de familia.

Interesada por esta razón, y sabiendo que el heredero al que buscaba vivía en la ciudad, procuró informarse acerca de mí. El caballero que la acompañaba me conocía de vista, y le dijo quién era yo. Dicha información la indujo a repetir su examen con los anteojos; aquel examen que me enardeció y me llevó a comportarme de la manera ya referida. Entonces fue cuando ella me devolvió el saludo, pensando que, por alguna circunstancia imprevisible, yo había descubierto su identidad.

Cuando, engañado por la debilidad de mi vista y los encantos de la singular dama, pregunté a Talbot quien era ella, mi amigo imaginó que me refería a la belleza más joven, o sea a Stephanie Lalande, y por eso me informó que se trataba de la famosa viuda madame Lalande.

Al día siguiente, mi tatarabuela se encontró con Talbot, antiguo conocido suyo en París, y la conversación se refirió a mi persona. En esa ocasión quedaron explicados los defectos de mi vista, que ya eran muy comentados, aunque yo siempre tratara de ocultarlos, y la buena anciana comprendió, con pena, que estaba engañada al suponer que yo acababa de descubrir nuestros lazos familiares. Lo único que había hecho era la tontería de cortejar abiertamente, y en un teatro, a una anciana desconocida. Entonces quiso castigarme por aquella imprudencia, y tramó todo el plan con Talbot.

En cuanto a mis investigaciones callejeras acerca de la hermosa viuda Lalande, supusieron que me refería a la joven, más claramente, a Stephanie Lalande. De este modo se explica la conversación con aquellos tres amigos, y su alusión a Ninon de L'Enclos.

En la velada musical, mi necia obstinación en no usar lentes fue lo que me impidió descubrir su edad. Cuando madame Lalande fue invitada a cantar, se trataba de Stephanie, la joven, y mi tatarabuela, para completar el engaño, se levantó simultáneamente para acompañarla hasta el piano. En consecuencia, la voz que tanto admiré era la de madame Stephanie Lalande. No será necesario añadir que los cristales de los anteojos que usaba la anciana dama, ella misma los había cambiado por otros que se adaptaban mejor a mis años, y que se ajustaron perfectamente a mi vista.

El sacerdote, que no había hecho sino fingir aquel fatal enlace, era un amigo de Talbot y no un auténtico clérigo. Un hombre muy astuto, que después de quitarse la sotana para vestir de librea, condujo el coche de alquiler que transportó a la "feliz pareja" fuera de la ciudad. Talbot tomó asiento junto a él. Los dos pillastres estaban de acuerdo, y por una ventana entreabierta de aquella salita en la hostería se divertieron con el "desenlace del drama". Pienso que me veré obligado a desafiarlos a los dos.

A pesar de todo, no soy el marido de mi tatarabuela, y pensarlo me proporciona un infinito desahogo. Pero soy el marido de madame Lalande. Sí, de madame Stephanie Lalande, con la cual, la anciana Eugenia, al mismo tiempo que me ha declarado su único heredero, se ha tomado la molestia de emparejarme.

En conclusión, se terminaron para mí las cartas de amor, y jamás volverá alguien a verme sin mis anteojos.

### III. Los asesinatos de la rue Morgue

---

Las condiciones mentales que suelen juzgarse como analíticas son, en sí mismas, muy difíciles de analizar. Las apreciamos únicamente por sus efectos. Conocemos de ellas, entre otras cosas, que son siempre para quien las posee en alto grado fuente de grandes goces. Así como hay hombres que se entusiasman con sus aptitudes físicas, el analizador se deleita con la actividad intelectual que se ejerce al "desentrañar", y obtiene placer hasta de las más triviales ocupaciones que ponen en juego su talento. Se fascina con los enigmas, los acertijos, los jeroglíficos, y muestra, en las soluciones de cada uno, un grado de "agudeza" que al vulgo le parece penetración sobrenatural. Sus resultados, logrados por su solo espíritu y por la esencia de su método, adquieren todo el aspecto de una intuición.

La facultad de resolución es acaso potenciada por los estudios matemáticos, y es especialmente esa importantísima rama de éstos la que, impropriamente y sólo teniendo en cuenta sus operaciones previas, ha sido llamada como por excelencia: análisis. Sin embargo, calcular no es en sí analizar. Un jugador de ajedrez, por ejemplo, hace lo uno sin esforzarse en lo otro. De esto se desprende que el juego de ajedrez, en sus efectos sobre la mente, está mal comprendido.

No, yo no estoy escribiendo aquí un tratado, sino prolongando una narración bastante singular, con observaciones hechas a la ligera. Pero aprovecharé esta ocasión para afirmar que las más altas facultades de la inteligencia reflexiva trabajan más decididamente y, con más provecho, en el modesto juego de "damas", que en la primorosa superficialidad del ajedrez. En éste, donde las piezas tienen diversos y rebuscados movimientos, con diferentes y variables valores, lo que sólo es complicado se toma erróneamente por profundo. La atención trabaja aquí poderosamente: si flaquea un instante se comete una negligencia cuyo resultado es retroceso o derrota. Como los movimientos no sólo son muchos, sino intrincados, las probabilidades de descuidarse se multiplican y en nueve casos de diez el que triunfa es el jugador con más capacidad de concentración, y no el más perspicaz. En las "damas", por el contrario, los movimientos son "únicos" y con poquísima variación, y como, por consiguiente, la atención queda relativamente desocupada, las ventajas obtenidas por cada una de las partes resultan de una perspicacia superior.

Para ser menos abstracto, supongamos un juego de damas donde las piezas quedan reducidas a cuatro reinas, y en el que no pueden tenerse distracciones. Es evidente que en este caso, estando los adversarios en completa igualdad de condiciones, la victoria sólo es decidida por un movimiento "calculado", que resulta de un esfuerzo de la inteligencia. Privado de los recursos ordinarios, el analizador penetra en el espíritu de su contrincante, se identifica con él, y, con no poca frecuencia, descubre de una ojeada los únicos

procedimientos, a veces absurdamente sencillos, por los cuales puede inducirlo a error, o arrastrarlo a calcular equivocadamente.

El "whist" (juego de naipes) ha sido señalado siempre por su influencia en lo que se llama facultad analítica, y se ha visto a hombres con alto grado de inteligencia que han hallado en él, a primera vista, un deleite inexplicable, olvidando al ajedrez por superficial. Y no hay duda de que no existe otro juego que ejercite tanto la capacidad de análisis. El mejor jugador de ajedrez, puede llegar a ser, con el tiempo, poco más que el "mejor jugador de ajedrez". En tanto que la pericia del "whist" implica talento para el éxito en todas las empresas en que la inteligencia lucha con la inteligencia.

Al hablar de pericia, me refiero a la perfección en un debate que incluye una comprensión de todas las fuentes de donde pueda derivarse una ventaja legítima. Estas fuentes son multiformes, y residen en recónditos lugares del pensamiento, completamente inaccesibles para el entendimiento vulgar. Observar atentamente es recordar distintamente, y en cuanto a esto, el jugador de ajedrez lo hará muy bien en el "whist", ya que las reglas de Hoyle, basadas a su vez en el puro mecanismo del juego, son suficientemente comprensibles. Así, el poseer una buena memoria, y proceder según esas reglas, son puntos comúnmente considerados como el total cumplimiento de un buen jugador. Pero es en problemas que están fuera de los límites de las reglas donde se demuestra la agudeza del que analiza. Efectúa en silencio múltiples observaciones. Tal vez lo hacen también sus adversarios, pero la diferencia en lo extenso de la información obtenida no residirá tanto en la ilación como en la calidad de lo observado. Nuestro jugador no se circunscribe al juego en modo alguno, y deberá rechazar ciertas deducciones que se originan en cosas exteriores a éste. Examina la fisonomía de su compañero, y la compara con la de cada uno de los demás contrincantes. Considera el modo de distribuirse las cartas a cada mano, contando triunfo por triunfo y tanto por tanto, escrutando las ojeadas que dan, a cada uno de ellos, sus contendores. Nota cada variación en los rostros, a medida que el juego avanza, recogiendo gran cantidad de ideas a través de la divergencia en las expresiones, ya sean de sorpresa, de triunfo o desagrado, y por la manera de recoger una baza, juzga si la persona que la toma puede hacer otra después. Reconoce lo que se juega simuladamente por el gesto con que se echa la carta sobre la mesa. Una palabra inadvertida, la caída accidental de una carta, o el ademán de volverla casualmente, con ansiedad o descuido, para evitar que puedan verla: la duda, el entusiasmo o el temor, todo ello depara a su percepción indicaciones precisas. Una vez jugados los dos o tres primeros turnos, se halla en condiciones de tirar sus cartas con absoluta precisión, como si el resto de los jugadores tuvieran vueltas hacia él las caras de las suyas.

La facultad analítica no debe confundirse con mera ingeniosidad: no, ya que el analizador es necesariamente ingenioso, en cambio el hombre ingenioso a menudo es incapaz de análisis. La capacidad de combinación con que se manifiesta generalmente el ingenio, y a la cual los frenólogos, erróneamente en mi opinión, han asignado un órgano aparte, suponiendo que es una cualidad primordial, se ha visto con frecuencia en individuos que, por otra parte, bordeaban la idiotez. Esto ha llamado la atención en escritores especializados en dichos temas. En efecto, entre la ingeniosidad y el talento analítico existe una diferencia mucho mayor que entre el fantasear y la imaginación, aunque de caracteres

estrictamente análogos. En realidad puede comprobarse que el ingenioso es siempre fantástico, y el "verdadero" imaginativo no deja de ser nunca analítico.

La narración que sigue podrá servir, de cierta manera, al lector para ilustrarlo en una interpretación acerca de las enunciaciones que acabamos de anticipar.

Hallándome en París, durante la primavera y parte del verano de 18.., conocí a un señor llamado C. Auguste Dupin. Pertenece este joven caballero a una excelente familia; es más, a una ilustre familia. Pero, por una serie de malhadados acontecimientos, había quedado reducido a tal pobreza, que sucumbió en ella la energía de su carácter, y renunció a sus ambiciones mundanas, así como a luchar por la restauración de su fortuna. Con el consentimiento de sus acreedores, pudo quedar todavía en posesión de un remanente de su patrimonio, y con la renta de éste logró arreglárselas, mediante una rigurosa economía, para procurarse lo más necesario para vivir. Los libros eran su único lujo, y en París los libros se obtienen fácilmente.

Nuestro primer encuentro acaeció en una oscura biblioteca de Montmartre, donde la coincidencia de andar ambos buscando un raro y notable volumen nos puso en estrecha intimidad. Nos vimos a menudo, y yo me interesé profundamente por su historia familiar, que él me contó minuciosamente, con el candor con que un francés da rienda suelta a sus confidencias cuando habla de sí mismo. Además me admiraba la amplitud de sus lecturas, y, sobre todo, mi alma se encendía con el vehemente ardor, y la viva frescura de su imaginación.

Debido a las investigaciones de que yo me ocupaba entonces en París, comprendía que la amistad de un hombre como aquel sería un tesoro inapreciable, y con esta idea me confié francamente en él. Por fin, convenimos que viviríamos juntos durante mi permanencia en la ciudad, y como mi situación económica era menos precaria que la suya, me fue permitido participar en los gastos del alquiler, y de los muebles que se adaptaron al carácter algo fantástico y melancólico de nuestro común temperamento. La casa, vetusta y abandonada hacía ya mucho tiempo por ciertas supersticiones que no quisimos averiguar, se bamboleaba como si fuera a hundirse en un desolado rincón del Faubourg Saint-Germain.

Si la rutina de nuestra vida en aquel sitio hubiera sido conocida por la gente, nos habrían tomado por locos. Nuestra reclusión era completa. No admitíamos visitantes. En realidad, el lugar de nuestro retiro fue cuidadosamente mantenido en secreto para mis antiguos camaradas, y hacía varios años que Dupin había dejado de conocer a alguien, o de ser conocido en París. Allí existíamos sólo el uno y el otro.

Una rareza de mi amigo ¿cómo podría calificarla de otro modo?, consistía en estar enamorado de la noche por ella misma, y con esta extravagancia, como con todas las demás que él tenía, condescendía tranquilamente. Me entregaba a sus singulares manías sin alterarme. La noche no podía habitar siempre con nosotros, pero podíamos falsificar su presencia. Al primer albor de la mañana, cerrábamos todos los postigos de la vieja casa, y encendíamos un par de velas, fuertemente perfumadas, que por eso mismo no daban más que un resplandor sumamente pálido y débil. Al amparo de aquella luz, ocupábamos nuestras almas en sueños, leyendo, escribiendo, o conversando, hasta que el reloj nos

anunciaba el advenimiento de la verdadera oscuridad. Entonces salíamos a pasear por las calles, vagabundeando hasta muy tarde, buscando entre las estrafalarias luces y sombras de la populosa ciudad, la prodigiosa excitación mental que la serena meditación no lograba darnos.

En tales ocasiones, yo no podía menos que admirar el talento particularmente analítico de Dupin. Además él se deleitaba en ejercitarlo, y no vacilaba en confesar el placer que ello le causaba. Se jactaba conmigo, de que, para él, muchísimos hombres llevaban ventanas en sus pechos, y reforzaba tales afirmaciones con pruebas, directas y sorprendentes, de su íntimo conocimiento de mi persona. Sus maneras, en esos momentos, eran glaciales y abstraídas; sus ojos quedaban sin expresión; en tanto que su voz, ricamente atenorada, se elevaba hasta un tono atiplado, que hubiera sonado a petulancia, a no ser por la circunspecta claridad de su dicción. Observándolo en aquellas disposiciones de ánimo, yo reflexionaría acerca de la antigua filosofía del "alma doble", y me divertía imaginando un "doble Dupin": el "creador" y el "analizador".

No vaya a suponerse, por lo que acabo de decir, que estoy narrando algún misterio, o escribiendo una novela. Lo que he escrito acerca de mi amigo, no es más que el contenido de una inteligencia exaltada. Pero de la clase de sus observaciones, en esa época, un ejemplo dará mejor idea.

Una noche vagábamos por un calle larga y viejísima en las cercanías del Palais Royal. Como cada uno de nosotros, al parecer, iba enfrascado en sus propios pensamientos, hacía por lo menos quince minutos que no habíamos pronunciado ni una sílaba. De pronto, Dupin rompió el silencio:

—Mirándolo bien, ese muchacho es demasiado pequeño, y estaría mejor en el Teatro de Variedades...

—De eso no cabe duda —repliqué yo, sin reflexionar en lo que decía, y sin observar, en el primer instante, de qué modo extraordinario mi interlocutor coincidía con mis meditaciones. Un instante después me recobré, y mi asombro fue profundo—. Dupin —dije, gravemente—, esto excede a mi comprensión... Estoy perplejo, y apenas puedo dar crédito a lo que oí. ¿Cómo es posible que usted haya podido saber lo que yo estaba pensando?

Diciendo esto me interrumpí, para asegurarme de que realmente él sabía en quién pensaba.

—En Chantilly —contestó—. ¿Por qué se ha interrumpido? Usted pensaba que su diminuta figura lo inhabilita para la tragedia.

Ése era, precisamente, el tema de mis reflexiones. Chantilly es un exzapatero remendón de la calle Saint Denis, que se fascina con el teatro, y ha audicionado para el papel de Jerjes en la tragedia de Crebillón, pero sus esfuerzos no le han hecho ganar más que las burlas de la gente.

—Dígame, por Dios —exclamé—, ¿por qué método, si lo hay, ha logrado profundizar así en mi espíritu?

En verdad yo me hallaba mucho más sorprendido de lo que hubiera querido confesar.

—Ha sido el vendedor de frutas —respondió mi amigo—. Él lo indujo a usted a esa conclusión de que Chantilly no tiene la estatura necesaria para hacer un Jerjes ni ninguno parecido.

—¿El vendedor de frutas? ¡Me confunde usted, Dupin! Yo no conozco a ninguno...

—Sí, ese hombre con el que tropezamos hará unos quince minutos.

Entonces recordé que, en efecto, un vendedor de frutas, que llevaba en la cabeza una gran canasta de manzanas, estuvo a punto de derribarme cuando pasábamos de la calle C... al callejón donde estábamos ahora. Pero no alcanzaba a comprender qué tenía que ver aquello con Chantilly.

En Dupin no cabía ni la menor partícula de charlatanería.

—Voy a explicárselo —dijo—, y para que pueda recordarlo todo claramente, primero vamos a repasar en sentido inverso el curso de sus meditaciones; desde este momento, hasta el del "choque" con el vendedor de frutas. Los principales eslabones de la cadena se suceden "así" al revés: Chantilly, Orión, doctor Nichols, Epicuro, Estereotomía, las piedras de la calle, el vendedor de frutas...

Pocas son las personas que, en algún momento de su vida, no se hayan entretenido recorriendo, en sentido inverso, las etapas por las cuales han alcanzado determinadas conclusiones de su inteligencia. Es una ocupación interesante, y el que por primera vez la prueba, se queda pasmado ante la aparente distancia ilimitada, y la incoherencia que dan la sensación de mediar entre el punto de partida y la meta. Puede suponerse cuál sería mi asombro al escuchar lo que decía mi amigo. Pero no pudimos reconocer que decía la verdad. Dupin continuó de este modo:

—Si bien recuerdo, habíamos estado hablando sobre caballos en el momento en que salíamos de la calle C... Era el último tema que discutíamos. Cuando entramos en esta calle, un vendedor de frutas, con una canasta en la cabeza, pasó rápidamente, y lo empujó a usted contra un montón de adoquines en un sitio donde la calzada está en reparación. Usted puso el pie en uno de los adoquines sueltos, resbaló, se torció ligeramente un tobillo, y pareció malhumorado. Refunfuñó algunas palabras, se volvió para mirar el montón de adoquines, y luego siguió andando en silencio. No presté mucha atención a lo que usted hacía, pero la observación se ha convertido para mí, desde hace tiempo, en una especie de necesidad. Usted caminó, mirando el suelo, atendiendo con expresión de enojo a los hoyos del empedrado. Por lo que yo deducía, pensando aún en las piedras, hasta que llegamos al Pasaje Lamartine que ha sido pavimentado con tarugos sobrepuestos y remachados. Al entrar allí, su expresión se iluminó, y al mirar el movimiento de sus labios, supe que



pronunciaba la palabra "estereotomía", término que tan afectadamente se aplica a esa clase de pavimento. Yo sé que usted no puede pronunciar para sí esta palabra sin pensar en los átomos, y por lo tanto en las teorías de Epicuro. Y considerando que, cuando discutíamos acerca de ese tema, le hice notar de qué singular manera las vagas conjeturas de aquel griego han hallado confirmación en la reciente cosmogonía nebulosa, comprendí que levantaría sus ojos hacia la gran nebulosa de Orión. En efecto, ha mirado hacia arriba, y entonces he tenido la certeza de haber seguido correctamente las etapas de su pensamiento. Ahora bien, en la diatriba que se publicó ayer en el "Musée", aludiendo al pobre Chantilly, el crítico hizo algunas ofensivas alusiones al cambio de nombre del remendón al calzarse coturnos, y citó un verso latino del que nosotros hemos hablado a menudo: "Perdidit antiquum littera prima sonum" (la antigua palabra perdió su primera letra). Yo le había dicho que esto se refería a la palabra Orión, que primero fue Urión, y, por ciertas acaloradas discusiones que sostuvimos por esa interpretación mía, he tenido la seguridad de que no la había olvidado. Por lo tanto era lógico que no dejaría de asociar Orión con Chantilly. Que asociaba lo he comprendido por la clase de sonrisa que ha pasado por sus labios. Usted recordó aquella "inmolación" del pobre zapatero. Hasta ese momento caminaba inclinando el cuerpo, y repentinamente lo vi erguirse. Este gesto me ha dado la certeza de que usted meditaba en la diminuta figura de Chantilly. Y entonces fue cuando interrumpí sus pensamientos, para observar que, en efecto, por ser un sujeto demasiado bajo de estatura, Chantilly estaría mejor en el Teatro de Variedades.

No mucho tiempo después de esta conversación, estábamos revisando una edición de la tarde de la "Gazette des Tribunaux", cuando llamaron nuestra atención los siguientes párrafos:

"EXTRAÑOS ASESINATOS. Esta madrugada, alrededor de las tres, los habitantes del Quartier Saint-Roch fueron despertados por una serie de espantosos gritos, que salían del piso cuarto de una casa en calle Morgue, la cual estaba habitada únicamente por madame L'Espanaye y su hija Camille L'Espanaye. Al cabo de infructuosos intentos para poder entrar en la casa, de modo normal, hubo que forzar la puerta de entrada con una palanca de hierro, y entraron ocho o diez vecinos, acompañados de dos gendarmes. En aquel momento cesaron los gritos. Pero al llegar esas personas al rellano de la escalera, oyeron dos o más voces que parecían disputar airadamente, y procedían de la parte superior de la casa. Cuando subieron hasta el segundo piso, los rumores cesaron y todo permaneció en absoluto silencio. Las personas mencionadas recorrieron precipitadamente las habitaciones, y al entrar, por fin, en una vasta sala trasera del cuarto piso, cuya puerta también tuvieron que forzar por estar cerrada con llave por dentro, se hallaron ante un espectáculo que los sobrecogió de asombro y horror.

"La habitación estaba en completo desorden, y los muebles, rotos y esparcidos en diversas direcciones. No quedaba más lecho que el armazón de una cama: todo lo demás de ésta había sido arrancado y lanzado por el piso. Sobre una silla se encontró una navaja de afeitar manchada de sangre, y en la chimenea, dos o tres largas guedejas de cabellos humanos canosos, igualmente empapados de sangre, que parecían haber sido desprendidos de raíz. En el suelo se hallaron cuatro napoleones, un pendiente de topacio, tres grandes cucharas de plata, tres cucharillas de "metal d'Alger" y dos talegas que contenían aproximadamente cuatro mil francos en oro. Los cajones de una cómoda que se hallaba en un rincón estaban



abiertos y, al parecer, saqueados, aunque todavía quedaban algunos objetos. Debajo de la cama descubrieron un cofrecito de hierro, abierto, con la llave aún puesta en la cerradura. No contenía más que unas cartas antiguas y otros papeles de poca importancia.

"De madame L'Espanaye no se encontraba ningún rastro. Pero al advertir en el hogar una cantidad desusada de hollín, se examinó la chimenea, y... ¡da espanto decirlo! se extrajo de allí el cuerpo de su hija, cabeza abajo; había sido introducido en dicha posición por la estrecha abertura, hasta una altura considerable. Este cuerpo estaba todavía caliente, y mostraba numerosas excoriaciones, ocasionadas sin duda por la violencia con que fue embutido en aquel lugar, y el esfuerzo para extraerlo. En el rostro tenía innumerables arañazos, y, en la garganta, cárdenas magulladuras, y profundas heridas causadas por uñas, como si la muerta hubiera sido estrangulada.

"Después de un completo reconocimiento de todos los lugares de la casa, sin lograr nuevos descubrimientos, los presentes se dirigieron a un patiecillo enlosado, en la parte posterior del edificio. Aquí fue hallado el cadáver de la anciana, madame L'Espanaye, con la garganta rebanada de tal modo que, al intentar alzar el cuerpo, la cabeza se desprendió. El cuerpo se veía horriblemente mutilado, y conserva apenas su apariencia humana.

"Hasta ahora, que sepamos, no se ha logrado el menor indicio para aclarar este escalofriante misterio."

El diario del día siguiente daba estos pormenores adicionales:

"LA TRAGEDIA DE LA CALLE MORGUE. Gran número de personas han sido interrogadas acerca de este espantoso y extraordinario asunto, sin que se consiga nada que arroje alguna luz. A continuación ofrecemos todas las declaraciones más importantes que se han obtenido.

"Paulina Dubourg, lavandera, declara haber tratado a las víctimas durante tres años, por haber lavado para ellas todo ese tiempo. Dice que la anciana y su hija vivían en buenos términos, muy cariñosas la una para la otra. Pagaban puntualmente. No sabe mucho acerca de su manera de vivir o los medios para hacerlo. Cree que la señora profetizaba la buena ventura para ganar la subsistencia, y se comentaba que mantenía dinero oculto. Jamás halló a otras personas en la casa, cuando la llamaban para recoger la ropa o cuando iba a devolverla. No tenían muchos muebles, salvo en el cuarto piso.

"Pierre Moreau, dueño de una tabaquería, declara que habitualmente le vendía pequeñas cantidades de tabaco y de rapé a madame L'Espanaye: durante unos cuatro años. Él nació en su vecindad y siempre ha vivido allí. La señora y su hija hacía más de seis años que habitaban en la casa donde fueron encontrados sus cadáveres. Anteriormente estuvo ocupada por un joyero, que a su vez alquilaba las habitaciones inferiores a varias personas. La casa era de propiedad de madame L'Espanaye, quien, descontenta por los abusos de su inquilino, decidió desalojar a éste, y se trasladó a vivir allí. En adelante se negó a alquilar ninguna parte de la casa. A la hija, el testigo dice haberla visto no más de cinco o seis veces en total. Las dos mujeres hacían una vida excesivamente retirada. Se decía que tenían dinero, y escuchó, entre los vecinos, que madame L'Espanaye veía la suerte, pero él no lo

creía. No recuerda haber visto trasponer la puerta a ninguna persona, excepto a un mensajero una o dos veces, y ocho o diez a un médico.

"Muchos otros vecinos declaran lo mismo, y no se sabe de nadie que frecuentara la casa. Se ignora si la señora y su hija tenían familiares vivos. Los postigos de los balcones de la fachada raramente se abrían. Los de la parte de atrás siempre se mantuvieron cerrados, excepto las ventanas de la gran sala trasera del cuarto piso. La casa es un edificio bien tenido y no muy viejo.

"Isidore Musté, gendarme. Declara que fue llamado cerca de las tres de la madrugada, y halló a unas veinte o treinta personas, junto a la puerta principal, batallando por entrar. Él pudo forzar dicha puerta con una bayoneta, y no con una barra de hierro. No tuvo mayor dificultad en abrirla porque carecía de cerrojo o pasador en su parte de arriba y era de dos hojas. Los gritos fueron continuos hasta que la puerta fue abierta, y luego cesaron súbitamente. Parecían ser los alaridos de una persona, o personas, en estado de gran angustia; eran muy fuertes y prolongados, no cortos y rápidos. El testigo subió escaleras arriba, y llegando al primer rellano, oyó dos voces que gritaban y disputaban violentamente. Una de ellas era áspera, y la otra muy aguda, una voz muy extraña. Pudo distinguir algunas palabras de la primera, que era la de un francés. Positivamente no era voz de mujer. Las palabras eran "sacre" y "diable". La voz aguda pertenecía a un extranjero. No puede asegurar si era de hombre o de mujer, y tampoco logró percibir lo que decía, pero cree que hablaba en español. El estado de la casa y de los cadáveres fue descrito por el testigo tal como lo describimos nosotros ayer.

"Henri Duval, de oficio platero. Da testimonio de que él formó parte del grupo que entró en la casa. Corroborar, en general, las declaraciones de Musté. En cuanto se abrieron paso forzando la puerta, volvieron a cerrarla para contener a la muchedumbre que se había agolpado, a pesar de ser tan tarde. El testigo piensa que la voz aguda era la de un italiano. De lo que está convencido es que no era la de un francés. No podría asegurar que la voz era de un hombre; bien podía ser la de una mujer. No conoce la lengua italiana, así es que no logró distinguir las palabras, pero por la "entonación" le parece que ese idioma es italiano. Conocía a la señora L'Espanaye. Había conversado con ella y con su hija frecuentemente, y sostiene que la voz aguda no pertenecía a ninguna de las dos víctimas.

"Odenheimer, encargado de una fonda. Este testigo se ofreció voluntariamente a declarar. Como no habla francés, necesitó de un intérprete. Es natural de Amsterdam. Pasaba por delante de la casa en el instante de los gritos. Se detuvo unos minutos, probablemente diez. Los gritos eran fuertes y prolongados, causaban espanto y angustia. Corroborar el testimonio anterior en todos sus detalles, excepto uno: la voz aguda era la de un francés. Aunque no pudo entender las palabras, las describe como rápidas, desiguales, dichas al parecer con una mezcla de ira y miedo. La voz no le pareció tan alta como áspera. En realidad no puede afirmar que fuera una voz verdaderamente de timbre agudo. La voz grave decía repetidamente "sacré, diable", y una vez reconoció las palabras "mon Dieu".

"Jules Mignaud. Banquero de la casa Mignaud et Fils, calle Deloraine. Es el mayor de los Mignaud. Manifiesta que la señora L'Espanaye poseía cierto capital, y había abierto una cuenta en su Banco ocho años atrás. Depositó con frecuencia pequeñas cantidades. No

retiró nada hasta tres días antes de su muerte. Entonces sacó personalmente la suma de cuatro mil francos. Dicha cantidad le fue entregada en oro, y se encargó a un dependiente que se la llevara a su casa.

"Adolphe le Bon, dependiente del Banco Mignaud et Fils. Declara que, hacia el mediodía, tres días antes de que ocurrieran los hechos, acompañó a madame L'Espanaye hasta su domicilio, llevando los cuatro mil francos guardados en dos talegas. Cuando se abrió la puerta, se presentó mademoiselle L'Espanaye, quien cogió una de las talegas, mientras la anciana lo aligeraba de la otra. Él se limitó a saludar y a marcharse. No vio a ninguna persona en la calle en esos momentos. La calle es muy solitaria.

"William Bird, sastre. Atestigua que fue uno de los que entró en la casa. Es inglés y ha vivido en París dos años. Fue de los primeros que subieron las escaleras. Percibió las voces que disputaban. La voz gruesa era la de un francés. Pudo captar algunas palabras, aunque ahora no puede recordarlas todas. Oyó "sacré" y "mon Dieu". Durante un momento se produjo un rumor, como si pelearan varias personas, un ruido de riña y forcejeo. La voz aguda resonaba más que la grave. Está seguro de que no era la de un inglés. Le pareció más bien la de un alemán. Sostiene que podría haber sido una voz de mujer. Él no entiende el idioma alemán.

"Cuatro de los testigos mencionados, al ser interrogados nuevamente, declararon que la puerta de la habitación en que hallaron el cuerpo de la señorita L'Espanaye estaba cerrada por dentro cuando llegaron al lugar. Todo se encontraba en absoluto silencio; ni gemidos, ni ruidos de ninguna clase. Al forzar la puerta no se vio a nadie. Las ventanas, tanto de la parte posterior como de la fachada, se hallaban aseguradas por dentro con sus cerrojos. Una puerta de comunicación entre las dos salas estaba igualmente cerrada pero no con llave. La puerta que conducía de la habitación delantera al pasillo, tenía llave por dentro. Una salita del cuarto piso se veía con la puerta entornada. En esta salita se amontonaban camas viejas, cofres, y otros objetos en desuso. Éstos fueron cuidadosamente examinados. No quedó ni una pulgada, de ningún sitio de la casa, que no fuera registrado minuciosamente. Se mandó introducir deshollinadores por la chimenea, por arriba y abajo. La casa consta de cuatro pisos con buhardillas. Una puertecita de escotilla en el techo estaba firmemente clavada, demostrando no haber sido utilizada en muchos años. En cuanto al tiempo que transcurrió, entre que se oyeron las voces que disputaban y forzar la puerta, difieren las opiniones. Algunos lo reducen a tres minutos y otros lo alargan a cinco. Costó mucho abrir dicha puerta.

"Alfonso Garcio, empresario de pompas fúnebres. Declara que reside en la calle Morgue, y es natural de España. Formó parte del grupo que penetró en la casa, pero no subió las escaleras. Es muy nervioso, y temió los efectos de las emociones. Escuchó las voces que disputaban. La voz grave era la de un francés. No pudo distinguir lo que decía. La voz aguda pertenecía a un inglés, de eso está seguro. Aunque no entiende la lengua inglesa, reconoce el acento.

"Alberto Montani, confitero. Fue uno de los que primero subió la escalera. Oyó las voces en referencia. La voz grave era de un francés. Distinguió varias palabras. Ese individuo reconvenía al otro. No consiguió entender lo que decía la voz aguda. Hablaba rápida y

entrecortadamente; piensa que correspondía a un ruso, pese a que él es italiano y jamás ha conversado con un ruso.

"Otros testigos, interrogados nuevamente, certifican que las chimeneas de todas las habitaciones del cuarto piso son demasiado estrechas para permitir el paso de un ser humano. Cuando se habló de deshollinadores, la referencia era a las escobillas cilíndricas que utilizan los que limpian chimeneas. Estas escobillas fueron agitadas arriba y abajo por todos los cañones de la casa. En la parte trasera del edificio no hay ninguna salida por donde alguien haya podido bajar mientras el grupo subía las escaleras. El cuerpo de mademoiselle L'Espanaye estaba embutido con tanta fuerza y violencia en la chimenea, que para sacarlo fue necesaria la cooperación de cinco de los presentes.

"Paul Dumas, médico. Declara que, hacia el amanecer, fue llamado para examinar los cadáveres. Yacían ambos sobre el armazón de la cama, en la habitación donde fue encontrada la señorita L'Espanaye. El cuerpo de la joven estaba muy lastimado y lleno de excoriaciones. Esto se explica por haber sido empujado hacia arriba en la chimenea. Presentaba desgarrones profundos debajo de la barbilla, junto con una serie de manchas lívidas, que, evidentemente, eran las impresiones de unos dedos. El rostro se encontraba descolorido, y los globos de los ojos fuera de sus órbitas. La lengua había sido mordida y parcialmente seccionada. Sobre el estómago existían las huellas de lo que, al parecer y antes de profundizar la investigación, había sido causado por la presión brutal de una rodilla. El médico Dumas sostiene que la señorita fue estrangulada. El cuerpo de la madre estaba horriblemente mutilado. Los huesos del brazo y de la pierna derecha se habían quebrado. La tibia izquierda fue convertida en astillas, lo mismo que las costillas del mismo lado. El cuerpo íntegro se mostraba maltratado y descolorido. No es posible aún explicar cómo fueron causadas aquellas heridas. El arma pudo ser un pesado garrote de madera, o una gruesa barra de hierro; alguna herramienta ancha, contundente y roma, debió producir semejantes resultados, al ser esgrimida por un hombre tremendamente forzado. Ninguna mujer habría sido capaz de asestar aquellos golpes, con arma alguna. La cabeza de la difunta, cuando la reconoció el testigo, se hallaba enteramente separada del cuerpo, y también muy destrozada. Evidentemente la garganta había sido cortada con un instrumento muy afilado, posiblemente con una navaja de afeitar.

"Alexandre Etienne, cirujano. Fue llamado junto con Dumas para examinar los cadáveres. Corroboró la declaración y las opiniones de Paul Dumas.

"No se han obtenido pormenores más importantes, aunque se ha interrogado a muchas personas. Un crimen tan misterioso, y tan intrincado, jamás se había cometido en París. La policía no tiene ningún rastro; rara circunstancia en asuntos de tal naturaleza. En realidad, no existe ni la sombra de la menor pista."

La edición de la tarde del mismo periódico, afirma que reina todavía mucha excitación en el Quartier Saint-Roch, y que las circunstancias del crimen han sido detalladamente investigadas de nuevo, e interrogados otra vez los testigos; todo sin resultado. No obstante, una noticia de última hora anunció que Adolphe Le Bon se halla detenido y encarcelado, aunque no acusado de ninguno de los hechos ya expuestos.

Mi amigo Dupin parecía especialmente interesado en el curso de aquel asunto. O yo lo deducía de su conducta, porque él no emitía ningún comentario.

Sólo después de que fue anunciada la encarcelación de Le Bon, me preguntó qué opinaba acerca de esos asesinatos.

Le manifesté que concordaba con todo París, al considerar que aquello era un misterio insoluble. No vislumbraba fórmula alguna para dar con el asesino.

—No podemos pensar en la manera de hallarlo a través de esos interrogatorios tan superficiales —dijo Dupin—. La Policía de París, tan alabada por su perspicacia, es apenas astuta. En sus diligencias no disponen de otro método sino del que sugieren las circunstancias. Hacen gran ostentación de buenas disposiciones, pero con frecuencia se adaptan tan mal a los fines que se han propuesto, que induce a invocar a monsieur Jourdain cuando exige su bata "para oír mejor la música". Es cierto que los resultados que obtienen no dejan de ser a veces sorprendentes; sin embargo, en su mayoría, son alcanzados por mera insistencia, y cuando este método resulta ineficaz, todos sus planes fallan. Vidocq, por ejemplo, era un magnífico "adivinator" y hombre muy perseverante, pero como no tenía educada la inteligencia a menudo se desencaminaba, por la misma intensidad de sus investigaciones. Menoscababa su visión por mirar el objeto tan de cerca. Era capaz de observar una o dos circunstancias con inusitada claridad, pero al hacerlo, invariablemente perdía el enfoque total del problema. Puede decirse que ése es el defecto de ser demasiado profundo. Las variedades y orígenes de este error, tienen un buen ejemplo en la contemplación de los cuerpos celestes. Mirar una estrella por ojeadas, examinándola de soslayo, volviendo hacia ella las partes exteriores de la retina que son más sensibles a las débiles impresiones de la luz que las interiores, equivale a contemplar la estrella distintamente, y obtener la mejor apreciación de su brillo; un brillo que se va opacando a medida que volvemos de lleno nuestra mirada hacia ella. En realidad caen en los ojos mayor número de rayos en el último caso, pero en el primero se consigue una receptibilidad más fina. Examinando con una profundidad indebida, podemos enredar y debilitar el pensamiento, y hacer que hasta Venus se desvanezca en el cielo por culpa de una mirada escrutadora demasiado sostenida, concentrada o directa. En cuanto a esos asesinatos, vamos a iniciar algunas investigaciones por nuestra cuenta, antes de formarnos una opinión con respecto a ellos. Esta indagación nos procurará un buen pasatiempo. Visitaremos el lugar del suceso. Conozco al Prefecto de Policía, y no me será difícil obtener el permiso necesario.

Conseguimos ese permiso y fuimos enseguida a la calle Morgue. Es una de esas callejuelas que cruzan por entre la calle Richelieu y la de Saint-Roch. Eran las últimas horas de la tarde cuando llegamos allí. No nos costó dar con la casa, ya que aún había muchas personas observando las ventanas cerradas, con una vana curiosidad. Era un edificio como tantos en París, con una puerta principal, y a un costado una caseta de cristal con una ventanilla de bastidor corredizo para la portera. Antes de entrar subimos calle arriba, doblamos por un callejón, y luego, doblando otra vez, llegamos a la parte posterior del edificio, mientras Dupin examinaba todos los alrededores y la casa, con una minuciosidad cuyos fines no podía comprender.

Después nos volvimos por donde habíamos venido, hasta la fachada del edificio. Llamamos, mostramos nuestros permisos, y los agentes de guardia nos dejaron pasar sin objeciones. Nos dirigimos a la habitación donde habían encontrado el cuerpo de mademoiselle L'Españay, y en la que aún yacían los cadáveres de las dos mujeres. El desorden en esta sala se hallaba intacto, y Dupin lo fue escrudiñando todo, sin olvidar los cuerpos de las víctimas. En seguida pasamos a las otras habitaciones y al patio. Un gendarme nos acompañó a los diferentes lugares. Aquella investigación nos ocupó hasta el anochecer.

He dicho que las rarezas de mi amigo eran diversas. Así, rehusó hablar del asesinato hasta el siguiente mediodía. Entonces, súbitamente, me preguntó si había observado algo particular en el escenario del crimen.

La manera cómo recalcó la palabra "particular" me hizo estremecer sin saber por qué.

—No, nada de particular —contesté—. Por lo menos no más de lo que ambos leímos en el diario...

—Me temo que "La Gazette" no ha penetrado en el horror inusitado del asunto —replicó él—. Yo pienso que si ese misterio parece insoluble es por la misma razón por la que debería ser muy fácil de resolver; me refiero al carácter desmesurado de cuanto lo rodea. La policía está confundida por la aparente falta de motivación, y no por las posibles causas de la atrocidad del asesinato; está confundida ante la imposibilidad de conciliar esas voces que se oyeron arriba, y no haber encontrado allí más que el cuerpo de mademoiselle L'Españay; por no vislumbrar la forma de que alguien haya abandonado el cuarto piso, sin que le viesan las personas que subían por las escaleras. El impresionante desorden de la habitación, el cadáver introducido con la cabeza abajo en la chimenea, la espantosa mutilación del cuerpo de la anciana, y otras consideraciones ya mencionadas, han bastado para que se paralicen sus facultades, haciendo fracasar por completo la tan pregonada perspicacia de los agentes del gobierno. Han caído en el común y gran error de confundir lo imprevisto con lo abstruso. Pero, precisamente, por apartarse de lo común es por dónde la razón tendría que hallar su camino para investigar la verdad. En indagaciones como la que ahora estamos efectuando, no tenemos sólo que preguntar qué ha ocurrido, sino qué ha ocurrido que no haya pasado jamás hasta ahora. La facilidad con que yo he llegado a la solución de este enigma, va en razón directa con su aparente insolubilidad a los ojos de la policía.

Con mucho asombro clavé la mirada en los ojos de mi interlocutor.

—Ahora espero —continuó diciendo, mientras observaba la puerta de nuestra habitación—, estoy esperando a una persona que, aun cuando no haya sido quien perpetró esta carnicería, bien podría estar complicada, en cierta medida, con el hecho. De la peor parte de estos crímenes, es posible que resulte inocente. Espero no equivocarme en esta suposición, porque en ella fundo mi esperanza de descifrar la verdad. Aguardo a un hombre aquí, en esta habitación, de un momento a otro; también es posible que no venga, aunque lo más probable es que lo haga. Si viene hay que retenerlo. Tenemos pistolas, y ambos sabemos para que sirven.



Cogí una pistola, sin entender bien lo que hacía, ni creer lo que escuchaba, mientras Dupin seguía conversando, en soliloquio. Ya he hablado de sus maneras abstraídas en semejantes momentos. Sus palabras se dirigían a mí, aunque su voz, no muy alta, ofrecía la entonación comúnmente empleada al hablar con alguien que se halla muy distante. Sus ojos, inexpresivos, miraban a la pared.

—Está completamente demostrado que en esa reyerta que escucharon los que subían por la escalera, las voces no correspondían a las de las mujeres asesinadas —dijo—. Esto descarta cualquiera duda acerca de si la anciana pudo dar muerte a su hija y suicidarse después. Hablo de este punto sólo por obediencia a un método, ya que las fuerzas de madame L'Españay eran totalmente insuficientes para arrastrar chimenea arriba el cadáver de la joven. Y por las heridas de su propio cuerpo, queda básicamente excluida la idea de suicidio. Por lo tanto, está claro que los asesinatos fueron cometidos por terceras personas, y que son las voces de esas personas las que se oyeron discutir.

Lo observé sin encontrar objeción alguna.

—Permítame ahora —prosiguió—, hacer hincapié no en lo que se ha declarado acerca de esas voces, sino en lo que hay de particular en dichas declaraciones. ¿Ha observado usted en ellas algo especial?

—Sí, noté que mientras todos los testigos coincidían en que la voz grave era la de un francés, hubo mucho desacuerdo en cuanto a la voz aguda.

—Eso es la evidencia misma —dijo Dupin—, pero no la peculiaridad de dicha evidencia. Usted no ha percibido nada característico, y, sin embargo, "algo" había que percibir. Los testigos, como se ha dicho, estuvieron de acuerdo en cuanto a la voz grave. Pero en lo que se refiere a la voz aguda, la particularidad consiste "no en el desacuerdo", sino en que un italiano, un inglés, un español, un holandés y un francés han intentado describirla, y cada uno la menciona como "la voz de un extranjero". Cada uno está seguro de que no era la voz de un compatriota suyo, y la compara con la de un individuo proveniente de alguna nación cuyo lenguaje desconoce. El francés supone que era la voz de un español; el holandés sostiene que fue la de un francés, aunque "por desconocer el idioma, el testigo fue interrogado por medio de un intérprete"; el inglés piensa que se trataba de un alemán, pese a que "no entiende alemán"; el español asegura que era un inglés, juzgando únicamente por el acento, porque "no entiende la lengua inglesa"; el italiano opina que fue la voz de un ruso, pero jamás ha conversado con un ruso; un segundo francés difiere del primero, y sostiene que aquella voz era la de un italiano. ¡Qué inusitada ha de ser realmente esa voz, para que puedan darse estos testimonios tan contradictorios! Ciudadanos de las cinco grandes divisiones de Europa, no reconocen nada que les sea familiar en sus inflexiones. Usted dirá que también puede ser la voz de un asiático o de un africano. A pesar de que ni los asiáticos ni los africanos abundan en París, no niego esa posibilidad, pero me interesa llamar su atención sobre tres puntos: aquella voz es descrita por uno de los testigos como "más áspera que aguda", y otros la definen como "rápida y desigual". No hubo palabras, no existieron sonidos que se parecieran a palabras distinguibles, como en el caso de la voz grave. Yo no sé qué impresión he causado en el entendimiento de usted —prosiguió Dupin—, pero creo que las legítimas deducciones hechas sólo con esta parte de los



testimonios, o sea la parte referente a las voces grave y aguda, bastan para engendrar una sospecha que puede conducirnos al avance en la investigación del misterio. He dicho "deducciones legítimas", más exactamente, las únicas deducciones adecuadas, en las que inevitablemente se origina mi sospecha como única conclusión. En qué consiste esta sospecha, no lo diré todavía. Sólo deseo que usted comprenda que, para mí, tiene la fuerza suficiente para darle un determinado giro a mis indagaciones en aquella habitación. Trasladémonos en imaginación a esa sala. ¿Qué es lo primero que buscaremos allí? Los medios de evasión utilizados por los asesinos ¿verdad?

Me limité a asentir, y Dupin continuó:

—Ni usted ni yo creemos en acontecimientos sobrenaturales. Madame y mademoiselle L'Esplanade no han sido asesinadas por espíritus. Los que cometieron el crimen son seres materiales, y escaparon por iguales medios. ¿Cómo? Hay una sola manera de razonar sobre este punto, y esa manera debe conducirnos a una solución precisa. Está claro que los asesinos se encontraban en la habitación donde fue hallado el cuerpo de mademoiselle L'Esplanade, o en el cuarto contiguo, cuando el grupo de personas subió por la escalera. De modo que basta con investigar las salidas que tienen estos dos lugares. La policía ha dejado al descubierto los pisos, los techos, y la mampostería de las paredes en todas direcciones. No obstante, no he querido fiarme de sus ojos, y lo he examinado todo con los míos. Por lo tanto puedo afirmar que no existían puertas secretas, y las dos de las habitaciones que dan al pasillo estaban cerradas con llave por dentro. Las chimeneas, aunque de ancho corriente, no podrían dar cabida ni a un gato corpulento. En consecuencia, la imposibilidad de escape por los medios ya indicados es absoluta, y no nos quedan más que las ventanas. Por la de la habitación que da a la fachada principal, nadie hubiera podido huir sin ser visto por la muchedumbre que había en la calle. Ello significa que los asesinos salieron por las ventanas de la habitación trasera. Llevados a esta conclusión de manera inequívoca, no podemos rechazarla tomando en cuenta impedimentos evidentes. Sólo debemos demostrar que cualquiera de estos evidentes "impedimentos", realmente no existe. Bien, hay dos ventanas de bastidor corredizo, que suben y bajan, en la habitación. Una de ellas no está obstruida por el mobiliario, y queda completamente visible. La parte inferior de la otra permanece oculta por la cabecera del pesado armazón de la cama, que está estrechamente pegado a ella. La primera de dichas ventanas se hallaba cerrada y asegurada por dentro, y resistió a los más violentos esfuerzos de los que trataron de levantarla; en la parte izquierda de su bastidor habían barrenado un agujero, y hundido allí un grueso clavo casi hasta la cabeza. Examinando la otra ventana, se descubrió en ella otro clavo similar, y todos los intentos para subir el bastidor fracasaron también. La policía quedó convencida de que la fuga no podía haberse efectuado por ahí, y, por consiguiente, consideró superfluo extraer esos clavos y levantar las ventanas. Mi examen fue algo más prolijo. Razoné de este modo a posteriori: los asesinos han escapado por una de esas ventanas, y es imposible que hayan vuelto a cerrar los bastidores por dentro. Esta consideración, por su evidencia, fue la que atascó las investigaciones de la policía. Pero el hecho era que las ventanas estaban cerradas y bien aseguradas. Se hacía entonces "necesario" que pudieran cerrarse por sí mismas; no había manera de escapar a esta conclusión. Fui hasta la ventana libre de estorbos, extraje el clavo con cierta dificultad, y probé a subir el bastidor. Como me figuraba, resistió a todas mis manipulaciones, y en ese instante sospeché que había un resorte secreto. Una cuidadosa inspección me hizo descubrirlo. Lo presioné y satisfecho con mi hallazgo, me abstuve de

levantar el bastidor. Volví a colocar el clavo y lo observé atentamente. Si una persona hubiese pasado por delante de la ventana y la hubiera vuelto a cerrar, el resorte habría funcionado solo, sin embargo no podría haber colocado nuevamente el clavo. El campo de mis investigaciones se estrechaba aun más: los asesinos habían escapado por la otra ventana. Suponiendo que los resortes de ambos bastidores fuesen iguales, lo que era probable, debía existir alguna diferencia entre los clavos, o por lo menos entre la forma de clavarlos. Me trepé al armazón de la cama, y examiné prolijamente, por encima de su cabecera, la segunda ventana. Pasando la mano por la tabla, descubrí y apreté el resorte, que, tal como sospechaba, tenía la misma forma que su vecino. Observé bien su clavo, que era tan grueso como el otro, y aparentemente se hallaba clavado de idéntica manera: hundido casi hasta la cabeza. Si usted supone que me quedé perplejo, no ha comprendido la naturaleza de estas deducciones. He rastreado el secreto hasta su consecuencia final, y esa consecuencia es "el clavo". Dije que tenía la apariencia de su compañero de la otra ventana, pero esto no era tan decisivo si se considera que en aquel punto se acababa toda mi pista. Debe haber un defecto en ese clavo, pensé. Lo toqué, y su cabeza, con casi un cuarto de pulgada de su espiga, se me quedó entre los dedos; el resto de la espiga seguía en el orificio barrenado. Esta espiga era muy antigua, sus bordes se encontraban impregnados de herrumbre, y era fácil comprender que el clavo había sido arreglado de un martillazo que hundió una porción de la cabeza en la superficie del bastidor. Coloqué otra vez aquella parte en el sitio de donde la había separado, y su similitud con un clavo perfecto fue completa; la fisura era invisible. Luego presioné el resorte, levanté suavemente el bastidor una pulgada, y la cabeza de clavo subió junto con éste, quedando la otra parte en su agujero. Bajé el bastidor, cerrando la ventana, y la apariencia del clavo entero fue otra vez perfecta.

Lo contemplé admirado.

—El enigma, hasta aquí —continuó Dupin—, ya estaba resuelto. El asesino se fugó por la ventana que da por sobre la cama. Luego de salir por allí, al bajar esta ventana por sí sola, quedó sujeta por el resorte, y es la sujeción de ese resorte la que ha engañado a la policía: la policía piensa que está inmovilizada por el clavo. El problema siguiente es cómo bajó el asesino. A unos cinco pies y medio de la ventana en cuestión, pasa una cadena de pararrayos. Por esa cadena resultaría absurdo que alguien llegara a la ventana. No obstante, comprobé que los postigos del cuarto piso eran de un tipo particular, llamados "ferrades" por los carpinteros franceses; un estilo raramente usado hoy, y que se ve con frecuencia en las casas antiguas de Lyon y Burdeos. Tiene la forma corriente de una puerta de una sola hoja, y la mitad superior es enrejada, o trabajada a manera de celosía, por lo cual ofrece un excelente agarradero para las manos. En el presente caso, esos postigos tienen un ancho de tres pies y medio. Cuando los vimos desde la parte trasera de la casa, estaban los dos abiertos casi hasta la mitad, formando ángulo recto con la pared. Es muy posible que la policía haya examinado la parte trasera del edificio, y si lo ha hecho, al mirar aquellos "ferrades" no ha reparado en su gran anchura: no le ha dado la debida importancia. En realidad, cuando se convencieron de que la fuga no podía efectuarse por ese lado, no le concedieron sino un examen superficial. Para mí, en cambio, era muy claro que el postigo de la ventana, en la cabecera de la cama, si se abría totalmente, llegaría a unos dos pies de la cadena del pararrayos. También era evidente que con un valor y una agilidad extraordinarias, era factible entrar en esa habitación, por esa ventana, utilizando la cadena.

Al alcanzar esa distancia de dos pies y medio, suponiendo que el postigo estuviese completamente abierto, un ladrón podía conseguir un asidero muy firme en la celosía. Soltando, luego, su sostén en la cadena, con los pies bien apoyados en la pared, y saltando atrevidamente habría impelido al postigo, haciendo que se cerrara, y también, suponiendo que hubiera encontrado la ventana abierta, hubiese ido a parar al interior de la habitación. Tenga presente que he hablado de una agilidad extraordinaria, indispensable para el éxito de una empresa tan arriesgada y dificultosa. Si usamos el lenguaje de la ley, usted me dirá que más bien debería depreciar la agilidad requerida en el caso, que insistir en valorarla, pero eso no corresponde al oficio de la razón. Mi finalidad consiste únicamente en hallar la verdad, y mi propósito inmediato es inducirlo a usted a que haga un parangón entre esa sobrenatural agilidad, y la voz peculiarísima, aguda, áspera, desigual, acerca de cuya nacionalidad no hay dos personas de acuerdo, y en cuya pronunciación no es posible descubrir silabeo alguno.

Al escuchar aquellas palabras, comencé a formarme una vaga idea de lo que pensaba Dupin. Me parecía estar al borde del entendimiento, sin que pudiera entender todavía. Mi amigo continuó su razonamiento:

—Usted habrá comprendido —dijo—, que he llevado el problema del modo de salida al de entrada, y sugiero que ambas fueron efectuadas de igual manera y por un mismo sitio. Volvamos ahora al interior de la habitación. Se ha dicho que los cajones de la cómoda fueron saqueados aunque han quedado algunas prendas de vestir. La conclusión es absurda. ¿Cómo sabemos que los objetos hallados no eran todo lo que los cajones contenían? La señora y la señorita L'Españaye hacían una vida muy apartada, y salían raramente; tenían pocos motivos para muchos cambios de ropas. Y si algún ladrón hubiera robado algo ¿por qué no robar lo mejor? ¿Por qué no llevárselo todo? En pocas palabras: ¿un ladrón habría dejado cuatro mil francos en oro, para cargar con un atado de ropa blanca? El oro fue abandonado. La cantidad mencionada por monsieur Mignaud, el banquero, fue hallada en las dos talegas, sobre el piso. Por lo tanto, sería conveniente descartar la desatinada idea, engendrada por los cerebros de la policía, de un motivo relacionado con ese dinero. Pero, debido a las circunstancias del caso, si aceptamos que el oro no ha sido la finalidad del crimen, también debemos aceptar que quien lo cometió fue tan vacilante y tan estúpido que no sólo olvidó el oro sino el objetivo del delito. Fijémonos ahora en otros detalles que nos muestran el vigor maravilloso del asesino. En la chimenea había unas espesas guedejas de canosos cabellos humanos. Habían sido arrancados con sus raíces. ¿Usted sabe qué fuerza es necesaria para arrancar de la cabeza sólo veinte o treinta cabellos juntos? Ha visto aquellas guedejas tan bien como yo... ¡horrendo espectáculo! Sus raíces estaban grumosas de fragmentos de carne del cuero cabelludo, prueba de la fuerza prodigiosa que ha sido menester para arrancar tal vez un millón de cabellos al mismo tiempo. La garganta de la anciana no sólo estaba cortada, sino que la cabeza fue separada del cuerpo, y el instrumento para ello fue sólo una navaja de afeitar. ¡De las heridas en el cuerpo de madame L'Españaye no vale la pena ni hablar! Monsieur Dumas y su digno auxiliar monsieur Etienne, han declarado que fueron causadas por un instrumento contundente, y en esto han acertado; el instrumento fue, sin duda alguna, el pavimento de piedra del patio, sobre el que la víctima cayó desde la ventana. Este hecho, por sencillo que ahora parezca, escapó a la policía, por la misma causa que su comprensión quedó herméticamente sellada para la posibilidad de que las ventanas hubiesen podido ser abiertas. Si por añadidura a estas cosas, ha

reflexionado usted adecuadamente acerca del extraño desorden de la habitación, ya hemos podido llegar a la etapa de combinar las siguientes ideas: agilidad pasmosa, una fuerza sobrehumana, una ferocidad brutal, una carnicería sin motivo, una "grotesquería" dentro de lo horrible, absolutamente ajena a la naturaleza de un ser humano, y una voz extranjera por su acento para los oídos de hombres de varias naciones, y desprovista de todo silabeo distinguible o inteligible. ¿Qué resulta de todo esto? ¿Qué impresión le causa en su imaginación?

Sentí escalofrío cuando Dupin me hizo aquellas preguntas.

—Un loco dije—. Ese crimen lo ha cometido algún demente furioso que se ha escapado de una Casa de Orates vecina.

—En algunos aspectos, su idea no es desacertada —me respondió—. Pero las voces de los enajenados, hasta en sus más feroces paroxismos, no llegan a parecerse a la voz oída desde las escaleras. Los locos pertenecen a determinados países, y su lenguaje, aunque sea incoherente en sus palabras, tiene siempre la coherencia de su silabeo. Además, el cabello de un loco no se asemeja al que yo tengo en la mano. He desenredado este mechón que retenían los dedos rígidamente crispados de madame L'Esplanade. Dígame qué puede deducir de "esto".

—¡Dupin! —exclamé—. ¡Ese cabello no es humano!

—Yo no he dicho que lo sea —me contestó—. Pero antes de que decidamos acerca de este punto, le ruego que examine el pequeño esbozo que he dibujado en este papel. Es un facsímil sacado de lo que una parte de los testigos describe como "cárdenas magulladuras y profundas heridas causadas por uñas" en el cuello de mademoiselle L'Esplanade, y los señores Dumas y Etienne, como "serie de manchas lívidas, impresiones evidentes de unos dedos". Usted comprenderá —continuó mi amigo, desplegando el papel sobre la mesa—, que este dibujo muestra una presión firme y poderosa. No hay aquí "deslizamiento" visible. Cada dedo ha mantenido, posiblemente hasta la muerte de la víctima, la ferocidad con que se hundió en el primer instante. Pruebe usted ahora a colocar todos sus dedos a la vez en las respectivas impresiones.

En vano lo intenté.

—El papel se halla extendido sobre una superficie plana, y la garganta es cilíndrica —argumentó Dupin—. Aquí tenemos un trozo de leña, cuya circunferencia es aproximadamente la de la garganta. Enrolle el dibujo en él, y prueba otra vez el experimento.

Así lo hice, y la dificultad fue aún más evidente.

—Tampoco éstas —dije—, son huellas de dedos humanos.

—Ahora lea —prosiguió Dupin—, este pasaje de Cuvier.

Era una descripción anatómica, minuciosa y general, del gran orangután fulvo de las islas de la India Oriental. La estatura gigantesca, la fuerza y la actividad prodigiosa, la salvaje ferocidad y las tendencias imitadoras de estos mamíferos, son harto conocidas en todo el mundo. Inmediatamente comprendí los horrores de aquellos asesinatos.

—La descripción de los dedos está completamente de acuerdo con este dibujo —aseguré cuando acabé de leer—. No hay otro orangután, sino el de la especie aquí mencionada, que pueda haber marcado heridas como las que usted ha dibujado. Ese mechón de pelo también es idéntico al del animal descrito por Cuvier. Pero aún no veo modo de comprender las circunstancias en que se produjo este espantoso asunto. Además, se oyeron disputar dos voces, y una de ellas era indiscutiblemente la de un francés.

—Es cierto, y usted recordará una expresión atribuida casi unánimemente, por los testigos, a esa voz. La expresión "mon Dieu" la cual, en aquellos instantes, fue definida por el testigo Montani, como expresión de reconvención. En esa voz, yo he fundado mis esperanzas de una completa solución del enigma. Hay un francés conocedor del asesinato. Y es posible, mucho más que probable, que él sea inocente de toda participación en los hechos sangrientos que han ocurrido. El orangután puede haberse escapado, y él ha seguido el rastro hasta aquella habitación. Pero en medio de las agitadas circunstancias que se produjeron, puede que no lo haya logrado recapturar. El animal anda todavía suelto.

—¿Cree eso? —indagué.

—En realidad no me propongo continuar con estas conjeturas, porque las luces de reflexión en que se fundan alcanzan apenas la suficiente profundidad para ser apreciables para mi propia inteligencia, y no pretendo hacerlas inteligibles para la comprensión de otra persona. Si el francés en cuestión es, como yo supongo, inocente de estas atrocidades, este anuncio, que yo dejé en las oficinas de "Le Monde", que como usted sabe es un periódico dedicado a los asuntos marítimos, nos lo traerá a nuestro domicilio.

Me presentó el periódico, y leí los siguiente:

"CAPTURA: En el Bois de Boulogne se ha encontrado un enorme orangután de la especie de Borneo. Su propietario, quien se sabe que es un marinero, perteneciente a un navío maltés, podrá recuperar al animal, dando satisfactoria identificación de él, y pagando algunos pequeños gastos ocasionados por su captura y manutención. Dirigirse al N°..., calle.... Faubourg Saint-Germain. Tercero."

—Yo no lo conozco —añadió Dupin—. No estoy seguro de su existencia. Pero aquí tengo el pedacito de un lazo que, por su forma y su aspecto grasiento, ha sido usado para anudar los cabellos en forma de esas coletas a las que son tan aficionados los marineros. Este lazo es uno de los que muy pocas personas saben anudar, y es una peculiaridad de los malteses. Recogí esta cinta al pie de la cadena del pararrayos, y no podía pertenecer a ninguna de las dos víctimas. En todo caso, si me he equivocado en mis deducciones, al pensar que el francés es un marino perteneciente a un navío maltés, no habré causado ningún daño a nadie con este anuncio. Y si he acertado, habremos ganado un punto muy importante. Aunque inocente, en autos del crimen, ese hombre vacilará en responder o no al anuncio, y

entre si debe o no debe reclamar al orangután. Razonará de este modo: "Soy inocente, soy pobre, y mi orangután vale mucho dinero; un verdadero caudal para alguien que se halla en mi situación. ¿Por qué debo perderlo por vanas aprensiones? Fue encontrado en el Bois de Boulogne, a gran distancia de la casa de la calle Morgue... ¿Y cómo podría suponerse que un animal haya cometido semejante acción? La policía está despistada; no ha podido ofrecer el menor indicio. Hasta en el caso de que sospechen del orangután, sería imposible demostrar que yo sé del crimen, ni enredarme en culpabilidad alguna. Y además, me "conocen". Quién publicó el aviso me señala como poseedor del animal. Ignoro hasta dónde se extiende este conocimiento, pero... si evito reclamar una propiedad de tanto valor, que se sabe que es mía, despertaré sospechas. Contestaré el anuncio, es lo mejor. Recuperaré mi orangután y lo mantendré encerrado hasta que se disipe este desagradable asunto".

En aquel momento oímos unos pasos en la escalera.

—Prepárese usted —dijo Dupin—. Tome sus pistolas, pero no haga uso de ellas, ni la muestre, hasta que yo le haga una señal.

Habíamos dejado abierta la puerta principal de la casa, y el visitante había entrado sin llamar. Sin embargo, ahora parecía vacilar. Oímos que bajaba. Dupin fue rápidamente a la puerta, y lo escuchamos subir otra vez. Ahora ya no se volvía atrás, sino que subía decididamente. Llamó a la puerta de nuestra habitación.

—Adelante —respondió Dupin, con voz alegre y satisfecha.

El hombre que entró era, sin lugar a dudas, un marinero. Alto, fornido, musculoso, con cierta expresión de arrogancia no del todo antipática. Su rostro, muy atezado, tenía más de la mitad oculta tras las patillas y el bigote. Traía un grueso garrote de roble, y no parecía llevar otras armas. Saludó inclinándose desmañadamente, y nos dijo un "buenos días" con acento francés, que, pese a un dejo suizo, daba a conocer su origen parisiense.

—Siéntese, amigo —invitó Dupin—. Supongo que viene a reclamar su orangután. Le doy mi palabra de que se lo envidio. ¡Hermoso animal, y de mucho precio! ¿Qué edad le atribuye?

El marinero dio un largo suspiro, como quién se quita un gran peso de encima, y luego contestó con voz segura.

—No podrá tener más de cuatro o cinco años. ¿Lo tiene usted aquí?

—¡Oh, no! Éste no es lugar para guardarlo. Está en una cuadra que alquilamos en la calle Dubourg. Podrá recuperarlo mañana temprano. ¿Viene preparado para demostrar su propiedad?

—Sin duda alguna, señor.



—Sentiré mucho desprenderme de él —agregó Dupin.

—Yo no pretendo que se haya tomado tanto trabajo sin que tenga alguna recompensa —dijo el hombre—. Eso ni pensarlo. Y estoy dispuesto a pagar una gratificación por el hallazgo del animal; por supuesto, algo razonable.

—Bien, eso es muy correcto —respondió mi amigo—. Vamos a ver... ¿qué voy a pedir yo? ¡Ah, ya lo sé! Mi recompensa será ésta: quiero que usted me diga todo lo que sabe acerca de esos asesinatos de la calle Morgue.

Dupin pronunció estas últimas palabras en voz muy baja y con mucha tranquilidad. Con la misma tranquilidad fue hacia la puerta, la cerró y se guardó la llave en el bolsillo. Luego sacó la pistola y, sin mostrar la menor agitación, la dejó sobre la mesa.

El rostro del marinero se encendió, sofocado. Se puso de pie y empuñó su garrote. Pero acto seguido, se dejó caer en la silla, temblando violentamente, y con expresión de moribundo. No dijo ni una palabra. Lo compadecí de todo corazón.

—Amigo mío —murmuró Dupin, en tono amable—, se alarma usted innecesariamente, se lo digo de veras. No nos proponemos causarle daño alguno. Le doy mi palabra de honor, como caballero, y como francés, de que no intentamos perjudicarlo. Yo sé muy bien que usted es inocente de las atrocidades de la calle Morgue. No obstante, no puedo negar que, en cierto modo, se halla complicado en ellas. Por lo que acabo de decirle, podrá comprender que he tenido medios de información acerca de este asunto. Ahora el caso se presenta de este modo: usted no ha hecho nada que pudiera evitar; nada, ciertamente, que lo haga culpable. No le pueden acusar de que haya robado, pudiendo hacerlo impunemente, y no tiene ninguna cosa que ocultar. Por otra parte, está usted obligado, por todos los principios de honor, a confesar cuanto sepa. Hay un hombre inocente encarcelado bajo la acusación de esos crímenes, a cuyo autor puede usted desenmascarar.

El marinero había recobrado mucho de su presencia de ánimo, pese a que ya no existía la arrogancia en él.

—¡Qué Dios me salve! —exclamó—. Yo quiero contarle todo lo que sé, aunque no espero que me crea ni la mitad; estaría loco si lo esperase. ¡Pero soy inocente, y hablaré con total franqueza, aun cuando arriesgue la vida!

Lo que declaró fue, en resumen, esto: recientemente había regresado de un viaje al archipiélago índico. Un grupo, del cual formaba parte, desembarcó en Borneo y pasó al interior a realizar una excursión de recreo. Entre él y un compañero capturaron al orangután. Aquel compañero murió, y el animal pasó a ser de su exclusiva propiedad.

Después de no pocos trabajos, ocasionados por la ferocidad del cautivo durante el viaje de regreso, logró encerrarlo en su propio domicilio en París, donde, para no atraer la curiosidad de los vecinos, lo mantuvo cuidadosamente recluido, hasta que pudo



restablecerlo de una herida que se había hecho en un pie, con una astilla, a bordo del navío. Su resolución era venderlo.

Sin embargo, al regresar a su casa después de una parranda con otros marineros, justamente en la madrugada del día del crimen, halló al orangután en su alcoba, en la que había penetrado desde el cuarto contiguo donde estaba encerrado. Con una navaja de afeitar en la mano, se hallaba sentado delante de un espejo, tratando de afeitarse, sin duda había espiado a su amo en esta operación. Aterrorizado al ver un arma tan peligrosa en poder de un animal tan feroz, el marinero se quedó sin saber qué hacer durante unos momentos. Pese a todo, había logrado apaciguar al orangután, aun en sus arranques más feroces, por medio de un látigo, y a éste recurrió también en esa oportunidad. Al ver el látigo, el orangután huyó fuera de la habitación, se precipitó escaleras abajo, y luego saltó por una ventana hacia la calle.

Su dueño lo persiguió desesperado. El mono, que llevaba aún la navaja de afeitar en la mano, se volvía de cuando en cuando para mirar y hacer muecas a su perseguidor. De este modo continuó la persecución durante un largo trecho. Las calles estaban en profundo silencio porque eran casi las tres de la madrugada. Al descender por una callejuela situada detrás de la calle Morgue, llamó la atención del animal una luz que brillaba en la ventana abierta de la habitación de madame L'Espanaye, en el cuarto piso del edificio. Se precipitó hacia allá, vio la cadena del pararrayos, trepó con inconcebible agilidad por ella, se agarró al postigo que estaba abierto de par en par, y balanceándose, suspendido de aquella manera, saltó directamente sobre la cabecera de la cama. Todo esto duró apenas un minuto. El orangután, al entrar en la habitación, empujó con las patas el postigo que volvió a quedar abierto.

Mientras tanto, el marinero estaba contento y perplejo a la vez. Tenía mucha esperanza de capturar al bruto, que difícilmente podría escapar de la trampa en que se había metido. Sin embargo, por otra parte, no le faltaban grandes motivos de temor por lo que el animal pudiera hacer dentro de esa casa. Esta última reflexión movió al hombre a seguir persiguiendo al orangután. Una cadena de pararrayos se sube sin dificultad, especialmente para un marinero, y así lo hizo. Cuando llegó a la altura de la ventana, que se encontraba bastante apartada hacia su izquierda, debió hacer un alto. Todo lo que podía lograr era aproximarse para dar una ojeada al interior de la habitación. Pero al hacerlo, le faltó poco para caer al vacío, empujado por el horror. Fue entonces cuando se oyeron aquellos estremecedores gritos que despertaron de su sueño a los vecinos de la calle Morgue.

La señora L'Espanaye y su hija, vestidas con ropa de dormir, habían estado, según parece, ordenando unos documentos en el cofrecito de hierro que habían llevado hasta el centro de la habitación, y tenían abierto; su contenido se hallaba en el suelo, junto a ellas. Indudablemente, las víctimas estaban sentadas de espaldas a la ventana, y, por el tiempo que transcurrió entre el ingreso del animal y los gritos, parece que no lo vieron en seguida. El golpeteo del postigo debió ser atribuido al viento. Cuando el marinero miró hacia el interior, el gigantesco animal agarró a madame L'Espanaye por los cabellos, y blandió la navaja de afeitar junto a su cara, imitando los gestos de un barbero. La hija se desmayó, y quedó tendida en el piso, inmóvil. Los forcejeos y alaridos de la anciana, en medio de los cuales le fue arrancado el cabello, tuvieron el efecto de cambiar los propósitos pacíficos del

orangután, por la cólera. Con un gesto violento de su musculoso brazo, casi le separó la cabeza del cuerpo, y, al ver la sangre, su ira se inflamó hasta el frenesí. Rechinándole los dientes, y despidiendo fuego por los ojos, se lanzó entonces sobre el cuerpo de la joven, y hundió las afiladas garras en su garganta, manteniendo la presión hasta que ella expiró. Sus miradas extraviadas y salvajes se dirigieron en aquel momento a la cabecera de la cama, sobre la cual, al otro lado de la ventana, el rostro de su amo, rígido por el horror, se distinguía apenas en la oscuridad. Instantáneamente, recordando el temido látigo, la furia del animal se convirtió en miedo. Comprendiendo que merecía ser castigado, pareció deseoso de ocultar sus sangrientas acciones, y comenzó a saltar por la sala, derribando y destrozando los muebles a su paso, y arrancando la cama de su armazón. Para terminar, cogió el cuerpo de la señorita L'Espanaye, y lo introdujo por la chimenea, tal como fue hallado. Luego el de la anciana madre, el que inmediatamente arrojó de cabeza por la ventana. Cuando el mono se acercó allí, llevando su mutilada carga, el marinero retrocedió despavorido. Resbalando por la cadena del pararrayos, más que agarrándose, llegó abajo y se alejó precipitadamente hacia su casa, temiendo las consecuencias de aquella carnicería, y abandonando, en su terror, todo cuidado por lo que pudiera ocurrirle al mono. Las palabras escuchadas por el grupo en la escalera, eran las exclamaciones de espanto del francés, mezcladas a la jerigonza del orangután.

Ya casi no me queda nada que añadir. El animal tuvo que escapar de la habitación por la cadena del pararrayos, poco antes del amanecer. Maquinalmente debió cerrar la ventana al pasar por ella.

Tiempo después fue capturado por su propio dueño, quien obtuvo por él una buena cantidad de dinero en el "Jardin des Plantes". Le Bon, el dependiente bancario inculcado, fue dejado en libertad rápidamente, después que nosotros contamos en el despacho del prefecto de policía todo lo sucedido. Aquel funcionario, aunque muy bien dispuesto para con mi amigo, no pudo disimular su pesar al ver el giro que había tomado el caso, y se permitió un par de frases sarcásticas acerca de la falta de corrección de las personas que se entrometían en sus funciones.

—Déjelo que hable —me dijo luego, Dupin—. Así aliviará su conciencia. Por mi parte, estoy satisfecho de haberlo vencido en su propio terreno. Sin embargo, el hecho de que le haya fallado la solución de este misterio no es algo tan raro como él supone. En verdad, nuestro amigo el prefecto es demasiado agudo para poder pensar con profundidad. Su ciencia carece de base; es toda cabeza y no cuerpo, como las pinturas que representan a la diosa Laverna. Más exactamente, toda cabeza y espaldas como un bacalao. Pero es buena persona, y me agrada sobre todo por un truco de su astucia, al cual le debe el haber alcanzado su fama de hombre de talento. Me refiero a su manera de "nier ce qui est, et d'expliquer ce qui n'est pas" (negar lo que es, y explicar lo que no es).

## IV. El corazón delator

---

¡Es verdad! Soy muy nervioso, extraordinariamente nervioso. Lo he sido siempre. ¿Pero por qué dicen que estoy loco? La enfermedad ha aguzado mis sentidos en vez de destruirlos o embotarlos. De todos ellos el más fino es el oído. Yo he escuchado todas las cosas del cielo y de la tierra, y no pocas del infierno. ¿cómo, entonces, puedo estar loco? Observen con qué serenidad, con qué calma, voy a contarles esta historia.

Es imposible definir cómo penetró la idea en mi cerebro. Sin embargo, una vez adentrada allí, me acosó día y noche. Realmente no había ningún motivo para ello. El viejo nunca había hecho daño, y yo lo quería. Jamás me insultó, y su oro no me despertaba la menor codicia.

Creo que era su ojo. Si... ¡Eso era! Uno de sus ojos se parecía a los del buitre. Era de un color azul pálido, nublado por una catarata. Siempre que ese ojo se detenía sobre mí, se me congelaba la sangre. Y así, poco a poco, gradualmente, se fue apoderando de mi espíritu la obsesión de matar al anciano, y librarme para siempre de aquella mirada.

Ahora viene lo más difícil de explicar. Me creen loco, pero no pensarían así si me hubieran visto, si hubiesen podido observar con qué sabiduría, con qué precaución y cautela procedí... ¡con qué disimulo puse manos a la obra!

Jamás me comporté tan amable con él como durante la semana que precedió al asesinato. Cada noche, cerca de las doce, recorría el pestillo de su puerta y la abría muy suavemente. Cuando la tenía lo suficientemente abierta para asomar la cabeza, metía una linterna bien cerrada, para que no se filtrara ninguna claridad: luego introducía la cabeza. ¡Oh, se habrían reído viendo el esmero con que lo hacía, por miedo de turbar el sueño del viejo. No exagero al afirmar que por lo menos tardaba una hora en realizar esta maniobra, y contemplar al anciano acostado en su cama. ¿Podría haber sido tan prudente un loco?

En seguida, una vez que mi cabeza se hallaba dentro de la habitación, abría silenciosamente la linterna. ¡Oh, con qué cuidado, con qué sumo cuidado: Abría sólo lo necesario para que un rayo casi imperceptible de luz se clavara en el ojo de buitre. Hice esto durante siete noches interminables, a la misma hora, y siempre encontré el ojo cerrado. Así se fue volviendo imposible concretar mi propósito; porque no era el viejo quien me molestaba, sino aquel maldito ojo. Y todas las mañanas, cuando amanecía, entraba osadamente en su

cuarto, y le conversaba valerosamente, con voz muy cordial, interesándome por saber cómo había dormido.

Comprenderán que tendría que haber sido un hombre demasiado perspicaz para sospechar que todas las noches, siempre a las doce, yo le espiaba durante su sueño.

Finalmente, en la octava noche, entreabrí la puerta con mayor sigilo que antes. La aguja de un reloj se movía más a prisa que mi mano. Jamás, como en ese minuto, pude apreciar tan bien la magnitud de mi astucia, y apenas lograba dominar mi sensación de triunfo. ¡Pensar que estaba allí, empujando muy pausadamente esa puerta, y que él ni siquiera vislumbraba mis acciones y mis pensamientos secretos!

Ante esta idea se me escapó una leve risa, y tal vez me oyó, ya que de pronto se movió en su lecho, como si fuera a despertar. Tal vez se imaginarán que me retiré de inmediato. Pues no, se equivocan, no fue así.

Su alcoba se hallaba profundamente oscura. Las ventanas estaban herméticamente cerradas por miedo a los ladrones, y las espesas tinieblas envolvían toda la estancia. Absolutamente seguro de que el anciano no podía ver nada, me disponía a abrir la linterna, cuando mi pulgar resbaló sobre la perilla de la puerta, y el viejo se incorporó en su cama, preguntando:

—¿Quién anda ahí?

Permanecí completamente inmóvil, sin musitar una sola palabra, y durante una hora no moví un músculo. Tampoco él, en todo ese tiempo, volvió a acostarse. Continuaba sentado en la cama, alerta, haciendo lo mismo que yo había hecho en esas largas noches, oyendo deslizarse a las arañas en la pared.

De pronto oí un gemido profundo. Se trataba de un lamento de terror mortal, no de dolor o tristeza. ¡Oh, no! Era el rumor sordo y ahogado que escapa de lo más íntimo de un alma sobrecogida por el pavor. Yo conocía ese quejido. Muchas veces, precisamente en el filo de la medianoche, cuando todos dormían, lo sentía irrumpir en mi propio pecho, brotando de los terrores que me consumían.

Sabía lo que estaba experimentando el viejo, y no podía evitar una gran piedad por él, aunque también otros sentimientos colmaban mi corazón. Comprendía que su zozobra iba en aumento, y que procuraba persuadirse de que sus temores eran infundados. Posiblemente decía para sí: "No es nada... El viento en la chimenea... Un ratón que corrió por el entretecho... Algún insecto..."

Sí, debe haber intentado calmarse con estas hipótesis. Pero todo fue inútil. La muerte había pasado junto a él, y lo envolvía. Y era la influencia fúnebre de su sombra, invisible, la que lo hacía "sentir", aunque no viera ni escuchara nada, la que le permitía notar mi presencia en su habitación.

Luego de haber esperado un largo rato, me aventuré a abrir apenas la linterna. La abrí furtivamente, hasta que al fin un rayo delgado, como el hilo de una telaraña, descendió sobre el ojo de buitre.

Estaba abierto, íntegramente abierto, y al verlo me llené de furia. Lo vi con claridad perfecta, entero de un azul mate, y cubierto por la horrorosa nube que me helaba hasta la médula de los huesos. No podía ver nada más; ni la cara ni el cuerpo del anciano. Sólo existía aquel ojo obsesionante.

¿No es acaso una hiperestesia de los sentidos aquello que consideran locura? Una vibración débil, continua, llegó a mis oídos, semejante al tic-tac de un reloj forrado en algodones. Inmediatamente reconocí ese apagado golpeteo. Era el corazón del viejo que latía, y este sonido excitó mi furia, igual que el redoblar de los tambores excita el valor de un soldado. Me controlé, sin embargo, y permanecí inmóvil. Respiraba apenas, y sostenía quieta, entre las manos, la linterna. Hacía un esfuerzo por mantener el rayo de luz fijo sobre el ojo. Entre tanto, el latido infernal del corazón del anciano era por segundos más fuerte, más rápido, y..., sobre todo, más sonoro.

El pánico de aquel hombre debía ser monstruoso, y retumbaba en ese latir que crecía y crecía.

He confesado que soy nervioso, y realmente lo soy. En consecuencia, en medio de la noche y del silencio de esa antigua casa, un ruido tan extraño hizo surgir en mí un terror incontrolable. Pese a ello, todavía logré mantenerme, y luché por conservar la tranquilidad, pero la pulsación se hacía más y más audible, más violenta, y una nueva angustia se apoderaba de mí. Ese ruido, y los que iban a producirse, podrían ser escuchados por un vecino. La hora del viejo había llegado.

Con un gran alarido, abrí inesperadamente la linterna, y me precipité en la alcoba. El viejo dejó escapar un grito, un solo grito. En menos de un segundo lo derribé, dejándolo de espaldas en el suelo, y tiré la cama sobre él, aplastándolo con su peso. Entonces sonreí, ufano, al ver tan adelantada mi obra. No obstante, el corazón aún latió, con un murmullo apagado.

Pese a ello, ya no me atormentaba. No, no podía oírse nada a través de las paredes. Finalmente, cesó todo: el viejo estaba muerto. Levanté la cama, y examiné el cuerpo. Sí, estaba muerto. ¡Muerto como una piedra! Afirmé mi mano en su corazón sin advertir ningún latido. ¡ En lo sucesivo su ojo de buitre no podría atormentarme!

A los que insistan en creerme loco, les advierto que su opinión se desvanecerá cuando les describa las inteligentes medidas que adopté para esconder el cadáver.

Avanzaba la noche, y yo trabajaba con prisa y en riguroso silencio. Hábilmente fui desmembrando el cuerpo. Primero corté la cabeza y después los brazos; luego, las piernas. En seguida separé unos trozos del entablado, y deposité los restos bajo el piso de madera. Terminado este trabajo, coloqué otra vez las tablas en su sitio, con tanta destreza que

ningún ojo humano, ni siquiera el del viejo, podría descubrir allí algo inusual. Ni siquiera una mancha de sangre.

Cuando terminé estas operaciones eran las cuatro y estaba tan oscuro como si todavía fuese medianoche. En el momento en que el reloj señalaba la hora, llamaron a la puerta de calle. Bajé a abrir confiado, y di la bienvenida a los recién llegados. ¿Por qué no? ¿Acaso tenía algo que temer?

Los tres hombres se presentaron, gentilmente, como agentes de la policía. Un vecino había escuchado un grito en la noche, y esto lo hizo sospechar de que podía haberse cometido un homicidio, por lo cual estampó una denuncia en la Comisaría. Los agentes venían para practicar un reconocimiento.

Sonreí, ya que, repito: ¿acaso tenía algo que temer?

—El grito —les expliqué— lo lancé yo, soñando. El anciano se encuentra viajando por la comarca...

Conduje a los visitantes por toda la casa, y les sugerí que revisaran bien. Por fin, los guíé hasta su cuarto. Allí les mostré sus tesoros; todo perfectamente resguardado y en orden. Entusiasmado con esa gran seguridad en mí mismo, llevé unas sillas a la habitación, y los invité a que se sentaran, mientras yo, con la desbordada audacia de mi triunfo, colocaba mi propia silla exactamente en el lugar bajo el que se ocultaba el cuerpo de la víctima.

Los agentes parecían satisfechos. Mi actitud les convencía, y hablaron de temas familiares, a los que respondí jovialmente. No obstante, pasado un rato, me di cuenta de que palidecía, y deseé que se marcharan. Me dolía la cabeza y sentía que mis oídos zumbaban. Sin embargo, ellos continuaban sentados, y proseguían la charla. Entonces el zumbido se hizo más nítido y rítmico, volviéndose cada vez más perceptible. Comencé a hablar atropelladamente, para liberarme de esa angustiante sensación. Pero ésta persistió, reiterándose de un modo tal, que no tardé en descubrir que el ruido no nacía en mis oídos.

Sin duda palidecí más, y seguí hablando sin tino, alzando mi voz, tratando de apagar aquel sonido que aumentaba, "aquella vibración semejante al tic-tac de un reloj envuelto en algodones". Principié a respirar con dificultad, aunque los agentes aún no escuchaban nada, e hilvané frases apresuradas, con mayor vehemencia. El tic-tac se elevaba, acompasado. Me levanté y discutí tonterías, con tono estridente, haciendo grotescas gesticulaciones. ¡Todo era inútil! ¡El latido crecía, crecía más. ¿Por qué ellos no querían marcharse? Comencé a caminar de un lado a otro por la habitación, pesadamente, a grandes pasos. ¡Oh, Dios! ¿Qué podía hacer? Echaba espumarajos, desvariaba. Volvía a sentarme y movía la silla, haciéndola resonar sobre el suelo. Pero el latido lo dominaba todo, y se agigantaba indefinidamente.

Los hombres continuaban conversando, bromeando, riendo. ¿Sería posible que no oyeran? ¿Dios Todopoderoso, sería posible? ¡No, no! ¡Ellos oían... sospechaban! ¡Sabían! ¡Sí, sabían, y se estaban divirtiendo con mi terror! Así lo creí, y lo creo ahora. Y había algo peor que aquella agonía, algo más insoportable que esa burla. ¡Ya no podía tolerar por más

tiempo sus hipócritas sonrisas, y me di cuenta de que era preciso gritar o morir, porque entonces...! ¡Présteme atención, por favor!

-¡No finjan más, malvados! -grité- . ¡Confieso que lo maté! ¡Levanten esas tablas!...  
¡Aquí..., aquí! ¡Donde está latiendo su horrible corazón!

## V. El barril del amontillado

---

Lo mejor que pude había soportado las mil injurias de Fortunato. Pero cuando llegó el insulto, juré vengarme. Ustedes, que conocen tan bien la naturaleza de mi carácter, no llegarán a suponer, no obstante, que pronunciara la menor palabra con respecto a mi propósito. *A la larga*, yo sería vengado. Este era ya un punto establecido definitivamente. Pero la misma decisión con que lo había resuelto excluía toda idea de peligro por mi parte. No solamente tenía que castigar, sino castigar impunemente. Una injuria queda sin reparar cuando su justo castigo perjudica al vengador. Igualmente queda sin reparación cuando ésta deja de dar a entender a quien le ha agraviado que es él quien se venga.

Es preciso entender bien que ni de palabra, ni de obra, di a Fortunato motivo para que sospechara de mi buena voluntad hacia él. Continué, como de costumbre, sonriendo en su presencia, y él no podía advertir que mi sonrisa, entonces, tenía como origen en mí la de arrebatarme la vida.

Aquel Fortunato tenía un punto débil, aunque, en otros aspectos, era un hombre digno de toda consideración, y aun de ser temido. Se enorgullecía siempre de ser un entendido en vinos. Pocos italianos tienen el verdadero talento de los catadores. En la mayoría, su entusiasmo se adapta con frecuencia a lo que el tiempo y la ocasión requieren, con objeto de dedicarse a engañar a los millonarios ingleses y austríacos. En pintura y piedras preciosas, Fortunato, como todos sus compatriotas, era un verdadero charlatán; pero en cuanto a vinos añejos, era sincero. Con respecto a esto, yo no difería extraordinariamente de él. También yo era muy experto en lo que se refiere a vinos italianos, y siempre que se me presentaba ocasión compraba gran cantidad de éstos.

Una tarde, casi al anochecer, en plena locura del Carnaval, encontré a mi amigo. Me acogió con excesiva cordialidad, porque había bebido mucho. El buen hombre estaba disfrazado de payaso. Llevaba un traje muy ceñido, un vestido con listas de colores, y coronaba su cabeza con un sombrero cónico adornado con cascabeles. Me alegré tanto de verle, que creí no haber estrechado jamás su mano como en aquel momento.

-Querido Fortunato -le dije en tono jovial-, éste es un encuentro afortunado. Pero ¡qué buen aspecto tiene usted hoy! El caso es que he recibido un barril de algo que llaman amontillado, y tengo mis dudas.



-¿Cómo? -dijo él-. ¿Amontillado? ¿Un barril? ¡Imposible! ¡Y en pleno Carnaval!  
-Por eso mismo le digo que tengo mis dudas -contesté-, e iba a cometer la tontería de pagarlo como si se tratara de un exquisito amontillado, sin consultarle. No había modo de encontrarle a usted, y temía perder la ocasión.  
-¡Amontillado!  
-Tengo mis dudas.  
-¡Amontillado!  
-Y he de pagarlo.  
-¡Amontillado!  
-Pero como supuse que estaba usted muy ocupado, iba ahora a buscar a Luchesi. Él es un buen entendido. Él me dirá...  
-Luchesi es incapaz de distinguir el amontillado del jerez.  
-Y, no obstante, hay imbéciles que creen que su paladar puede competir con el de usted.  
-Vamos, vamos allá.  
-¿Adónde?  
-A sus bodegas.  
-No mi querido amigo. No quiero abusar de su amabilidad. Preveo que tiene usted algún compromiso. Luchesi...  
-No tengo ningún compromiso. Vamos.  
-No, amigo mío. Aunque usted no tenga compromiso alguno, veo que tiene usted mucho frío. Las bodegas son terriblemente húmedas; están materialmente cubiertas de salitre.  
-A pesar de todo, vamos. No importa el frío. ¡Amontillado! Le han engañado a usted, y Luchesi no sabe distinguir el jerez del amontillado.

Diciendo esto, Fortunato me cogió del brazo. Me puse un antifaz de seda negra y, ciñéndome bien al cuerpo mi roquelaire, me dejé conducir por él hasta mi palazzo. Los criados no estaban en la casa. Habían escapado para celebrar la festividad del Carnaval. Ya antes les había dicho que yo no volvería hasta la mañana siguiente, dándoles órdenes concretas para que no estorbaran por la casa. Estas órdenes eran suficientes, de sobra lo sabía yo, para asegurarme la inmediata desaparición de ellos en cuanto volviera las espaldas.

Cogí dos antorchas de sus hacheros, entregué a Fortunato una de ellas y le guié, haciéndole encorvarse a través de distintos aposentos por el abovedado pasaje que conducía a la bodega. Bajé delante de él una larga y tortuosa escalera, recomendándole que adoptara precauciones al seguirme. Llegamos, por fin, a los últimos peldaños, y nos encontramos, uno frente a otro, sobre el suelo húmedo de las catacumbas de los Montresors.

El andar de mi amigo era vacilante, y los cascabeles de su gorro cónico resonaban a cada una de sus zancadas.

-¿Y el barril? -preguntó.  
-Está más allá -le contesté-. Pero observe usted esos blancos festones que brillan en las paredes de la cueva.

Se volvió hacia mí y me miró con sus nubladas pupilas, que destilaban las lágrimas de la embriaguez.

-¿Salitre? -me preguntó, por fin.  
-Salitre -le contesté-. ¿Hace mucho tiempo que tiene usted esa tos?  
-¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem!...!

A mi pobre amigo le fue imposible contestar hasta pasados unos minutos.

-No es nada -dijo por último.  
-Venga -le dije enérgicamente-. Volvámonos. Su salud es preciosa, amigo mío. Es usted rico, respetado, admirado, querido. Es usted feliz, como yo lo he sido en otro tiempo. No debe usted malograrse. Por lo que mí respecta, es distinto. Volvámonos. Podría usted enfermarse y no quiero cargar con esa responsabilidad. Además, cerca de aquí vive Luchesi...

-Basta -me dijo-. Esta tos carece de importancia. No me matará. No me moriré de tos.  
-Verdad, verdad -le contesté-. Realmente, no era mi intención alarmarle sin motivo, pero debe tomar precauciones. Un trago de este medoc le defenderá de la humedad.

Y diciendo esto, rompí el cuello de una botella que se hallaba en una larga fila de otras análogas, tumbadas en el húmedo suelo.

-Beba -le dije, ofreciéndole el vino.

Llevóse la botella a los labios, mirándome de soslayo. Hizo una pausa y me saludó con familiaridad. Los cascabeles sonaron.

-Bebo -dijo- a la salud de los enterrados que descansan en torno nuestro.  
-Y yo, por la larga vida de usted.  
De nuevo me cogió de mi brazo y continuamos nuestro camino.

-Esas cuevas -me dijo- son muy vastas.  
-Los Montresors -le contesté- era una grande y numerosa familia.

-He olvidado cuáles eran sus armas.  
-Un gran pie de oro en campo de azur. El pie aplasta a una serpiente rampante, cuyos dientes se clavan en el talón.  
-¡Muy bien! -dijo.

Brillaba el vino en sus ojos y retiñían los cascabeles. También se caldeó mi fantasía a causa del medoc. Por entre las murallas formadas por montones de esqueletos, mezclados con barriles y toneles, llegamos a los más profundos recintos de las catacumbas. Me detuve de nuevo, esta vez me atreví a coger a Fortunato de un brazo, más arriba del codo.

-El salitre -le dije-. Vea usted cómo va aumentando. Como si fuera musgo, cuelga de las bóvedas. Ahora estamos bajo el lecho del río. Las gotas de humedad se filtran por entre los huesos. Venga usted. Volvamos antes de que sea muy tarde. Esa tos...  
-No es nada -dijo-. Continuemos. Pero primero echemos otro traguito de medoc.

Rompí un frasco de vino de De Grave y se lo ofrecí. Lo vació de un trago. Sus ojos llamearon con ardiente fuego. Se echó a reír y tiró la botella al aire con un ademán que no pude comprender.

Le miré sorprendido. El repitió el movimiento, un movimiento grotesco.

-¿No comprende usted? -preguntó.

-No -le contesté.

-Entonces, ¿no es usted de la hermandad?

-¿Cómo?

-¿No pertenece usted a la masonería?

-Sí, sí -dije-; sí, sí.

-¿Usted? ¡Imposible! ¿Un masón?

-Un masón -repliqué.

-A ver, un signo -dijo.

-Éste -le contesté, sacando de debajo de mi roquelaire una paleta de albañil.

-Usted bromea -dijo, retrocediendo unos pasos-. Pero, en fin, vamos por el amontillado.

-Bien -dije, guardando la herramienta bajo la capa y ofreciéndole de nuevo mi brazo.

Apoyóse pesadamente en él y seguimos nuestro camino en busca del amontillado. Pasamos por debajo de una serie de bajísimas bóvedas, bajamos, avanzamos luego, descendimos después y llegamos a una profunda cripta, donde la impureza del aire hacía enrojecer más que brillar nuestras antorchas. En lo más apartado de la cripta descubriáse otra menos espaciosa. En sus paredes habían sido alineados restos humanos de los que se amontonaban en la cueva de encima de nosotros, tal como en las grandes catacumbas de París.

Tres lados de aquella cripta interior estaban también adornados del mismo modo. Del cuarto habían sido retirados los huesos y yacían esparcidos por el suelo, formando en un rincón un montón de cierta altura. Dentro de la pared, que había quedado así descubierta por el desprendimiento de los huesos, veíase todavía otro recinto interior, de unos cuatro pies de profundidad y tres de anchura, y con una altura de seis o siete. No parecía haber sido construido para un uso determinado, sino que formaba sencillamente un hueco entre dos de los enormes pilares que servían de apoyo a la bóveda de las catacumbas, y se apoyaba en una de las paredes de granito macizo que las circundaban.

En vano, Fortunato, levantando su antorcha casi consumida, trataba de penetrar la profundidad de aquel recinto. La débil luz nos impedía distinguir el fondo.

-Adelántese -le dije-. Ahí está el amontillado. Si aquí estuviera Luchesi...

-Es un ignorante -interrumpió mi amigo, avanzando con inseguro paso y seguido inmediatamente por mí.

En un momento llegó al fondo del nicho, y, al hallar interrumpido su paso por la roca, se detuvo atónito y perplejo. Un momento después había yo conseguido encadenarlo al granito. Había en su superficie dos argollas de hierro, separadas horizontalmente una de otra por unos dos pies. Rodear su cintura con los eslabones, para sujetarlo, fue cuestión de

pocos segundos. Estaba demasiado aturdido para ofrecerme resistencia. Saqué la llave y retrocedí, saliendo del recinto.

-Pase usted la mano por la pared -le dije-, y no podrá menos que sentir el salitre. Está, en efecto, muy húmeda. Permítame que le ruegue que regrese. ¿No? Entonces, no me queda más remedio que abandonarlo; pero debo antes prestarle algunos cuidados que están en mi mano.

-¡El amontillado! -exclamó mi amigo, que no había salido aún de su asombro.

-Cierto -repliqué-, el amontillado.

Y diciendo estas palabras, me ataré en aquel montón de huesos a que antes he aludido. Apartándolos a un lado no tardé en dejar al descubierto cierta cantidad de piedra de construcción y mortero. Con estos materiales y la ayuda de mi paleta, empecé activamente a tapar la entrada del nicho. Apenas había colocado al primer trozo de mi obra de albañilería, cuando me di cuenta de que la embriaguez de Fortunato se había disipado en gran parte. El primer indicio que tuve de ello fue un gemido apagado que salió de la profundidad del recinto. No era ya el grito de un hombre embriagado. Se produjo luego un largo y obstinado silencio. Encima de la primera hilada coloqué la segunda, la tercera y la cuarta. Y oí entonces las furiosas sacudidas de la cadena. El ruido se prolongó unos minutos, durante los cuales, para deleitarme con él, interrumpí mi tarea y me senté en cuclillas sobre los huesos. Cuando se apaciguó, por fin, aquel rechinamiento, cogí de nuevo la paleta y acabé sin interrupción las quinta, sexta y séptima hiladas. La pared se hallaba entonces a la altura de mi pecho. De nuevo me detuve, y, levantando la antorcha por encima de la obra que había ejecutado, dirigí la luz sobre la figura que se hallaba en el interior.

Una serie de fuertes y agudos gritos salió de repente de la garganta del hombre encadenado, como si quisiera rechazarme con violencia hacia atrás.

Durante un momento vacilé y me estremecí. Saqué mi espada y empecé a tirar estocadas por el interior del nicho. Pero un momento de reflexión bastó para tranquilizarme. Puse la mano sobre la maciza pared de piedra y respiré satisfecho. Volví a acercarme a la pared, y contesté entonces a los gritos de quien clamaba. Los repetí, los acompañé y los vencí en extensión y fuerza. Así lo hice, y el que gritaba acabó por callarse.

Ya era medianoche, y llegaba a su término mi trabajo. Había dado fin a las octava, novena y décima hiladas. Había terminado casi la totalidad de la oncena, y quedaba tan sólo una piedra que colocar y revocar. Tenía que luchar con su peso. Sólo parcialmente se colocaba en la posición necesaria. Pero entonces salió del nicho una risa ahogada, que me puso los pelos de punta. Se emitía con una voz tan triste, que con dificultad la identifiqué con la del noble Fortunato. La voz decía:

-¡Ja, ja, ja! ¡Je, je, je! ¡Buena broma, amigo, buena broma! ¡Lo que nos reiremos luego en el palazzo, ¡je, je, je!, a propósito de nuestro vino! ¡Je, je, je!

-El amontillado -dije.

-¡Je, je, je! Sí, el amontillado. Pero, ¿no se nos hace tarde? ¿No estarán esperándonos en el palazzo Lady Fortunato y los demás? Vámonos.

-Sí -dije-; vámonos ya.

-¡Por el amor de Dios, Montresor!

-Sí -dije-; por el amor de Dios.

En vano me esforcé en obtener respuesta a aquellas palabras. Me impacienté y llamé en alta voz:

-¡Fortunato!

No hubo respuesta, y volví a llamar.

-¡Fortunato!

Tampoco me contestaron. Introduje una antorcha por el orificio que quedaba y la dejé caer en el interior. Me contestó sólo un cascabeleo. Sentía una presión en el corazón, sin duda causada por la humedad de las catacumbas. Me apresuré a terminar mi trabajo. Con muchos esfuerzos coloqué en su sitio la última piedra y la cubrí con argamasa. Volví a levantar la antigua muralla de huesos contra la nueva pared. Durante medio siglo, nadie los ha tocado.

*In pace requiescat!*

## VI. Berenice

---

La desdicha es diversa. La desgracia cunde multiforme sobre la tierra. Desplegada sobre el ancho horizonte como el arco iris, sus colores son tan variados como los de éste y también tan distintos y tan íntimamente unidos. ¡Desplegada sobre el ancho horizonte como el arco iris! ¿Cómo es que de la belleza he derivado un tipo de fealdad; de la alianza y la paz, un símil del dolor? Pero así como en la ética el mal es una consecuencia del bien, así, en realidad, de la alegría nace la pena. O la memoria de la pasada beatitud es la angustia de hoy, o las agonías que son se originan en los éxtasis que pudieron haber sido.

Mi nombre de pila es Egeaus; no mencionaré mi apellido. Sin embargo, no hay en mi país torres más venerables que mi melancólica y gris heredad. Nuestro linaje ha sido llamado raza de visionarios, y en muchos detalles sorprendentes, en el carácter de la mansión familiar en los frescos del salón principal, en las colgaduras de los dormitorios, en los relieves de algunos pilares de la sala de armas, pero especialmente en la galería de cuadros antiguos, en el estilo de la biblioteca y, por último, en la peculiarísima naturaleza de sus libros, hay elementos más que suficientes para justificar esta creencia.

Los recuerdos de mis primeros años se relacionan con este aposento y con sus volúmenes, de los cuales no volveré a hablar. Allí murió mi madre. Allí nací yo. Pero es simplemente ocioso decir que no había vivido antes, que el alma no tiene una existencia previa. ¿Lo negáis? No discutiremos el punto. Yo estoy convencido, pero no trato de convencer. Hay, sin embargo, un recuerdo de formas aéreas, de ojos espirituales y expresivos, de sonidos musicales, aunque tristes, un recuerdo que no será excluido, una memoria como una sombra, vaga, variable, indefinida, insegura, y como una sombra también en la imposibilidad de librarme de ella mientras brille el sol de mi razón.

En ese aposento nací. Al despertar de improviso de la larga noche de eso que parecía, sin serlo, la no-existencia, a regiones de hadas, a un palacio de imaginación, a los extraños dominios del pensamiento y la erudición monásticos, no es raro que mirara a mi alrededor con ojos asombrados y ardientes, que malgastara mi infancia entre libros y disipara mi juventud en ensoñaciones; pero sí es raro que transcurrieran los años y el cenit de la virilidad me encontrara aún en la mansión de mis padres; sí, es asombrosa la paralización que subyugó las fuentes de mi vida, asombrosa la inversión total que se produjo en el carácter de mis pensamientos más comunes. Las realidades terrenales me afectaban como visiones, y sólo como visiones, mientras las extrañas ideas del mundo de los sueños se

tornaron, en cambio, no en pasto de mi existencia cotidiana, sino realmente en mi sola y entera existencia.

Berenice y yo éramos primos y crecimos juntos en la heredad paterna. Pero crecimos de distinta manera: yo, enfermizo, envuelto en melancolía; ella, ágil, graciosa, desbordante de fuerzas; suyos eran los paseos por la colina; míos, los estudios del claustro; yo, viviendo encerrado en mí mismo y entregado en cuerpo y alma a la intensa y penosa meditación; ella, vagando despreocupadamente por la vida, sin pensar en las sombras del camino o en la huida silenciosa de las horas de alas negras. ¡Berenice! Invoco su nombre... ¡Berenice! Y de las grises ruinas de la memoria mil tumultuosos recuerdos se conmueven a este sonido. ¡Ah, vívida acude ahora su imagen ante mí, como en los primeros días de su alegría y de su dicha! ¡Ah, espléndida y, sin embargo, fantástica belleza! ¡Oh sílfide entre los arbustos de Arnheim! ¡Oh náyade entre sus fuentes! Y entonces, entonces todo es misterio y terror, y una historia que no debe ser relatada. La enfermedad -una enfermedad fatal- cayó sobre ella como el simún, y mientras yo la observaba, el espíritu de la transformación la arrasó, penetrando en su mente, en sus hábitos y en su carácter, y de la manera más sutil y terrible llegó a perturbar su identidad. ¡Ay! El destructor iba y venía, y la víctima, ¿dónde estaba? Yo no la conocía o, por lo menos, ya no la reconocía como Berenice.

Entre la numerosa serie de enfermedades provocadas por la primera y fatal, que ocasionó una revolución tan horrible en el ser moral y físico de mi prima, debe mencionarse como la más afligente y obstinada una especie de epilepsia que terminaba no rara vez en catalepsia, estado muy semejante a la disolución efectiva y de la cual su manera de recobrase era, en muchos casos, brusca y repentina. Entretanto, mi propia enfermedad -pues me han dicho que no debo darle otro nombre-, mi propia enfermedad, digo, crecía rápidamente, asumiendo, por último, un carácter monomaniaco de una especie nueva y extraordinaria, que ganaba cada vez más vigor y, al fin, obtuvo sobre mí un incomprensible ascendiente. Esta monomanía, si así debo llamarla, consistía en una irritabilidad morbosa de esas propiedades de la mente que la ciencia psicológica designa con la palabra atención. Es más que probable que no se me entienda; pero temo, en verdad, que no haya manera posible de proporcionar a la inteligencia del lector corriente una idea adecuada de esa nerviosa intensidad del interés con que en mi caso las facultades de meditación (por no emplear términos técnicos) actuaban y se sumían en la contemplación de los objetos del universo, aun de los más comunes.

Reflexionar largas horas, infatigable, con la atención clavada en alguna nota trivial, al margen de un libro o en su tipografía; pasar la mayor parte de un día de verano absorto en una sombra extraña que caía oblicuamente sobre el tapiz o sobre la puerta; perderme durante toda una noche en la observación de la tranquila llama de una lámpara o los rescoldos del fuego; soñar días enteros con el perfume de una flor; repetir monótonamente alguna palabra común hasta que el sonido, por obra de la frecuente repetición, dejaba de suscitar idea alguna en la mente; perder todo sentido de movimiento o de existencia física gracias a una absoluta y obstinada quietud, largo tiempo prolongada; tales eran algunas de las extravagancias más comunes y menos perniciosas provocadas por un estado de las facultades mentales, no único, por cierto, pero sí capaz de desafiar todo análisis o explicación.



Mas no se me entienda mal. La excesiva, intensa y mórbida atención así excitada por objetos triviales en sí mismos no debe confundirse con la tendencia a la meditación, común a todos los hombres, y que se da especialmente en las personas de imaginación ardiente. Tampoco era, como pudo suponerse al principio, un estado agudo o una exageración de esa tendencia, sino primaria y esencialmente distinta, diferente. En un caso, el soñador o el fanático, interesado en un objeto habitualmente no trivial, lo pierde de vista poco a poco en una multitud de deducciones y sugerencias que de él proceden, hasta que, al final de un ensueño colmado a menudo de voluptuosidad, el *incitamentum* o primera causa de sus meditaciones desaparece en un completo olvido. En mi caso, el objeto primario era invariablemente trivial, aunque asumiera, a través del intermedio de mi visión perturbada, una importancia refleja, irreal. Pocas deducciones, si es que aparecía alguna, surgían, y esas pocas retornaban tercamente al objeto original como a su centro. Las meditaciones nunca eran placenteras, y al cabo del ensueño, la primera causa, lejos de estar fuera de vista, había alcanzado ese interés sobrenaturalmente exagerado que constituía el rasgo dominante del mal. En una palabra: las facultades mentales más ejercidas en mi caso eran, como ya lo he dicho, las de la atención, mientras en el soñador son las de la especulación.

Mis libros, en esa época, si no servían en realidad para irritar el trastorno, participaban ampliamente, como se comprenderá, por su naturaleza imaginativa e inconexa, de las características peculiares del trastorno mismo. Puedo recordar, entre otros, el tratado del noble italiano Coelius Secundus Curio *De Amplitudine Beati Regni dei*, la gran obra de San Agustín *La ciudad de Dios*, y la de Tertuliano, *De Carne Christi*, cuya paradójica sentencia: *Mortuus est Dei filius; credibili est quia ineptum est: et sepultus resurrexit; certum est quia impossibili est*, ocupó mi tiempo íntegro durante muchas semanas de laboriosa e inútil investigación.

Se verá, pues, que, arrancada de su equilibrio sólo por cosas triviales, mi razón semejaba a ese risco marino del cual habla Ptolomeo Hefestión, que resistía firme los ataques de la violencia humana y la feroz furia de las aguas y los vientos, pero temblaba al contacto de la flor llamada asfódelo. Y aunque para un observador descuidado pueda parecer fuera de duda que la alteración producida en la condición moral de Berenice por su desventurada enfermedad me brindaría muchos objetos para el ejercicio de esa intensa y anormal meditación, cuya naturaleza me ha costado cierto trabajo explicar, en modo alguno era éste el caso. En los intervalos lúcidos de mi mal, su calamidad me daba pena, y, muy conmovido por la ruina total de su hermosa y dulce vida, no dejaba de meditar con frecuencia, amargamente, en los prodigiosos medios por los cuales había llegado a producirse una revolución tan súbita y extraña. Pero estas reflexiones no participaban de la idiosincrasia de mi enfermedad, y eran semejantes a las que, en similares circunstancias, podían presentarse en el común de los hombres. Fiel a su propio carácter, mi trastorno se gozaba en los cambios menos importantes, pero más llamativos, operados en la constitución física de Berenice, en la singular y espantosa distorsión de su identidad personal.

En los días más brillantes de su belleza incomparable, seguramente no la amé. En la extraña anomalía de mi existencia, los sentimientos en mí nunca venían del corazón, y las pasiones siempre venían de la inteligencia. A través del alba gris, en las sombras entrelazadas del bosque a mediodía y en el silencio de mi biblioteca por la noche, su imagen había flotado ante mis ojos y yo la había visto, no como una Berenice viva, palpitante, sino como la

Berenice de un sueño; no como una moradora de la tierra, terrenal, sino como su abstracción; no como una cosa para admirar, sino para analizar; no como un objeto de amor, sino como el tema de una especulación tan abstrusa cuanto inconexa. Y ahora, ahora temblaba en su presencia y palidecía cuando se acercaba; sin embargo, lamentando amargamente su decadencia y su ruina, recordé que me había amado largo tiempo, y, en un mal momento, le hablé de matrimonio.

Y al fin se acercaba la fecha de nuestras nupcias cuando, una tarde de invierno -en uno de estos días intempestivamente cálidos, serenos y brumosos que son la nodriza de la hermosa Alción-, me senté, creyéndome solo, en el gabinete interior de la biblioteca. Pero alzando los ojos vi, ante mí, a Berenice.

¿Fue mi imaginación excitada, la influencia de la atmósfera brumosa, la luz incierta, crepuscular del aposento, o los grises vestidos que envolvían su figura, los que le dieron un contorno tan vacilante e indefinido? No sabría decirlo. No profirió una palabra y yo por nada del mundo hubiera sido capaz de pronunciar una sílaba. Un escalofrío helado recorrió mi cuerpo; me oprimió una sensación de intolerable ansiedad; una curiosidad devoradora invadió mi alma y, reclinándome en el asiento, permanecí un instante sin respirar, inmóvil, con los ojos clavados en su persona. ¡Ay! Su delgadez era excesiva, y ni un vestigio del ser primitivo asomaba en una sola línea del contorno. Mis ardorosas miradas cayeron, por fin, en su rostro.

La frente era alta, muy pálida, singularmente plácida; y el que en un tiempo fuera cabello de azabache caía parcialmente sobre ella sombreando las hundidas sienas con innumerables rizos, ahora de un rubio reluciente, que por su matiz fantástico discordaban por completo con la melancolía dominante de su rostro. Sus ojos no tenían vida ni brillo y parecían sin pupilas, y esquivé involuntariamente su mirada vidriosa para contemplar los labios, finos y contraídos. Se entreabrieron, y en una sonrisa de expresión peculiar los dientes de la cambiada Berenice se revelaron lentamente a mis ojos. ¡Ojalá nunca los hubiera visto o, después de verlos, hubiese muerto!

El golpe de una puerta al cerrarse me distrajo y, alzando la vista, vi que mi prima había salido del aposento. Pero del desordenado aposento de mi mente, ¡ay!, no había salido ni se apartaría el blanco y horrible espectro de los dientes. Ni un punto en su superficie, ni una sombra en el esmalte, ni una melladura en el borde hubo en esa pasajera sonrisa que no se grabara a fuego en mi memoria. Los vi entonces con más claridad que un momento antes. ¡Los dientes! ¡Los dientes! Estaban aquí y allí y en todas partes, visibles y palpables, ante mí; largos, estrechos, blanquísimos, con los pálidos labios contrayéndose a su alrededor, como en el momento mismo en que habían empezado a distenderse. Entonces sobrevino toda la furia de mi monomanía y luché en vano contra su extraña e irresistible influencia. Entre los múltiples objetos del mundo exterior no tenía pensamientos sino para los dientes. Los ansiaba con un deseo frenético. Todos los otros asuntos y todos los diferentes intereses se absorbieron en una sola contemplación. Ellos, ellos eran los únicos presentes a mi mirada mental, y en su insustituible individualidad llegaron a ser la esencia de mi vida intelectual. Los observé a todas las luces. Les hice adoptar todas las actitudes. Examiné sus características. Estudié sus peculiaridades. Medité sobre su conformación. Reflexioné sobre el cambio de su naturaleza. Me estremecía al asignarles en imaginación un poder sensible y

consciente, y aun, sin la ayuda de los labios, una capacidad de expresión moral. Se ha dicho bien de mademoiselle Sallé que *tous ses pas étaient des sentiments*, y de Berenice yo creía con la mayor seriedad que *toutes ses dents étaient des idées*. *Des idées!* ¡Ah, éste fue el insensato pensamiento que me destruyó! *Des idées!* ¡Ah, por eso era que los codiciaba tan locamente! Sentí que sólo su posesión podía devolverme la paz, restituyéndome a la razón.

Y la tarde cayó sobre mí, y vino la oscuridad, duró y se fue, y amaneció el nuevo día, y las brumas de una segunda noche se acumularon y yo seguía inmóvil, sentado en aquel aposento solitario; y seguí sumido en la meditación, y el fantasma de los dientes mantenía su terrible ascendiente como si, con la claridad más viva y más espantosa, flotara entre las cambiantes luces y sombras del recinto. Al fin, irrumpió en mis sueños un grito como de horror y consternación, y luego, tras una pausa, el sonido de turbadas voces, mezcladas con sordos lamentos de dolor y pena. Me levanté de mi asiento y, abriendo de par en par una de las puertas de la biblioteca, vi en la antecámara a una criada deshecha en lágrimas, quien me dijo que Berenice ya no existía. Había tenido un acceso de epilepsia por la mañana temprano, y ahora, al caer la noche, la tumba estaba dispuesta para su ocupante y terminados los preparativos del entierro.

Me encontré sentado en la biblioteca y de nuevo solo. Me parecía que acababa de despertar de un sueño confuso y excitante. Sabía que era medianoche y que desde la puesta del sol Berenice estaba enterrada. Pero del melancólico periodo intermedio no tenía conocimiento real o, por lo menos, definido. Sin embargo, su recuerdo estaba repleto de horror, horror más horrible por lo vago, terror más terrible por su ambigüedad. Era una página atroz en la historia de mi existencia, escrita toda con recuerdos oscuros, espantosos, ininteligibles. Luché por descifrarlos, pero en vano, mientras una y otra vez, como el espíritu de un sonido ausente, un agudo y penetrante grito de mujer parecía sonar en mis oídos. Yo había hecho algo. ¿Qué era? Me lo pregunté a mí mismo en voz alta, y los susurrantes ecos del aposento me respondieron: ¿Qué era?

En la mesa, a mi lado, ardía una lámpara, y había junto a ella una cajita. No tenía nada de notable, y la había visto a menudo, pues era propiedad del médico de la familia. Pero, ¿cómo había llegado allí, a mi mesa, y por qué me estremecí al mirarla? Eran cosas que no merecían ser tenidas en cuenta, y mis ojos cayeron, al fin, en las abiertas páginas de un libro y en una frase subrayaba: *Dicebant mihi sodales si sepulchrum amicae visitarem, curas meas aliquantulum fore levatas*. ¿Por qué, pues, al leerlas se me erizaron los cabellos y la sangre se congeló en mis venas?

Entonces sonó un ligero golpe en la puerta de la biblioteca; pálido como un habitante de la tumba, entró un criado de puntillas. Había en sus ojos un violento terror y me habló con voz trémula, ronca, ahogada. ¿Qué dijo? Oí algunas frases entrecortadas. Hablaba de un salvaje grito que había turbado el silencio de la noche, de la servidumbre reunida para buscar el origen del sonido, y su voz cobró un tono espeluznante, nítido, cuando me habló, susurrando, de una tumba violada, de un cadáver desfigurado, sin mortaja y que aún respiraba, aún palpitaba, aún vivía.

Señaló mis ropas: estaban manchadas de barro, de sangre coagulada. No dije nada; me tomó suavemente la mano: tenía manchas de uñas humanas. Dirigió mi atención a un objeto

que había contra la pared; lo miré durante unos minutos: era una pala. Con un alarido salté hasta la mesa y me apoderé de la caja. Pero no pude abrirla, y en mi temblor se me deslizó de la mano, y cayó pesadamente, y se hizo añicos; y de entre ellos, entrechocándose, rodaron algunos instrumentos de cirugía dental, mezclados con treinta y dos objetos pequeños, blancos, marfilinos, que se desparramaron por el piso.

## VII. La carta robada

---

Me hallaba en París en el otoño de 18... Una noche, después de una tarde ventosa, gozaba del doble placer de la meditación y de una pipa de espuma de mar, en compañía de mi amigo C. Auguste Dupin, en su pequeña biblioteca o gabinete de estudios del n.º 33, *rue Dunot, au troisième, Faubourg Saint-Germain*. Llevábamos más de una hora en profundo silencio, y cualquier observador casual nos hubiera creído exclusiva y profundamente dedicados a estudiar las onduladas capas de humo que llenaban la atmósfera de la sala. Por mi parte, me había entregado a la discusión mental de ciertos tópicos sobre los cuales habíamos departido al comienzo de la velada; me refiero al caso de la rue Morgue y al misterio del asesinato de Marie Rogêt. No dejé de pensar, pues, en una coincidencia, cuando vi abrirse la puerta para dejar paso a nuestro viejo conocido G..., el prefecto de la policía de París.

Lo recibimos cordialmente, pues en aquel hombre había tanto de despreciable como de divertido, y llevábamos varios años sin verlo. Como habíamos estado sentados en la oscuridad, Dupin se levantó para encender una lámpara, pero volvió a su asiento sin hacerlo cuando G... nos hizo saber que venía a consultarnos, o, mejor dicho, a pedir la opinión de mi amigo sobre cierto asunto oficial que lo preocupaba grandemente.

-Si se trata de algo que requiere reflexión -observó Dupin, absteniéndose de dar fuego a la mecha- será mejor examinarlo en la oscuridad.

-He aquí una de sus ideas raras -dijo el prefecto, para quien todo lo que excedía su comprensión era «raro», por lo cual vivía rodeado de una verdadera legión de «rarezas».

-Muy cierto -repuso Dupin, entregando una pipa a nuestro visitante y ofreciéndole un confortable asiento.

-¿Y cuál es la dificultad? -pregunté-. Espero que no sea otro asesinato.

-¡Oh, no, nada de eso! Por cierto que es un asunto muy sencillo y no dudo de que podremos resolverlo perfectamente bien por nuestra cuenta; de todos modos pensé que a Dupin le gustaría conocer los detalles, puesto que es un caso muy *raro*.

-Sencillo y raro -dijo Dupin.

-Justamente. Pero tampoco es completamente eso. A decir verdad, todos estamos bastante confundidos, ya que la cosa es sencillísima y, sin embargo, nos deja perplejos.

-Quizá lo que los induce a error sea precisamente la sencillez del asunto -observó mi amigo.

-¡Qué absurdos dice usted! -repuso el prefecto, riendo a carcajadas.

-Quizá el misterio es un poco *demasiado* sencillo -dijo Dupin.

-¡Oh, Dios mío! ¿Cómo se le puede ocurrir semejante idea?

-Un poco *demasiado* evidente.

-¡Ja, ja! ¡Oh, oh! -reía el prefecto, divertido hasta más no poder-. Dupin, usted acabará por hacerme morir de risa.

-Veamos, ¿de qué se trata? -pregunté.

-Pues bien, voy a decírselo -repuso el prefecto, aspirando profundamente una bocanada de humo e instalándose en un sillón-. Puedo explicarlo en pocas palabras, pero antes debo advertirles que el asunto exige el mayor secreto, pues si se supiera que lo he confiado a otras personas podría costarme mi actual posición.

-Hable usted -dije.

-O no hable -dijo Dupin.

-Está bien. He sido informado personalmente, por alguien que ocupa un altísimo puesto, de que cierto documento de la mayor importancia ha sido robado en las cámaras reales. Se sabe quién es la persona que lo ha robado, pues fue vista cuando se apoderaba de él. También se sabe que el documento continúa en su poder.

-¿Cómo se sabe eso? -preguntó Dupin.

-Se deduce claramente -repuso el prefecto- de la naturaleza del documento y de que no se hayan producido ciertas consecuencias que tendrían lugar inmediatamente después que aquél pasara a *otras* manos; vale decir, en caso de que fuera empleado en la forma en que el ladrón ha de pretender hacerlo al final.

-Sea un poco más explícito -dije.

-Pues bien, puedo afirmar que dicho papel da a su poseedor cierto poder en cierto lugar donde dicho poder es inmensamente valioso.

El prefecto estaba encantado de su jerga diplomática.

-Pues sigo sin entender nada -dijo Dupin.

-¿No? Veamos: la presentación del documento a una tercera persona que no nombraremos pondría sobre el tapete el honor de un personaje de las más altas esferas y ello da al poseedor del documento un dominio sobre el ilustre personaje cuyo honor y tranquilidad se ven de tal modo amenazados.

-Pero ese dominio -interrumpí- dependerá de que el ladrón supiera que dicho personaje lo conoce como tal. ¿Y quién osaría...?

-El ladrón -dijo G...- es el ministro D..., que se atreve a todo, tanto en lo que es digno como lo que es indigno de un hombre. La forma en que cometió el robo es tan ingeniosa como audaz. El documento en cuestión -una carta, para ser francos- fue recibido por la persona robada mientras se hallaba a solas en el *boudoir* real. Mientras la leía, se vio repentinamente interrumpida por la entrada de la otra eminente persona, a la cual la primera deseaba ocultar especialmente la carta. Después de una apresurada y vana tentativa de esconderla en un cajón, debió dejarla, abierta como estaba, sobre una mesa. Como el sobrescrito había quedado hacia arriba y no se veía el contenido, la carta podía pasar sin ser vista. Pero en ese momento aparece el ministro D... Sus ojos de lince perciben inmediatamente el papel, reconoce la escritura del sobrescrito, observa la confusión de la persona en cuestión y adivina su secreto. Luego de tratar algunos asuntos en la forma expeditiva que le es usual, extrae una carta parecida a la que nos ocupa, la abre, finge leerla y la coloca luego exactamente al lado de la otra. Vuelve entonces a departir sobre las cuestiones públicas durante un cuarto de hora. Se levanta, finalmente, y, al despedirse, toma la carta que no le pertenece. La persona robada ve la maniobra, pero no se atreve a llamarle la atención en presencia de la tercera, que no se mueve de su lado. El ministro se marcha, dejando sobre la mesa la otra carta sin importancia.

-Pues bien -dijo Dupin, dirigiéndose a mí-, ahí tiene usted lo que se requería para que el dominio del ladrón fuera completo: éste sabe que la persona robada lo conoce como el ladrón.

-En efecto -dijo el prefecto-, y el poder así obtenido ha sido usado en estos últimos meses para fines políticos, hasta un punto sumamente peligroso. La persona robada está cada vez más convencida de la necesidad de recobrar su carta. Pero, claro está, una cosa así no puede hacerse abiertamente. Por fin, arrastrada por la desesperación, dicha persona me ha encargado de la tarea.

-Para la cual -dijo Dupin, envuelto en un perfecto torbellino de humo- no podía haberse deseado, o siquiera imaginado, agente más sagaz.

-Me halaga usted -repuso el prefecto-, pero no es imposible que, en efecto, se tenga de mí tal opinión.

-Como hace usted notar -dije-, es evidente que la carta sigue en posesión del ministro, pues lo que le confiere su poder es dicha posesión y no su empleo. Apenas empleada la carta, el poder cesaría.

Muy cierto -convino G...-. Mis pesquisas se basan en esa convicción. Lo primero que hice fue registrar cuidadosamente la mansión del ministro, aunque la mayor dificultad residía en evitar que llegara a enterarse. Se me ha prevenido que, por sobre todo, debo impedir que sospeche nuestras intenciones, lo cual sería muy peligroso.

-Pero usted tiene todas las facilidades para ese tipo de investigaciones -dije-. No es la primera vez que la policía parisiense las practica.

-¡Oh, naturalmente! Por eso no me preocupé demasiado. Las costumbres del ministro me daban, además, una gran ventaja. Con frecuencia pasa la noche fuera de su casa. Los sirvientes no son muchos y duermen alejados de los aposentos de su amo; como casi todos son napolitanos, es muy fácil inducirlos a beber copiosamente. Bien saben ustedes que poseo llaves con las cuales puedo abrir cualquier habitación de París. Durante estos tres meses no ha pasado una noche sin que me dedicara personalmente a registrar la casa de D... Mi honor está en juego y, para confiarles un gran secreto, la recompensa prometida es enorme. Por eso no abandoné la búsqueda hasta no tener seguridad completa de que el ladrón es más astuto que yo. Estoy seguro de haber mirado en cada rincón posible de la casa donde la carta podría haber sido escondida.

-¿No sería posible -pregunté- que si bien la carta se halla en posesión del ministro, como parece incuestionable, éste la haya escondido en otra parte que en su casa?

-Es muy poco probable -dijo Dupin-. El especial giro de los asuntos actuales en la corte, y especialmente de las intrigas en las cuales se halla envuelto D..., exigen que el documento esté a mano y que pueda ser exhibido en cualquier momento; esto último es tan importante como el hecho mismo de su posesión.

-¿Que el documento pueda ser exhibido? -pregunte.

-Si lo prefiere, que pueda ser *destruido* -dijo Dupin.

-Pues bien -convine-, el papel tiene entonces que estar en la casa. Supongo que podemos descartar toda idea de que el ministro lo lleve consigo.

-Por supuesto -dijo el prefecto-. He mandado detenerlo dos veces por falsos salteadores de caminos y he visto personalmente cómo le registraban.

-Pudo usted ahorrarse esa molestia -dijo Dupin-. Supongo que D... no es completamente loco y que ha debido prever esos falsos asaltos como una consecuencia lógica.

-No es *completamente* loco -dijo G...-, pero es un poeta, lo que en mi opinión viene a ser más o menos lo mismo.



-Cierto -dijo Dupin, después de aspirar una profunda bocanada de su pipa de espuma de mar-, aunque, por mi parte, me confieso culpable de algunas malas rimas.

-¿Por qué no nos da detalles de su requisición? -pregunté.

-Pues bien; como disponíamos del tiempo necesario, buscamos *en todas partes*. Tengo una larga experiencia en estos casos. Revisé íntegramente la mansión, cuarto por cuarto, dedicando las noches de toda una semana a cada aposento. Primero examiné el mobiliario. Abrimos todos los cajones; supongo que no ignoran ustedes que, para un agente de policía bien adiestrado, no hay cajón *secreto* que pueda escapársele. En una búsqueda de esta especie, el hombre que deja sin ver un cajón secreto es un imbécil. ¡Son tan *evidentes!* En cada mueble hay una cierta masa, un cierto espacio que debe ser explicado. Para eso tenemos reglas muy precisas. No se nos escaparía ni la quincuagésima parte de una línea.

»Terminada la inspección de armarios pasamos a las sillas. Atravesamos los almohadones con esas largas y finas agujas que me han visto ustedes emplear. Levantamos las tablas de las mesas.»

-¿Porqué?

-Con frecuencia, la persona que desea esconder algo levanta la tapa de una mesa o de un mueble similar, hace un orificio en cada una de las patas, esconde el objeto en cuestión y vuelve a poner la tabla en su sitio. Lo mismo suele hacerse en las cabeceras y postes de las camas.

-Pero, ¿no puede localizarse la cavidad por el sonido? -pregunté.

-De ninguna manera si, luego de haberse depositado el objeto, se lo rodea con una capa de algodón. Además, en este caso estábamos forzados a proceder sin hacer ruido.

-Pero es imposible que hayan ustedes revisado y desarmado todos los muebles donde pudo ser escondida la carta en la forma que menciona. Una carta puede ser reducida a un delgadísimo rollo, casi igual en volumen al de una aguja larga de tejer, y en esa forma se la puede insertar, por ejemplo, en el travesaño de una silla. ¿Supongo que no desarmaron todas las sillas?

-Por supuesto que no, pero hicimos algo mejor: examinamos los travesaños de todas las sillas de la casa y las juntas de todos los muebles con ayuda de un poderoso microscopio. Si hubiera habido la menor señal de un reciente cambio, no habríamos dejado de advertirlo instantáneamente. Un simple grano de polvo producido por un barreno nos hubiera saltado a los ojos como si fuera una manzana. La menor diferencia en la encoladura, la más mínima apertura en los ensamblajes, hubiera bastado para orientarnos.

-Supongo que miraron en los espejos, entre los marcos y el cristal, y que examinaron las camas y la ropa de la cama, así como los cortinados y alfombras.

-Naturalmente, y luego que hubimos revisado todo el moblaje en la misma forma minuciosa, pasamos a la casa misma. Dividimos su superficie en compartimentos que numeramos, a fin de que no se nos escapara ninguno; luego escrutamos cada pulgada cuadrada, incluyendo las dos casas adyacentes, siempre ayudados por el microscopio.

-¿Las dos casas adyacentes? -exclamé-. ¡Habrán tenido toda clase de dificultades!

-Sí. Pero la recompensa ofrecida es enorme.

-¿Incluían ustedes el terreno contiguo a las casas?

-Dicho terreno está pavimentado con ladrillos. No nos dio demasiado trabajo comparativamente, pues examinamos el musgo entre los ladrillos y lo encontramos intacto.

-¿Miraron entre los papeles de D..., naturalmente, y en los libros de la biblioteca?

-Claro está. Abrimos todos los paquetes, y no sólo examinamos cada libro, sino que lo hojamos cuidadosamente, sin conformarnos con una mera sacudida, como suelen hacerlo nuestros oficiales de policía. Medimos asimismo el espesor de cada encuadernación, escrutándola luego de la manera más detallada con el microscopio. Si se hubiera insertado un papel en una de esas encuadernaciones, resultaría imposible que pasara inadvertido. Cinco o seis volúmenes que salían de manos del encuadernador fueron probados longitudinalmente con las agujas.

-¿Exploraron los pisos debajo de las alfombras?

-Sin duda. Levantamos todas las alfombras y examinamos las planchas con el microscopio.

-¿Y el papel de las paredes?

-Lo mismo.

-¿Miraron en los sótanos?

-Miramos.

-Pues entonces -declaré- se ha equivocado usted en sus cálculos y la carta *no está* en la casa del ministro.

-Me temo que tenga razón -dijo el prefecto-. Pues bien, Dupin, ¿qué me aconseja usted?

-Revisar de nuevo completamente la casa.

-¡Pero es inútil! -replicó G...-. Tan seguro estoy de que respiro como de que la carta no está en la casa.

-No tengo mejor consejo que darle -dijo Dupin-. Supongo que posee usted una descripción precisa de la carta.

-¡Oh, sí!

Luego de extraer una libreta, el prefecto procedió a leernos una minuciosa descripción del aspecto interior de la carta, y especialmente del exterior. Poco después de terminar su lectura se despidió de nosotros, desanimado como jamás lo había visto antes.

Un mes más tarde nos hizo otra visita y nos encontró ocupados casi en la misma forma que la primera vez. Tomó posesión de una pipa y un sillón y se puso a charlar de cosas triviales. Al cabo de un rato le dije:

-Veamos, G..., ¿qué pasó con la carta robada? Supongo que, por lo menos, se habrá convencido de que no es cosa fácil sobrepujar en astucia al ministro.

-¡El diablo se lo lleve! Volví a revisar su casa, como me lo había aconsejado Dupin, pero fue tiempo perdido. Ya lo sabía yo de antemano.

-¿A cuánto dijo usted que ascendía la recompensa ofrecida? -preguntó Dupin.

-Pues... a mucho dinero... muchísimo. No quiero decir exactamente cuánto, pero eso sí, afirmo que estaría dispuesto a firmar un cheque por cincuenta mil francos a cualquiera que me consiguiese esa carta. El asunto va adquiriendo día a día más importancia, y la recompensa ha sido recientemente doblada. Pero, aunque ofrecieran tres veces esa suma, no podría hacer más de lo que he hecho.

-Pues... la verdad... -dijo Dupin, arrastrando las palabras entre bocanadas de humo-, me parece a mí, G..., que usted no ha hecho... todo lo que podía hacerse. ¿No cree que... aún podría hacer algo más, eh?

-¿Cómo? ¿En qué sentido?

-Pues... puf... podría usted... puf, puf... pedir consejo en este asunto... puf, puf, puf... ¿Se acuerda de la historia que cuentan de Abernethy?

-No. ¡Al diablo con Abernethy!

-De acuerdo. ¡Al diablo, pero bienvenido! Érase una vez cierto avaro que tuvo la idea de obtener gratis el consejo médico de Abernethy. Aprovechó una reunión y una conversación corrientes para explicar un caso personal como si se tratara del de otra persona. «Supongamos que los síntomas del enfermo son tales y cuales -dijo-. Ahora bien, doctor: ¿qué le aconsejaría usted hacer?» «Lo que yo le aconsejaría -repuso Abernethy- es que consultara a un médico.»

-¡Vamos! -exclamó el prefecto, bastante desconcertado-. Estoy plenamente dispuesto a pedir consejo y a pagar por él. De verdad, daría cincuenta mil francos a quienquiera me ayudara en este asunto.

-En ese caso -replicó Dupin, abriendo un cajón y sacando una libreta de cheques-, bien puede usted llenarme un cheque por la suma mencionada. Cuando lo haya firmado le entregaré la carta.

Me quedé estupefacto. En cuanto al prefecto, parecía fulminado. Durante algunos minutos fue incapaz de hablar y de moverse, mientras contemplaba a mi amigo con ojos que parecían salirse de las órbitas y con la boca abierta. Recobrándose un tanto, tomó una pluma y, después de varias pausas y abstraídas contemplaciones, llenó y firmó un cheque por cincuenta mil francos, extendiéndolo por encima de la mesa a Dupin. Éste lo examinó cuidadosamente y lo guardó en su cartera; luego, abriendo un escritorio, sacó una carta y la entregó al prefecto. Nuestro funcionario la tomó en una convulsión de alegría, la abrió con manos trémulas, lanzó una ojeada a su contenido y luego, lanzándose vacilante hacia la puerta, desapareció bruscamente del cuarto y de la casa, sin haber pronunciado una sílaba desde el momento en que Dupin le pidió que llenara el cheque.

Una vez que se hubo marchado, mi amigo consintió en darme algunas explicaciones.

-La policía parisiense es sumamente hábil a su manera -dijo-. Es perseverante, ingeniosa, astuta y muy versada en los conocimientos que sus deberes exigen. Así, cuando G... nos explicó su manera de registrar la mansión de D..., tuve plena confianza en que había cumplido una investigación satisfactoria, hasta donde podía alcanzar.

-¿Hasta donde podía alcanzar? -repetí.

-Sí -dijo Dupin-. Las medidas adoptadas no solamente eran las mejores en su género, sino que habían sido llevadas a la más absoluta perfección. Si la carta hubiera estado dentro del ámbito de su búsqueda, no cabe la menor duda de que los policías la hubieran encontrado.

Me eché a reír, pero Dupin parecía hablar muy en serio.

-Las medidas -continuó- eran excelentes en su género, y fueron bien ejecutadas; su defecto residía en que eran inaplicables al caso y al hombre en cuestión. Una cierta cantidad de recursos altamente ingeniosos constituyen para el prefecto una especie de lecho de Procusto, en el cual quiere meter a la fuerza sus designios. Continuamente se equivoca por ser demasiado profundo o demasiado superficial para el caso, y más de un colegial razonaría mejor que él. Conocí a uno que tenía ocho años y cuyos triunfos en el juego de «par e impar» atraían la admiración general. El juego es muy sencillo y se juega con bolitas. Uno de los contendientes oculta en la mano cierta cantidad de bolitas y pregunta al otro: «¿Par o impar?» Si éste adivina correctamente, gana una bolita; si se equivoca, pierde una. El niño de quien hablo ganaba todas las bolitas de la escuela. Naturalmente, tenía un método de adivinación que consistía en la simple observación y en el cálculo de la astucia de sus adversarios. Supongamos que uno de éstos sea un perfecto tonto y que, levantando la mano cerrada, le pregunta: «¿Par o impar?» Nuestro colegial responde: «Impar», y pierde,

pero a la segunda vez gana, por cuanto se ha dicho a sí mismo: «El tonto tenía pares la primera vez, y su astucia no va más allá de preparar impares para la segunda vez. Por lo tanto, diré impar.» Lo dice, y gana. Ahora bien, si le toca jugar con un tonto ligeramente superior al anterior, razonará en la siguiente forma: «Este muchacho sabe que la primera vez elegí impar, y en la segunda se le ocurrirá como primer impulso pasar de par a impar, pero entonces un nuevo impulso le sugerirá que la variación es demasiado sencilla, y finalmente se decidirá a poner bolitas pares como la primera vez. Por lo tanto, diré pares.» Así lo hace, y gana. Ahora bien, esta manera de razonar del colegial, a quien sus camaradas llaman «afortunado», ¿en qué consiste si se la analiza con cuidado?

-Consiste -repuse- en la identificación del intelecto del razonador con el de su oponente.

-Exactamente -dijo Dupin-. Cuando pregunté al muchacho de qué manera lograba esa *total* identificación en la cual residían sus triunfos, me contestó: «Si quiero averiguar si alguien es inteligente, o estúpido, o bueno, o malo, y saber cuáles son sus pensamientos en ese momento, adapto lo más posible la expresión de mi cara a la de la suya, y luego espero hasta ver qué pensamientos o sentimientos surgen en mi mente o en mi corazón, coincidentes con la expresión de mi cara.» Esta respuesta del colegial está en la base de toda la falsa profundidad atribuida a La Rochefoucauld, La Bruyère, Maquiavelo y Campanella.

-Si comprendo bien -dije- la identificación del intelecto del razonador con el de su oponente depende de la precisión con que se mida la inteligencia de este último.

-Depende de ello para sus resultados prácticos -replicó Dupin-, y el prefecto y sus cohortes fracasan con tanta frecuencia, primero por no lograr dicha identificación y segundo por medir mal -o, mejor dicho, por no medir- el intelecto con el cual se miden. Sólo tienen en cuenta sus *propias* ideas ingeniosas y, al buscar alguna cosa oculta, se fijan solamente en los métodos que *ellos* hubieran empleado para ocultarla. Tienen mucha razón en la medida en que su propio ingenio es fiel representante del de *la masa*; pero, cuando la astucia del malhechor posee un carácter distinto de la suya, aquél los derrota, como es natural. Esto ocurre siempre cuando se trata de una astucia superior a la suya y, muy frecuentemente, cuando está por debajo. Los policías no admiten variación de principio en sus investigaciones; a lo sumo, si se ven apurados por algún caso insólito, o movidos por una recompensa extraordinaria, extienden o exageran sus viejas modalidades rutinarias, pero sin tocar los principios. Por ejemplo, en este asunto de D..., ¿qué se ha hecho para modificar el principio de acción? ¿Qué son esas perforaciones, esos escrutinios con el microscopio, esa división de la superficie del edificio en pulgadas cuadradas numeradas? ¿Qué representan sino *la aplicación exagerada* del principio o la serie de principios que rigen una búsqueda, y que se basan a su vez en una serie de nociones sobre el ingenio humano, a las cuales se ha acostumbrado el prefecto en la prolongada rutina de su tarea? ¿No ha advertido que G... da por sentado que *todo* hombre esconde una carta, si no exactamente en un agujero practicado en la pata de una silla, por lo menos en algún agujero o rincón sugerido por la misma línea de pensamiento que inspira la idea de esconderla en un agujero hecho en la pata de una silla? Observe asimismo que esos escondrijos rebuscados sólo se utilizan en ocasiones ordinarias, y sólo serán elegidos por inteligencias igualmente ordinarias; vale decir que en todos los casos de ocultamiento cabe presumir, en primer término, que se lo ha efectuado

dentro de esas líneas; por lo tanto, su descubrimiento no depende en absoluto de la perspicacia, sino del cuidado, la paciencia y la obstinación de los buscadores; y si el caso es de importancia (o la recompensa magnífica, lo cual equivale a la misma cosa a los ojos de los policías), las cualidades aludidas no fracasan *jamás*. Comprenderá usted ahora lo que quiero decir cuando sostengo que si la carta robada hubiese estado escondida en cualquier parte dentro de los límites de la perquisición del prefecto (en otras palabras, si el principio rector de su ocultamiento hubiera estado comprendido dentro de los principios del prefecto) hubiera sido descubierta sin la más mínima duda. Pero nuestro funcionario ha sido mistificado por completo, y la remota fuente de su derrota yace en su suposición de que el ministro es un loco porque ha logrado renombre como poeta. Todos los locos son poetas en el pensamiento del prefecto, de donde cabe considerarlo culpable de un *non distributio medii* por inferir de lo anterior que todos los poetas son locos.

-¿Pero se trata realmente del poeta? -pregunté-. Sé que D... tiene un hermano, y que ambos han logrado reputación en el campo de las letras. Creo que el ministro ha escrito una obra notable sobre el cálculo diferencial. Es un matemático y no un poeta.

-Se equivoca usted. Lo conozco bien, y sé que es ambas cosas. Como poeta y matemático es capaz de razonar bien, en tanto que como mero matemático hubiera sido capaz de hacerlo y habría quedado a merced del prefecto.

-Me sorprenden esas opiniones -dije-, que el consenso universal contradice. Supongo que no pretende usted aniquilar nociones que tienen siglos de existencia sancionada. La razón matemática fue considerada siempre como la razón por excelencia.

-*Il y a à parier* -replicó Dupin, citando a Chamfort- *que toute idée publique, toute convention reçue est une sottise, car elle a convenu au plus grand nombre*. Le aseguro que los matemáticos han sido los primeros en difundir el error popular al cual alude usted, y que no por difundido deja de ser un error. Con arte digno de mejor causa han introducido, por ejemplo, el término «análisis» en las operaciones algebraicas. Los franceses son los causantes de este engaño, pero si un término tiene alguna importancia, si las palabras derivan su valor de su aplicación, entonces concedo que «análisis» abarca «álgebra», tanto como en latín *ambitus* implica «ambición»; *religio*, «religión», u *homines honesti*, la clase de las gentes honorables.

-Me temo que se malquiste usted con algunos de los algebristas de París. Pero continúe.

-Niego la validez y, por tanto, los resultados de una razón cultivada por cualquier procedimiento especial que no sea el lógico abstracto. Niego, en particular, la razón extraída del estudio matemático. Las matemáticas constituyen la ciencia de la forma y la cantidad; el razonamiento matemático es simplemente la lógica aplicada a la observación de la forma y la cantidad. El gran error está en suponer que incluso las verdades de lo que se denomina álgebra *pura* constituyen verdades abstractas o generales. Y este error es tan enorme que me asombra se lo haya aceptado universalmente. Los axiomas matemáticos *no son* axiomas de validez general. Lo que es cierto de la *relación* (de la forma y la cantidad) resulta con frecuencia erróneo aplicado, por ejemplo, a la moral. En esta última ciencia suele no ser cierto que el todo sea igual a la suma de las partes. También en química este

axioma no se cumple. En la consideración de los móviles falla igualmente, pues dos móviles de un valor dado no alcanzan necesariamente al sumarse un valor equivalente a la suma de sus valores. Hay muchas otras verdades matemáticas que sólo son tales dentro de los límites de la *relación*. Pero el matemático, llevado por el hábito, arguye, basándose en sus *verdades finitas*, como si tuvieran una aplicación general, cosa que por lo demás la gente acepta y cree. En su erudita *Mitología*, Bryant alude a una análoga fuente de error cuando señala que, «aunque no se cree en las fábulas paganas, solemos olvidarnos de ello y extraemos consecuencias como si fueran realidades existentes». Pero, para los algebristas, que son realmente paganos, las «fábulas paganas» constituyen materia de credulidad, y las inferencias que de ellas extraen no nacen de un descuido de la memoria sino de un inexplicable reblandecimiento mental. Para resumir: jamás he encontrado a un matemático en quien se pudiera confiar fuera de sus raíces y sus ecuaciones, o que no tuviera por artículo de fe que  $x^2+px$  es absoluta e incondicionalmente igual a  $q$ . Por vía de experimento, diga a uno de esos caballeros que, en su opinión, podrían darse casos en que  $x^2+px$  no fuera absolutamente igual a  $q$ ; pero, una vez que le haya hecho comprender lo que quiere decir, sálgase de su camino lo antes posible, porque es seguro que tratará de golpearlo.

»Lo que busco indicar -agregó Dupin, mientras yo reía de sus últimas observaciones- es que, si el ministro hubiera sido sólo un matemático, el prefecto no se habría visto en la necesidad de extenderme este cheque. Pero sé que es tanto matemático como poeta, y mis medidas se han adaptado a sus capacidades, teniendo en cuenta las circunstancias que lo rodeaban. Sabía que es un cortesano y un audaz *intrigant*. Pensé que un hombre semejante no dejaría de estar al tanto de los métodos policiales ordinarios. Imposible que no anticipara (y los hechos lo han probado así) los falsos asaltos a que fue sometido. Reflexioné que igualmente habría previsto las pesquisas secretas en su casa. Sus frecuentes ausencias nocturnas, que el prefecto consideraba una excelente ayuda para su triunfo, me parecieron simplemente *astucias* destinadas a brindar oportunidades a la perquisición y convencer lo antes posible a la policía de que la carta no se hallaba en la casa, como G... terminó finalmente por creer. Me pareció asimismo que toda la serie de pensamientos que con algún trabajo acabo de exponerle y que se refieren al principio invariable de la acción policial en sus búsquedas de objetos ocultos, no podía dejar de ocurrírsele al ministro. Ello debía conducirlo inflexiblemente a desdeñar todos los escondrijos vulgares. Reflexioné que *ese hombre* no podía ser tan simple como para no comprender que el rincón más remoto e inaccesible de su morada estaría tan abierto como el más vulgar de los armarios a los ojos, las sondas, los barrenos y los microscopios del prefecto. Vi, por último, que D... terminaría necesariamente en la *simplicidad*, si es que no la adoptaba por una cuestión de gusto personal. Quizá recuerde usted con qué ganas rió el prefecto cuando, en nuestra primera entrevista, sugerí que acaso el misterio lo perturbaba por su absoluta *evidencia*.

-Me acuerdo muy bien -respondí-. Por un momento pensé que iban a darle convulsiones.

-El mundo material -continuó Dupin- abunda en estrictas analogías con el inmaterial, y ello tiñe de verdad el dogma retórico según el cual la metáfora o el símil sirven tanto para reforzar un argumento como para embellecer una descripción. El principio de la *vis inertiae*, por ejemplo, parece idéntico en la física y en la metafísica. Si en la primera es cierto que resulta más difícil poner en movimiento un cuerpo grande que uno pequeño, y que el



impulso o cantidad de movimiento subsecuente se hallará en relación con la dificultad, no menos cierto es en metafísica que los intelectos de máxima capacidad, aunque más vigorosos, constantes y eficaces en sus avances que los de grado inferior, son más lentos en iniciar dicho avance y se muestran más embarazados y vacilantes en los primeros pasos. Otra cosa: ¿Ha observado usted alguna vez, entre las muestras de las tiendas, cuáles atraen la atención en mayor grado?

-Jamás se me ocurrió pensarlo -dije.

-Hay un juego de adivinación -continuó Dupin- que se juega con un mapa. Uno de los participantes pide al otro que encuentre una palabra dada: el nombre de una ciudad, un río, un Estado o un imperio; en suma, cualquier palabra que figure en la abigarrada y complicada superficie del mapa. Por lo regular, un novato en el juego busca confundir a su oponente proponiéndole los nombres escritos con los caracteres más pequeños, mientras que el buen jugador escogerá aquellos que se extienden con grandes letras de una parte a otra del mapa. Estos últimos, al igual que las muestras y carteles excesivamente grandes, escapan a la atención a fuerza de ser evidentes, y en esto la desatención ocular resulta análoga al descuido que lleva al intelecto a no tomar en cuenta consideraciones excesivas y palpablemente evidentes. De todos modos, es éste un asunto que se halla por encima o por debajo del entendimiento del prefecto. Jamás se le ocurrió como probable o posible que el ministro hubiera dejado la carta delante de las narices del mundo entero, a fin de impedir mejor que una parte de ese mundo pudiera verla.

»Cuanto más pensaba en el audaz, decidido y característico ingenio de D..., en que el documento debía hallarse siempre *a mano* si pretendía servirse de él para sus fines, y en la absoluta seguridad proporcionada por el prefecto de que el documento no se hallaba oculto dentro de los límites de las búsquedas ordinarias de dicho funcionario, más seguro me sentía de que, para esconder la carta, el ministro había acudido al más amplio y sagaz de los expedientes: el no ocultarla.

»Compenetrado de estas ideas, me puse un par de anteojos verdes, y una hermosa mañana acudí como por casualidad a la mansión ministerial. Hallé a D... en casa, bostezando, paseándose sin hacer nada y pretendiendo hallarse en el colmo del *ennui*. Probablemente se trataba del más activo y enérgico de los seres vivientes, pero eso tan sólo cuando nadie lo ve.

»Para no ser menos, me quejé del mal estado de mi vista y de la necesidad de usar anteojos, bajo cuya protección pude observar cautelosa pero detalladamente el aposento, mientras en apariencia seguía con toda atención las palabras de mi huésped.

»Dediqué especial cuidado a una gran mesa-escritorio junto a la cual se sentaba D..., y en la que aparecían mezcladas algunas cartas y papeles, juntamente con un par de instrumentos musicales y unos pocos libros. Pero, después de un prolongado y atento escrutinio, no vi nada que procurara mis sospechas.

»Dando la vuelta al aposento, mis ojos cayeron por fin sobre un insignificante tarjetero de cartón recortado que colgaba, sujeto por una sucia cinta azul, de una pequeña perilla de

bronce en mitad de la repisa de la chimenea. En este tarjetero, que estaba dividido en tres o cuatro compartimentos, vi cinco o seis tarjetas de visitantes y una sola carta. Esta última parecía muy arrugada y manchada. Estaba rota casi por la mitad, como si a una primera intención de destruirla por inútil hubiera sucedido otra. Ostentaba un gran sello negro, con el monograma de D... *muy* visible, y el sobrescrito, dirigido al mismo ministro revelaba una letra menuda y femenina. La carta había sido arrojada con descuido, casi se diría que desdeñosamente, en uno de los compartimentos superiores del tarjetero.

»Tan pronto hube visto dicha carta, me di cuenta de que era la que buscaba. Por cierto que su apariencia difería completamente de la minuciosa descripción que nos había leído el prefecto. En este caso el sello era grande y negro, con el monograma de D...; en el otro, era pequeño y rojo, con las armas ducales de la familia S... El sobrescrito de la presente carta mostraba una letra menuda y femenina, mientras que el otro, dirigido a cierta persona real, había sido trazado con caracteres firmes y decididos. Sólo el tamaño mostraba analogía. Pero, en cambio, lo *radical* de unas diferencias que resultaban excesivas; la suciedad, el papel arrugado y roto en parte, tan inconciliables con los *verdaderos* hábitos metódicos de D..., y tan sugestivos de la intención de engañar sobre el verdadero valor del documento, todo ello, digo sumado a la ubicación de la carta, insolentemente colocada bajo los ojos de cualquier visitante, y coincidente, por tanto, con las conclusiones a las que ya había arribado, corroboraron decididamente las sospechas de alguien que había ido allá con intenciones de sospechar.

»Prolongué lo más posible mi visita y, mientras discutía animadamente con el ministro acerca de un tema que jamás ha dejado de interesarle y apasionarlo, mantuve mi atención clavada en la carta. Confiaba así a mi memoria los detalles de su apariencia exterior y de su colocación en el tarjetero; pero terminé además por descubrir algo que disipó las últimas dudas que podía haber abrigado. Al mirar atentamente los bordes del papel, noté que estaban más *ajados* de lo necesario. Presentaban el aspecto típico de todo papel grueso que ha sido doblado y aplastado con una plegadera, y que luego es vuelto en sentido contrario, usando los mismos pliegues formados la primera vez. Este descubrimiento me bastó. Era evidente que la carta había sido dada vuelta como un guante, a fin de ponerle un nuevo sobrescrito y un nuevo sello. Me despedí del ministro y me marché en seguida, dejando sobre la mesa una tabaquera de oro.

»A la mañana siguiente volví en busca de la tabaquera, y reanudamos placenteramente la conversación del día anterior. Pero, mientras departíamos, oyóse justo debajo de las ventanas un disparo como de pistola, seguido por una serie de gritos espantosos y las voces de una multitud aterrorizada. D... corrió a una ventana, la abrió de par en par y miró hacia afuera. Por mi parte, me acerqué al tarjetero, saqué la carta, guardándola en el bolsillo, y la reemplacé por un facsímil (por lo menos en el aspecto exterior) que había preparado cuidadosamente en casa, imitando el monograma de D... con ayuda de un sello de miga de pan.

»La causa del alboroto callejero había sido la extravagante conducta de un hombre armado de un fusil, quien acababa de disparar el arma contra un grupo de mujeres y niños. Comprobóse, sin embargo, que el arma no estaba cargada, y los presentes dejaron en libertad al individuo considerándolo borracho o loco. Apenas se hubo alejado, D... se apartó

de la ventana, donde me le había reunido inmediatamente después de apoderarme de la carta. Momentos después me despedí de él. Por cierto que el pretendido lunático había sido pagado por mí.»

-¿Pero qué intención tenía usted -pregunté- al reemplazar la carta por un facsímil? ¿No hubiera sido preferible apoderarse abiertamente de ella en su primera visita, y abandonar la casa?

-D... es un hombre resuelto a todo y lleno de coraje -repuso Dupin-. En su casa no faltan servidores devotos a su causa. Si me hubiera atrevido a lo que usted sugiere, jamás habría salido de allí con vida. El buen pueblo de París no hubiese oído hablar nunca más de mí. Pero, además, llevaba una segunda intención. Bien conoce usted mis preferencias políticas. En este asunto he actuado como partidario de la dama en cuestión. Durante dieciocho meses, el ministro la tuvo a su merced. Ahora es ella quien lo tiene a él, pues, ignorante de que la carta no se halla ya en su posesión, D... continuará presionando como si la tuviera. Esto lo llevará inevitablemente a la ruina política. Su caída, además, será tan precipitada como ridícula. Está muy bien hablar del *facilis descensus Avernii*; pero, en materia de ascensiones, cabe decir lo que la Catalani decía del canto, o sea, que es mucho más fácil subir que bajar. En el presente caso no tengo simpatía -o, por lo menos, compasión- hacia el que baja. D... es el *monstrum horrendum*, el hombre de genio carente de principios. Confieso, sin embargo, que me gustaría conocer sus pensamientos cuando, al recibir el desafío de aquélla a quien el prefecto llama «cierta persona», se vea forzado a abrir la carta que le dejé en el tarjetero.

-¿Cómo? ¿Escribió usted algo en ella?

-¡Vamos, no me pareció bien dejar el interior en blanco!

Hubiera sido insultante. Cierta vez, en Viena, D... me jugó una mala pasada, y sin perder el buen humor le dije que no la olvidaría. De modo que, como no dudo de que sentirá cierta curiosidad por saber quién se ha mostrado más ingenioso que él, pensé que era una lástima no dejarle un indicio. Como conoce muy bien mi letra, me limité a copiar en mitad de la página estas palabras:

*...Un dessein si funeste, S'il n'est digne d'Atrée, est digne de Thyeste.*

»Las hallará usted en el Atrée de Crébillon.»